
AMOR
Gratis
#3 autora mais lida do Kindle Unlimited Brasil
MARI SALES

AMOR
Gratis
Disponible en Kindle Unlimited
MARI SALAS

1ª. Edición

2025

Copyright © Mari Sales

Todos los derechos reservados.

Creado en Brasil.

Edición Digital: Criativa TI

1ª Edición Brasileña 2019.

Esta es una obra de ficción. Su único propósito es entretener al público. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y sucesos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, a través de cualquier medio –tangible o intangible–, sin el consentimiento por escrito de la autora.

Creado en Brasil. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.° 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

sumario

Dedicatoria
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
Sobre la Autora
Otras Obras

Dedicatoria

Para Gabriela Canano, apasionada de la cultura mexicana e investigada con un corazón que no le cabe no pecho. ¡Gracias por acogerme en tu mundo literario, me haces mucho bien!



Sinopsis

El CEO de Meds Cosméticos necesitaba casarse. Anderson Medina había vinculado su relación sentimental a una importante campaña de marketing de la empresa, pero su prometida le estaba engañando y él decidió cortar por lo sano. Destrozado, acabó emborrachándose y terminó en una farmacia de guardia para comprar algo que le ayudara a dormir.

Gabriela Canano estaba harta de hacer turnos en los que le tocaba aguantar a borrachos. Uno de ellos, precisamente, se presentó al día siguiente en su trabajo con una propuesta insólita: ser su esposa de mentira.

Él creía que todo se podía comprar con dinero. Ella solo buscaba una oportunidad laboral.

Mientras Anderson intenta resistirse a los encantos de esa joven tan luchadora, Gabriela se centra en dar lo mejor de sí misma en el trabajo de sus sueños. El CEO nunca supo separar los negocios del placer, pero ahora aprenderá de la mano de su esposa y empleada que el amor no tiene precio; el amor es gratis.

Newsletter: http://bit.ly/37mPJGd



Capítulo 1
Gabriela

Cuando vi que mis compañeros de turno se marchaban junto con el dueño de la farmacia, tuve que controlarme para no soltar un taco a gritos y mandarlo todo a la mierda. No debería estar cubriendo esta guardia; mis horas de trabajo habían superado con creces el máximo legal. Pero, por alguna razón, aquí seguía yo, trabajando gratis.

Sabía perfectamente que mi jefe debería pagarme horas extras o un plus de nocturnidad por la guardia, pero desde que empecé el máster y tuve que usar los sábados y domingos para ir a clase, acepté compensar esas faltas quedándome de retén.

¿En qué estaba pensando?

Al final, me metí en un círculo vicioso; me desanimé y acabé aceptando cualquier cosa, sobre todo porque no tenía otro empleo a la vista. No podía permitirme el lujo de quedarme en el paro; estaba sola, no tenía a ningún familiar que me echara una mano si lo necesitaba.

¿Amigos? Tenía un montón, pero solo para salir de marcha, ir de fiesta y compartir el Uber para volver a casa; nada más. No sabía si era yo la que se cerraba a algo más profundo o si eran ellos a los que les daba igual. Nadie sabía por lo que estaba pasando en el trabajo excepto yo, yo misma y mi rincón en casa, que me escuchaba hablar sola cuando tenía un día libre.

Vivía para trabajar.

La compañera que estaba conmigo pasaba más tiempo mirando el móvil que buscando algo que hacer. Salí de detrás del mostrador y me puse a colocar los productos en las góndolas, en la zona de libre acceso, donde no hacía falta que un farmacéutico diera indicaciones más detalladas.

La madrugada ya estaba en su apogeo cuando llegué a la sección de productos de belleza. Mientras los colocaba y les quitaba el polvo, recordé cuál era mi objetivo cuando decidí estudiar Farmacia: trabajar en una multinacional de cosmética dermatológica. Lo que me fascinó fue la parte de los ensayos y lo mucho que podía evolucionar ese campo; como, por ejemplo, dejar de utilizar animales para las pruebas.

Sentía que me había traicionado a mí misma; entré en el mercado laboral de forma desesperada para poder mantenerme, ya que mi beca de estudios se había terminado. Desde entonces, llevo

más de cinco años en la misma rutina, trabajando en farmacias que no pagan como Dios manda ni las horas extras ni las guardias.

¿Cuándo iba a cambiar mi vida? O mejor dicho, ¿en qué momento me arriesgaría a ir tras mi sueño?

Miré hacia el escaparate cuando un coche entró en el parking de cualquier manera. Consulté la hora: era más de la una de la mañana. Mi compañera seguía en la caja, pegada al móvil e ignorando todo lo que pasaba a su alrededor. Como siempre, me tocaría a mí lidiar con el borracho de turno que busca algo para la resaca o las náuseas por el exceso de alcohol.

Me fui al mostrador del fondo para estar protegida mientras el hombre entraba, con la cabeza baja y dando bandazos. Se quedó mirando algunos productos y yo lo seguí con la vista, atenta para que no robara nada, ya que me lo descontarían del sueldo.

Su ropa tenía detalles que saltaban a la vista: era de marca. Volví a echar un vistazo al coche y reprimí el sarcasmo que estaba a punto de salirme. Algún niño de papá o un riquichuelo estaba borracho durante mi turno; algo raro, ya que el barrio no solía recibir visitas tan lujosas.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —le abordé hablando alto, pero él levantó la mano a la altura de mi cara para indicarme que le molestaba el ruido.

—Un baño —masculló.

—La puerta de la izquierda —respondí respirando hondo y rezando para que el desastre le tocara a la chica de la limpieza cuando yo terminara mi turno. Ese tipo de limpieza era demasiado para mí.

—¿Me ayudas? —Levantó la cabeza muy despacio y me obligó a contener el aliento por la expectación. Sus ojos claros me pillaron por sorpresa e hicieron que mis pulmones volvieran a funcionar. La mueca que hacía, como si cualquier movimiento le

resultara un mundo, me puso en alerta: o actuaba rápido o me tocaría limpiar el vómito del mostrador.

Rodeé el mueble, lo agarré del brazo y lo guié hasta el baño. No me dejó cerrar la puerta; se arrodilló en el suelo sin mucha delicadeza y soltó todo lo que tenía en el estómago en cuanto abrió la tapa del váter. Me di la vuelta y empecé a respirar por la boca para que el nudo que sentía en el estómago no me hiciera acompañarle.

Ese era el problema de hacer guardias como la mía en pleno fin de semana. Borrachos y gente que solo quería dar guerra se cruzaban en mi camino y hacían que siguiera evitando amistades más íntimas.

Escuché el sonido de la cisterna, luego el del grifo del lavabo, y me arriesgué a mirar por encima del hombro para ver qué hacía. Se estaba lavando la cara y la nuca; al menos tenía la decencia de intentar recomponerse solo.

—Lo siento —murmuró. Decidí mirarle de frente, puse las manos atrás y arqueé una ceja.

—Al menos ha esperado a llegar al baño. ¿Se encuentra mejor? —Todo formaba parte del protocolo de atención al cliente. Aunque tuviera ganas de mandar a alguien a paseo, seguía sonriendo y mostrándome amable.

—Confieso que no sé si llegaré a sentirme mejor alguna vez —dijo. Se enjuagó la boca con agua para quitarse el sabor amargo y yo le señalé el colutorio que había en un estante más arriba—. Estupendo.

—Si cree que no va a volver a vomitar, tengo algo que puede tomar para las náuseas.

—No. —Hizo gárgaras, se secó las manos y salió del baño.

Aproveché para coger el ambientador en aerosol y lo eché para disimular aquel olor horrendo. Cuando me di la vuelta, allí

estaba el cliente, mirándome con cara de culpa. Si no fuera por esos ojos claros, estaba segura de que no le habría devuelto la sonrisa.

—Lo siento —repitió, y le ayudé a sentarse en una de las sillas de la fila de atención preferente.

—No pasa nada. Si no quiere nada para el cuerpo, entonces, ¿en qué puedo ayudarle?

—Tengo una receta —masculló inclinándose hacia mí y sacando un papel del bolsillo trasero de sus vaqueros oscuros—. Necesito este medicamento.

En cuanto mis ojos descifraron el garabato del médico, me quedé de piedra y vacilé. Era un fármaco de control especial, de esos con raya negra, y no debía, bajo ningún concepto, mezclarse con alcohol. Comprobé el nombre del paciente en la receta y allí figuraba: Anderson. ¿Un hombre tan rico necesitaba un calmante tan fuerte?

—¿Usted es Anderson?

—Si le preocupa que vaya a mezclar la pastilla con la bebida, quédese tranquila. Solo necesito dormir y olvidarme del mundo. Hoy no debería haber bebido.

—De acuerdo. Pero, por si acaso, voy a recalcar lo que ya sabe: este medicamento, combinado con el alcohol, puede potenciar el efecto además de causar daños cardíacos —me agarró del brazo para que no me alejara. Su mirada era de curiosidad; la mía, de asombro—. Voy a por el fármaco y después tengo que rellenar un formulario con sus datos.

—Serás bien recompensada.

—Eso hágalo en la caja. Por mi parte, esto es solo atención al cliente —esbocé una sonrisa forzada, fui a la zona donde estaban los medicamentos de control especial y busqué el que necesitaba.

La única compensación extra que necesitaba en esta vida era que me pagaran de forma justa por el trabajo que realizaba, y

punto final. Un cliente riquichuelo, borracho y que necesitaba calmantes no me iba a dar eso.

Era curioso ver cómo el destino podía sorprenderme.



Capítulo 2
Gabriela

Después de tomar sus datos, de que firmara el papel para la inspección y de quedarnos em un silencio incómodo, el cliente se fue a la caja a pagar el producto. Por mucho que me moría por seguirlo con la mirada, me obligué a quedarme frente al ordenador y a navegar por la enorme lista de existencias que aparecía en pantalla.

Noté una sombra cerca de mí y me pegué un susto cuando levanté la vista y allí estaba el hombre, tendiéndome la mano.

—Soy Anderson Medina —dijo. Incluso parecía más sobrio. Claro, después de echar todo lo malo en el váter, cualquiera se recuperaría.

—Hola, soy Gabriela —le saludé un poco cortada y temiendo por dónde saldría aquella presentación. ¿Debería saber quién era él?

—Sigo queriendo compensarte de alguna forma. No todos los días alguien socorre a un tipo rico como yo y rechaza mi propina.

Tuve que sonreír con desdén, soltar mi mano de la suya y morderme la lengua, porque me moría por decirle de todo... El dinero solucionaría muchas cosas en mi vida, pero a mí no me guía ni me manda. No era por nada que trabajaba por un sueldo de miseria; había situaciones en las que no sabía explicar el motivo, simplemente actuaba. De balde.

¿Sería yo la única en el mundo que actuaba por impulso, sabía lo mal que estaba y aun así lo hacía?

—Siento mucho que estés rodeado de gente que solo busca una compensación económica. Aunque mis padres ya no estén presentes en mi vida, me dejaron una buena educación; sobre todo lo de ayudar al prójimo, siempre que no me suponga un sacrificio personal —vi que Anderson abría los ojos de par en par y me encogí de hombros, sin que me importara su asombro.

—Todo el mundo necesita dinero. No quiero estar en deuda contigo.

—Señor Anderson Medina, usted no me debe nada. Que tenga lo que queda de noche excelente —controlé la rabia y me alejé, quedándome tras el mostrador. ¿Acaso se creía que algún día le iba a reclamar algo?

Él me siguió; respiró hondo varias veces mientras yo me mantenía de espaldas, mirando los envases de los medicamentos.

Era lo que me faltaba: un borracho de madrugada que se había obsesionado conmigo.

—Coge el dinero y haz una donación. No me importa, siempre y cuando lo aceptes —noté que sacaba la cartera del bolsillo, me giré hacia él y, esta vez, cuando le toqué la mano para impedir que pagara mi ayuda de buena fe, sentí algo distinto.

¿Sería que mi rabia le estaba contagiando?

Le apreté las manos y respiré profundo antes de soltar todas mis justificaciones:

—Aunque done ese dinero, usted manchará mi acto de compasión hacia un borracho. Mi jefe podría despedirme de forma procedente si ve esta grabación —señalé la cámara que tenía sobre la cabeza y él pareció avergonzarse—. No le conozco y, sea rico o pobre, le habría ayudado de la misma forma. Es parte de mi labor como farmacéutica.

—Te he visto mirando mi coche ahí fuera —se irguió y nuestras manos siguieron igual.

—Siempre miro hacia fuera. Solo estamos mi compañera y yo; ya han atracado esta farmacia una vez y te aseguro que no tiene ni pizca de emoción.

—¡Joder! ¿Y nadie pone seguridad aquí? —apartó su mano de la mía, guardó la cartera y se pasó la mano por el pelo, mirando a su alrededor. Miré a mi compañera en la caja y, para variar, estaba absorta con el móvil.

—Todo está en orden, señor. Puede irse a casa tranquilo.

—¿Eres farmacéutica? —Se inclinó para mirar mi placa identificativa y di un paso atrás.

—Sí, lo soy. ¿Puedo ayudarle en algo más? —Intenté sonar profesional para ver se esta conversación tan rara cambiaba de rumbo, pero él apoyó los brazos en el mostrador y suspiró.

—Hazme entender por qué no quieres mi dinero. Podría pagarte un sueldo tres veces más alto que el de tu jefe. ¿Qué tiene él que no tenga yo?

—Aún estás borracho —afirmé al ver que su mirada se perdía lejos de mí.

—Claro que lo estoy. Jamás hablaría así ni me metería en una pelea como esta. Yo quiero algo, yo lo compro. Así de simple.

Apoyé las manos en el mostrador, cerca de sus brazos, le dediqué una sonrisa de lástima y su mirada desenfocada se encontró con la mía. El hombre que creía que todo se podía comprar necesitaba entender una cruda realidad. Vale que lo más probable era que ni se acordara al día siguiente, pero le soltaría a la cara lo que yo había aprendido de la forma más dura.

—Anderson, no todo en esta vida se paga con dinero. El carácter y el respeto, por ejemplo, se aprenden en casa o en la calle, pero no se cobra por ellos —le puse una mano en el hombro y noté que tensaba el cuerpo, perturbado por mis palabras—. Vete a casa, olvida lo que ha pasado hoy y ten claro que no me debes nada. Ya has pagado por tu medicina; no la mezcles con alcohol y que sueñes con los angelitos.

Como no reaccionó, rodeé el mostrador, lo acompañé fuera de la farmacia hasta su coche e hice que se sentara en el asiento. A partir de aquí, ya no era responsabilidad mía, por mucho que una punzada en el pecho me diera ganas de ir a buscarle un chófer.

Cerré la puerta, me di la vuelta y le dediqué una oración a su ángel de la guarda. Necesitaría no solo volver sano y salvo a su casa, sino también un poco de amor verdadero, y el dinero no iba a servirle de nada para eso.

—¿Has salido? —me preguntó Camila cuando volví a entrar y bostecé, agotada. Escuché el rugido del motor del coche y me encogí de hombros ante aquella que no hacía más que mirar el móvil.

—He ayudado a un cliente a llegar hasta su coche. ¿No has visto que estaba borracho?

—Habría sido más fácil pedirle un Uber. ¿Y si provoca un accidente y culpa a la farmacia? —cuestionó indignada. La miré asombrada y luego hice una mueca, restándole importancia a su preocupación. ¿Por qué no había atendido ella misma al borracho?

—Todo está bien.

Fui detrás del mostrador, me senté en el taburete que tenía escondido y apoyé la cabeza en la pared, bostezando de nuevo. Debería haber aceptado el dinero de aquel presuntuoso; me había robado la poca energía que me quedaba para terminar el turno.

Después de atender a tres clientes más, llegaron los compañeros para empezar el turno de mañana y pude irme a casa, quedándome dormida en el autobús y casi pasándome de parada.

Normalmente me duchaba antes de dormir, pero hoy, de lo exhausta que estaba, me quité la ropa, cerré la ventana y me eché a dormir en ropa interior. Mis sueños tuvieron mucho que ver con cierto hombre guapo, rico y que quería comprarme para que fuera su esclava.

Ni siquiera en sueños me libraba de mi sino de trabajar de forma precaria.



Capítulo 3
Gabriela

—Necesito descansar, señor Guerra. Llevo todo el mes haciendo guardias y librando solo un día a la semana.

—Cuando pediste un horario especial para hacer la especialización, tuve que poner a otra persona en tu lugar. Tú

aceptaste esa condición, Gabriela —pese a su tono comedido, sabía que estaba perdiendo la paciência.

—Solo le pido que me quite de la escala esta semana, nada más —estaba a punto de suplicar.

—Eso lo veremos el mes que viene. Ya está todo programado —respondió, y me despachó sin levantar la vista del ordenador.

Me levanté de la silla, eché un vistazo al despacho de administración y salí con el instinto asesino a flor de piel. En cuanto cerré la puerta, bajé las escaleras hacia el almacén y entré en la zona de la farmacia, mi ánimo pasó de la ira a la desesperación.

No aguantaba más tantas guardias y tener que trabajar al día siguiente. ¿Librar? Solo cuando no coincidía con el horario de los demás compañeros; sentía en mis propias carnes que me trataban como el último mono. ¿Y el argumento que usaban? Que como no trabajaba los sábados ni los domingos por la especialización, tenía que compensar esas horas durante la semana. ¿Cómo no me di cuenta de que acabaría trabajando el doble?

Fui detrás del mostrador, aproveché que había poco movimiento a media tarde y saqué el móvil para consultar mi cuenta bancaria. Sabía que estaba en un momento crítico; me debatía entre pedir que me cancelaran el descubierto o dejarlo, ya que me salvaba el pellejo. ¿Tarjeta de crédito? No me daba ese lujo; no tenía fuerza para controlar mi situación actual, mucho menos con otra fuente de gastos.

El número en rojo que parpadeaba como un neón en la pantalla del móvil no me animó lo más mínimo. Parecía que se esforzaba en hundirme. ¿No era posible que ocurriera un milagro y me cambiara la vida?

—Hola. ¿Por favor, Gabriela? —aquella voz, que no olvidaría tan pronto, hizo que me enderezara y lo mirara desde donde estaba,

un poco apartada. Mi compañero me señaló y, con una sonrisa contenida, el borracho de hacía unas madrugadas caminó hacia mí.

¿Cómo se llamaba, exactamente?

—Hola. ¿En qué puedo ayudarle? —le abordé de forma automática. Estaba tan distinto a la última vez... Vestido con traje y perfectamente impecable, el hombre apoyó las manos en el mostrador y transmitió cierta diversión.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí... sí —tartamudeé, obligándome a toser para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta—. ¿Cómo está?

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado? —preguntó en voz baja. Miré a los lados y fruncí el ceño. Dios mío, ¿cuándo me vendría a la memoria el nombre de este hombre? —¿Seguro que te acuerdas de mí?

—El borracho que quería pagarme por haberle enseñado dónde estaba el váter para vomitar. ¿Te molestaría mucho si confieso que no recuerdo tu nombre? —dije rápido y bajito, inclinándome sobre el mostrador para acercarme a él.

—Anderson Medina. ¿Aún no sabes quién soy? —parecía indignado y yo controlé las ganas de poner los ojos en blanco ante su presunción. Era rico y, por algún motivo, creía que eso debería importarme.

—Estoy aquí para ayudarle a buscar algún medicamento o para atención farmacéutica. Más allá de eso, queda fuera de mi competencia.

—¿De verdad voy a tener que hablar contigo aquí? —Se puso recto, se alejó del mostrador y miró a los lados, con recelo. Su mirada se encontró con la mía e ya no quedaba rastro de simpatía o diversión; parecía a punto de entrar en combate de lo concentrado que estaba—. Necesito a alguien de confianza para que sea mi esposa.

—¿Qué? —grité, y me tapé la boca con la mano porque todos me miraron. Me entraron ganas de reír de pura incredulidad ante las palabras de aquel loco. No le bastaba con ser borracho y rico, también tenía que ser un excéntrico.

—No es ninguna broma —gruñó y, para no llamar más la atención (vi que el señor Guerra salía de su despacho), rodeé el mostrador a toda prisa y, agarrando del brazo a Anderson Medina, me lo llevé hacia la zona administrativa de la farmacia. ¿Acaso querría que a él también le llamara de usted?

En cuanto entré en la sala y cerré la puerta, me crucé de brazos con altivez y le planté cara.

—No sé qué tipo de persona se cree usted que soy, pero mi formación es en farmacia, no en psicología.

—No necesito terapia —rebatió irritado, dando un paso hacia mí para encararme—. Solo te hago esta propuesta porque no tengo otra opción.

—Ah, claro, soy la última opción. Me suena la historia —le di la espalda y me puse a caminar de un lado a otro—. Si una desconocida es tu única opción para casarte, reconozco que hay alguien peor que yo en lo que a relaciones y amistades se refiere —me giré hacia él, que me observaba con las manos en los bolsillos—. Insisto: necesitas una psicóloga y no una farmacéutica.

—Mi ex-prometida me ha jodido la vida. No le bastó con gastarse todo lo que quiso para organizar una boda de ensueño; tuvo que buscarse a mi director como amante y apuñalarme por la espalda —arqueé las cejas por la impresión y me quedé clavada en el sitio mientras él se acercaba a mí como un depredador—. Sé que para ti y para mucha otra gente la imagen no vale nada, que os la suda la opinión ajena, pero yo tengo una empresa, clientes y una reputación que cuidar. Las invitaciones ya se han enviado, la fiesta es la semana que viene y no voy a entrar en ese salón sin alguien a mi lado.

—¿Has probado con una prostituta? —sugerí, encontrándolo todo de lo más surrealista—. ¿O quizá una Sugar Baby? —Sonreí, aunque él parecía bastante molesto por mi reacción—. ¿Cómo puede arruinar tus negocios que se cancele una boda? Nunca he entendido el poder que tiene un evento así. Hoy en día es más fácil tener una unión de hecho —le di un golpecito en el brazo—. Tienes que modernizarte.

—Se va a lanzar una línea de cosméticos el mismo día de la boda. Las imágenes se iban a utilizar para el departamento de marketing y todo se iba a convertir en un gran evento para promocionar la empresa. Si cancelo eso, tendré que lidiar con titulares sobre Anderson Medina, el dueño de Meds Cosméticos: traicionado, rechazado y sin producto nuevo.

Di un paso atrás y me tapé la boca, abierta por la impresión. ¿Cómo era posible que un tipo así fuera el dueño de Meds? No solo usaba el champú y el acondicionador, sino también la crema hidratante, que fue precisamente el motivo por el que decidí especializarme en productos dermatológicos.

Él suspiró, miró hacia un lado y pareció tan frágil que, por impulso, le di un golpe en el brazo con fuerza y vi cómo reaccionaba, poniéndose más firme, serio y recuperando el control de la situación.

—¿Qué pasa ahora? ¿Vas a airear lo que estamos hablando en las redes sociales? —gruñó.

—Claro que no, Anderson. Solo me ha molestado ver a un empresario como tú tan cohibido y derrotado. Eres el dueño de la mejor marca de cosméticos del país. ¡Que le den a la boda!

—¡Quiero venganza! —bramó, acercando su rostro al mío. No me asusté; al contrario, me identifiqué con ese sentimiento. La frustración y la rabia me acompañaban desde hacía tiempo por culpa de mi trabajo en la farmacia.

Entonces, como una luz que me iluminara, vi en mi mente una solución para todos los problemas, incluido el mío, por muy loco

que fuera todo aquello.



Capítulo 4
Gabriela

—Acepto cualquier cosa que estés planeando, pero con algunas condiciones —dije, y él pareceu relajarse.

—No tendrás que besarme ni tener ningún tipo de vínculo afectivo conmigo. Tu vida será la mejor que puedas imaginar durante un año como máximo; lo suficiente para promocionar la

colección Meds Bodas —volvió a meterse las manos en los bolsillos y yo arqueé una ceja, desafiante.

—No me refería a eso, pero estoy de acuerdo. Lo que quiero es un empleo en tu empresa —él notó el brillo en mis ojos y se encogió de hombros.

—Serás mi esposa; no necesitarás trabajar mientras estés conmigo. Si hace falta, al final de este matrimonio apalabrado, puedo darte una buena indemnización.

Casi me río de su asombro cuando puse una mueca, la peor que pude, ante su machismo y su mentalidad mezquina. El dinero no lo era todo, pero debía venir acompañado de trabajo, ya fuera arduo o satisfactorio.

—Quiero un empleo en Meds Cosméticos. No te preocupes, soy una empleada excelente, tengo una especialización en el sector y es mi sueño profesional —sonreí de forma forzada y él me analizó, haciéndome sentir incómoda—. Sé que para el mundo de los ricos que una mujer trabaje es casi una ofensa, pero estamos en tiempos modernos, por el amor de Dios. Hay famosas que tienen hijos por su cuenta y otras que trabajan mientras sus maridos llevan la casa. Son asquerosamente ricos y les trae sin cuidado la opinión ajena.

—Una colección entera, en la que se han invertido millones, no está en juego en sus vidas de glamur. Yo tampoco soy el típico rico que da órdenes a diestro y siniestro mientras se va de compras al extranjero —señaló al suelo—. Yo trabajo mucho, y sé que ese fue uno de los motivos por los que mi ex me la jugó con el director.

—Otra condición para que este contrato funcione: no te culpes por la cagada de otros —puse mala cara; odiaba que se distorsionara todo—. Ella podría haber tenido más respeto y haber terminado la relación antes de la traición —me puse a su lado, entrelacé mi brazo con el suyo y levanté la barbilla—. Será maravilloso para tu ex saber que la has cambiado por una simple farmacéutica. Di que soy guapísima y maravillosa —me giré hacia él

y le agarré la corbata— y que no me vas a traicionar teniendo una recaída con esa lagarta.

—Eso es porque no la conoces —intentó no sonreír, me cogió la mano que tenía en su brazo y la apretó, haciéndome sentir como la última vez: un hormigueo extraño—. ¿Trato hecho? Los papeles para oficializarlo están en mi despacho.

—¿Gabriela? —el señor Guerra apareció en la sala y me miró con reproche. Me aparté de Anderson y me puse roja, sin saber muy bien por qué—. Te necesito en el mostrador. Las conversaciones personales, para tu tiempo libre.

—No se preocupe, señor. Gabriela ya no formará parte de su plantilla. Se casará conmigo en unos días y trabajará en Meds Cosméticos —Anderson me cogió de la mano y me dejó sin aliento cuando pasamos por delante de un señor Guerra totalmente en estado de shock.

No fiché al salir, no dije ni palabra a mis compañeros; fui guiada hasta el coche de lujo que estaba correctamente aparcado y, antes de entrar, corrí hasta mi taquilla cerca del baño, cogí mi bolso y volví con el corazón a punto de salírsele del pecho.

¿Qué estaba haciendo?

Abrazándome a mí misma, respiré hondo y sentí el olor a coche nuevo cuando arrancó y se dirigió a las avenidas de la ciudad. ¡Por Dios! ¿Y si era un psicópata? ¿Y si usaba aquel somnífero conmigo?

—Calma, Gabriela, parece que te va a dar un parraque —su mano en mi pierna no ayudó en absoluto.

—Estoy teniendo un ligero ataque de pánico porque me acabo de dar cuenta de que todo esto podría ser una milonga para llevarme a algún sitio peligroso y venderme como esclava sexual —apoyé las manos en el salpicadero y grité—: ¡Para el coche!

—Toma —Anderson lanzó una cartera negra sobre mi regazo y sujetó el volante con las dos manos—. Mira mi cartera, comprueba mis datos y... por el amor de Dios, ¿qué criminal iría a plena luz del día con un coche de un millón como el mío? Estoy diciendo la verdad.

—Uno que no fuera un vampiro —murmuré, solo porque cuando me pongo nerviosa me sale ese lado mío tan guasón.

La carcajada del conductor no sirvió de mucho para calmar mis latidos. Mientras abría su cartera y comprobaba con las tarjetas, el DNI y los fajos de billetes que, efectivamente, era rico y el dueño de Meds Cosméticos, me iba tranquilizando.

Todo esto estaba pasando solo porque ayudé a un borracho a vomitar donde debía.

—¿Tendremos luna de miel? —pregunté cuando su risa disminuyó.

—Sí, viajaremos a Hawái. Tendremos que hacer una sesión de fotos y vídeo para la línea. No te preocupes, mi equipo se encargará de organizarlo todo cuanto antes.

El coche se detuvo frente a la puerta de un edificio comercial y miré hacia arriba, donde brillaba el enorme logotipo de Meds. Era real: me había subido al carro de este pijo.

En cuanto el coche se paró, me quitó la cartera de las manos justo cuando encontré un condón. Él salió del coche y yo hice lo mismo, un poco cohibida. Yo, que era la reina de las citas desastrosas de Tinder, tener a un hombre rico, guapo y que encima me daría trabajo, era lo mejor que podía conseguir. Sin duda, valía mucho más que un beso mal dado o un polvo donde solo acaba corriendo él.

Madre mía, todavía me costaba creerlo. Como no tenía familia ni amigos que me juzgaran, nada me impedía lanzarme de cabeza a esta aventura. ¡Que le dieran por saco al mundo! Iba a disfrutar de mi momento de princesa, aunque mi príncipe solo

tuviera el trabajo en la cabeza y no pareciera verme como a una mujer.

Ese pensamiento hizo que lo mirara con otros ojos cuando nos detuvimos frente al ascensor y él pulsó el botón para llamarlo. La barba de un par de días, el semblante preocupado y la ropa entallada marcando una silueta tan imponente como sus trajes lo hacían muy atractivo.

¿Cómo era posible que un hombre así necesitara somníferos para dormir?

Fue entonces cuando me di cuenta de que la situación no estaba del todo clara, y menos aún cuando la puerta del ascensor se abrió y una mujer exuberante salió de dentro devorando al dueño de Meds con la mirada, sin ningún pudor.

—Hola, querido —le pasó la mano por la solapa de la chaqueta. Él la esquivó y me agarró de la mano. La reacción de ella no fue precisamente buena, y menos cuando escuché el desprecio en las palabras de saludo de Anderson:

—Adiós, Luciana.



Capítulo 5
Gabriela

—¿Quién era esa? —pregunté en cuanto entramos en su despacho y me senté en la silla frente a la mesa.

—Mi ex —respondió seco.

—¿Y ella lo sabe? —Me abracé al bolso y observé cómo miraba el ordenador y me ignoraba—. ¿Vas a dejar a tu futura

esposa con la palabra en la boca?

—Es solo un acuerdo comercial —me miró con irritación y volvió a centrar su atención en la pantalla—. Estoy preparando los documentos y tus accesos en la empresa. Suelo dejar que Recursos Humanos se encargue de esto pero, como implica algo personal, lo estoy haciendo yo mismo; todo lo que tenga que ver contigo se tratará directamente conmigo.

—Sí, señor —ironicé, y vi por su gesto lo poco que le gustó —. Está bien que no haya sentimientos de por medio, pero dejarme a oscuras sobre la situación real puede dejarte en desventaja. ¿No quieres vengarte de la niña bien?

—Más que eso. Perderá todo el dinero que invertí en ella.

—¿Solo piensas en comprar, comprar y comprar? —Me levanté de la silla y me puse a explorar su despacho—. No todo se puede conquistar con dinero.

—Tu realidad es distinta a la mía —su tono amargo hizo que sintiera lástima por cómo era su vida. Sabía que el dinero solucionaba mucho, pero no lo principal, como el amor.

Caminé hasta una estantería que contenía varios productos de la empresa y me brillaron los ojos. Un viejo sueño se estaba haciendo realidad, aunque fuera a un precio alto.

—Me encanta esta línea —me giré hacia él y señalé los hidratantes—. Los envases podrían ser más bonitos, pero el producto de dentro es perfecto.

—Desarrollar recipientes exclusivos sale carísimo. Ya he pedido presupuestos e intentado viabilizarlos, pero no es nuestra realidad. Las mujeres necesitan sentirse seguras por fuera teniendo lo que llevan dentro como objetivo principal —desvió la mirada apenas un segundo hacia mí y siguió trabajando. Qué hombre más irritante y tacaño.

—Ah, claro, me has elegido porque tengo buen corazón y no por mi belleza; gracias por la parte que me toca —volví a mi inspección de los productos y agradecí que no intentara corregirse, ni siquiera añadió nada más. La verdad era que había aceptado aquella propuesta indecente y tendría que apechugar con ella. Había un objetivo mayor más allá de casarse con el CEO de Meds Cosméticos: trabajar en su empresa.

Unos golpes en la puerta me sacaron del estupor en el que estaba. La secretaria anunció la llegada de dos hombres elegantes y bien vestidos, y los acomodó en la mesa de reuniones que estaba al lado del puesto de trabajo de Anderson.

Estaba lista para escabullirme de su despacho cuando lo vi apartar la silla a su lado y mirarme.

—Caballeros, esta es Gabriela Canano, la mujer que sustituirá a Luciana en el evento oficial —me apresuré a saludar a los dos y a sentarme a su lado—. Boris y Mauro forman parte de la organización de la boda y de las relaciones públicas de la empresa.

—¿Doña Luciana ya sabe que no contará con ella? —preguntó Boris, poniendo una mueca y demostrando cierta lealtad a la ex. Bufé divertida; mi vida laboral iba a pasar de monótona a frenética en medio de las intrigas de una ruptura.

—Ha sido comunicada oficialmente por correo electrónico y comunicación interna —miré al hombre con el que me iba a casar y me quedé boquiabierta. ¿De verdad no había roto con ella cara a cara?—. Necesito que se hagan los cambios; sustituid en todas partes el nombre de Luciana Gatrão por el de Gabriela Canano.

—Yo creo que...

—Revisad las opciones de comida y bebida que mi prometida desee y haced los cambios necesarios. Ella tiene carta blanca —se giró hacia mí y su mirada indicaba que necesitaba que me comportara con autoridad—. Haz los ajustes necesarios, Gabriela. Tú formas parte de esta fiesta y tiene que estar a tu gusto —Anderson

se levantó y volvió detrás del ordenador, dejándome cortada con dos curiosos clavándome la vista.

—¿De dónde has salido, florecilla? —preguntó Mauro en voz baja; me identifiqué con él de inmediato, al contrario que con Boris.

—Soy farmacéutica, pero también voy a trabajar para el mandón —respondí mirando al otro—. ¿Tenéis alguna carpeta o informe con todo lo que habrá en el evento? —Su mirada era de mofa—. ¿Qué pasa?

—Estoy anotando mentalmente todas sus peticiones, señorita —vi cómo Mauro le daba una patada en la espinilla a su colega y este tosió, avergonzado—. Perdone, ¿quiere acompañarnos o prefiere que se lo traigamos aquí?

—Ella no se moverá de aquí, Boris —nos interrumpió el jefe y ambos se levantaron, obligándome a imitarlos.

—Tengo el vestido perfecto para ti —Mauro me agarró por los hombros y me hizo darme la vuelta—. ¿Te gustan la espalda al aire y el encaje?

—Si me hace sentir cómoda, sí. Solo me importa el interior del vestido y no el envoltorio —dije en voz alta, para que cierto hombre escuchara y entendiera que había determinadas situaciones en las que el exterior valía tanto como el contenido.

Los dos que estaban frente a mí se encogieron de hombros, se despidieron y se marcharon. Me giré para seguir explorando el despacho, pero la mirada desafiante del CEO me hizo detenerme y cruzar los brazos frente a mí, buscando protección.

—¿Qué pasa? —pregunté incómoda.

—¿Qué tipo de envase sugerirías que utilizáramos?

—Señor Anderson, soy licenciada en farmacia, no en diseño industrial. Tengo una amiga de la infancia que se dedica a eso; puedo ponerme en contacto con ella y pedirle un presupuesto para

que diseñe algo menos cuadriculado que los botes que tiene usted aquí.

No le había dicho todo eso esperando que estuviera de acuerdo; la verdad era que su postura desafiante sacaba lo mejor de mí. Si se trataba de demostrar que tenía capacidad para lidiar con situaciones adversas, lo haría. Me había sometido a un matrimonio apalabrado por dinero y por curiosidad, pero no iba a agachar la cabeza; eso no formaba parte de mi esencia.

Cuando asintió, mi semblante de triunfo desapareció y tragué saliva.

—¿Es de confianza? —inquirió con seriedad.

—¡Sí!

—Tengo contrato con una empresa de embalajes, pero creo que será interesante tener una nueva perspectiva. Avísale a tu amiga de que tengo prisa.

—¿Para la hidratante o para toda la colección? —Fui hacia la estantería con el muestrario y conté los artículos.

—Para todo lo que sea capaz de hacer. Es tu primera misión trabajando conmigo.

No me pasó desapercibido que no utilizara las palabras "trabajar para mí", sino "conmigo". Como volvió a centrarse en el ordenador, me permití sonreír, darle la espalda y empezar a trabajar, por mucho que no fuera como yo lo había imaginado.

Al fin y al cabo, mi día no estaba siendo en absoluto como lo había planeado.



Capítulo 6
Gabriela

La parte que pensaba que sería la más difícil acabó siendo la más práctica. Mudarme de mi cuchitril a su apartamento de lujo fue sencillo, rápido y contó con la ayuda de la chófer, Sabrine. Lo más habitual habría sido encontrarse con un hombre corpulento y hábil al volante, pero aquella mujer de pelo corto, ropa masculina y sonrisa fácil me hizo desear entablar una amistad con ella.

Fue ella quien me llevó y me ayudó con las maletas pesadas hasta la habitación de invitados, que era más grande que mi propio miniapartamento. Hablamos de todo; fue un flechazo, aunque en nuestro caso se trataba solo de amistad. La chófer no paraba de hablar ni un segundo y, con la mente acelerada como la tenía —trabajando ya en Meds con temas que nunca había tocado, como el desarrollo de nuevos envases—, yo necesitaba algo más mundano.

—Si eso es todo, me marcho —dijo dándome un abrazo de despedida—. Ya tienes mi número, sabes que me encanta la comida japonesa; solo tienes que invitarme o autoinvitarte para que tengamos una noche de chicas.

Como no sabía nada del paradero de Anderson y me interesaba más instalarme que lidiar con el hombre que solo piensa en trabajar, papeles y exigir, decidí ser osada.

—¿Puede ser hoy?

—¿Y bebernos las copas del jefe? —La amplia sonrisa que me dedicó hizo que me diera un vuelco el corazón—. Será un placer formar parte de esta discordia saludable.

—Nada de copas, que mañana trabajamos —miré la hora y me desplomé en el sillón de un rincón; Sabrine hizo lo mismo en el otro—. ¿Sushi?

—Por favor —cogí el móvil para hacer el pedido y ella parecía querer decir algo más—. ¿De dónde te ha sacado el señor Anderson?

—Eso debería preguntarlo yo. Yo entro dentro de lo normal, pero tú... —bromé y ella soltó una carcajada.

—Soy una joya rara; mi padre trabaja como conductor en la empresa y me consiguió este puesto para llevar los asuntos personales del jefazo. Parece que le gusta que hable por los codos, aunque nunca haya interactuado conmigo de verdad.

—Ya está pedido. Llega en treinta minutos —dejé el móvil a un lado y me puse de morros—. Hoy he conocido a su ex.

—¿A Luciana? —hizo una mueca y yo la imité. No tardó mucho en sonreír y llevarse la mano a la boca, sorprendida—. ¿Sabes una cosa? Ella nunca ha estado en este piso.

—¿Cómo que no?

—El jefe compró este sitio para vivir con ella después de la boda. Se va a poner hecha una furia... o mejor dicho, más furia de lo que ya es —dijo con desdén.

—¿Él no vive aquí? —bufé y me crucé de brazos—. Y yo pensando que teníamos que estar escondidas para no molestar al señor «yo lo compro todo» —me levanté y tiré de ella para que me acompañara—. Vamos a la terraza a disfrutar de las vistas.

—No tengo ningún otro compromiso, señorita Gabriela —exageró el galanteo para hacerme reír mientras nos dirigíamos a las puertas de cristal.

—Te he conocido hoy, pero es como si fuéramos amigas de toda la vida. Acéptalo —elegí una silla acolchada para sentarme y Sabrine hizo lo mismo, a mi lado.

—Sí. Además, no he firmado ninguna cláusula de confidencialidad sobre mi trabajo. ¿Estoy ofendiendo a alguien?

—No —miré al cielo y admiré las estrellas—. Solo estamos charlando; me estás ayudando a no sentirme como un bicho raro.

—Huy, ¿entonces esa piel verde qué era exactamente? —me dio un codazo y le saqué la lengua mientras reflexionaba sobre lo siguiente que le iba a contar.

—He firmado un montón de papeles hoy y no recuerdo si había algo sobre el secreto profesional, Sabrine. El caso es que formo parte de un plan de venganza, además de la promoción del nuevo lanzamiento de Meds —me giré hacia ella, que me miraba con total tranquilidad—. ¿Esto es normal?

—Para el mundo del señor Anderson, sí. Todo se compra. Solo se le olvidó que la fidelidad no siempre viene en el paquete —hizo una mueca y volví a mirar las estrellas—. Todos sabían lo que pasaba, menos él. Yo misma largué varias veces que la ex pasaba demasiado tiempo con el director, pero por lo visto nunca me escuchó de verdad —se encogió de hombros—. Más vale tarde que nunca. El hombre tiene buen corazón, lo que pasa es que no sabe cuánto vale.

Nos reímos a carcajadas de su último chiste. Sonó el telefonillo y utilicé, por primera vez, la tarjeta de crédito que me había dado mi futuro marido. Comida, ropa y transporte; podía usarla para lo que quisiera, siempre con sentido común. Me sentía como si hubiera vuelto a casa de mis padres. Yo solo quería poder gastar mi propio dinero, pero mientras no cumpliera un mes en la empresa, me tragaría el orgullo y aprovecharía los beneficios de firmar un contrato de matrimonio apalabrado.

—¡Un brindis por el inventor del sushi! —dije levantando mi copa y chocándola con la de Sabrine. Estábamos sentadas en los taburetes de la isla central, entre la cocina y el comedor.

—No solo por él, sino por los repartidores de comida y los pedidos online. Amo la tecnología.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Sí, ¿qué necesitas?

—Es por mi casa... para que le eches un vistazo una vez por semana. Todavía hay comida que tirar a la basura, tengo que desenchufar la nevera...

—Cuenta con ello —se metió un sushi en la boca y masticó deprisa—. El día que te desprendas de ella, ¿me lo puedo quedar? Estaba pensando precisamente en irme de casa de mis padres.

Asentí, porque si llegaba a abrir la boca, habría dicho que no; aquel sitio seguía siendo mi refugio.

El tema quedó ahí mientras nos turnábamos para mojar el sushi en la soja y comer. Mi móvil vibró sobre la mesa y se me abrieron los ojos de par en par al leer parte del mensaje: mi amiga diseñadora, Loize, ya tenía algunos bocetos para Meds.

Si Anderson tenía prisa, había dado con alguien que iba a estar a la altura.

Decidí revisar el trabajo después de llenarme la tripa. Cuando me despedí de Sabrine y quedamos en que me recogería mañana para ir al trabajo, dejé los platos en el fregadero y me di la mejor ducha de mi vida, con una alcachofa envidiable. El día que me divorcie de este hombre, me llevo este artefacto conmigo.

Abrí las maletas, encontré mi camiseta gigante de la selección de fútbol de México, me puse unas bragas y me fui al salón a apalancarme en el sofá para ver un poco de Netflix, cortesía de la tarjeta del CEO.

—Eso de querer ser una señora rica es más fácil decirlo que hacerlo —refunfuñé para mis adentros mientras elegía una película —. Vamos con los clichés que me encantan.

A pesar de haberla visto más de diez veces, opté por el clásico Sweet Home Alabama y me quedé frita en cuanto empezó.

Cuando sentí que me movían, debería haberme despertado y haber protestado, pero la seguridad que me dio el aroma que aspiré fue suficiente para seguir durmiendo, incluso mientras me depositaban con cuidado en una cama y, después, me tapaban.

Sonreí viendo imágenes de un hombre enamorado acariciándome el pelo y diciéndome «buenas noches».

—Despiértame con sexo mañanero, por favor —solté soñolienta y, por fin, me sumergí en un sueño profundo.



Capítulo 7
Gabriela

Me desperté pensando que estaba en mi cuchitril y, al tardar tanto en llegar a la puerta del dormitorio para ir al baño, me di cuenta de que mi vida realmente había cambiado.

Respiré hondo, me desperecé bien y me di la vuelta para ir hacia donde estaba mi baño de verdad, el que estaba dentro de la

habitación de invitados donde me alojaba. Me senté en el váter y me quedé mirando la ducha, mi nuevo amor, con una sonrisa apasionada.

—Esta locura va a valer la pena solo por ti —murmuré quitándome mi camiseta de México, esa pasión oculta que tenía, y me di un baño revitalizante.

Elegí ropa algo más formal para mi primer día oficial de trabajo en Meds y, con el móvil en la mano, le envié un mensaje a Sabrine mientras caminaba hacia la cocina, donde no tenía ni la más remota idea de qué iba a comer.

—Buenos días —aquella voz ronca y profunda me dio un susto que hizo que se me cayera el teléfono al suelo. Anderson estaba sentado a la mesa del comedor, que tenía una variedad enorme de comida. Vestido de traje y corbata, parecía un ejecutivo inalcanzable—. ¿Cómo has dormido?

—Bien, gracias —como él estaba en la cabecera de la mesa, me senté a su izquierda y dejé el móvil al lado—. Buenos días —forcé una sonrisa e intenté servirme una taza grande de café.

—¿Te tomas toda esa cafeína al día? —preguntó asombrado mientras soplaba el líquido humeante.

—No, me tomo más —murmuré y entonces, de repente, caí en la cuenta de dónde había empezado el sueño y dónde había terminado. Dejé la taza en la mesa, miré a la pared con asombro y respiré hondo mientras sentía cómo me escrutaba.

Una señora muy amable se acercó a la mesa, puso una jarra grande de zumo de naranja y se retiró sin decir ni una palabra.

—¿Pasa algo? —preguntó sereno.

—Sí. No —puse una mueca y lo miré—. Estaba durmiendo en el sofá.

—Me tomé la libertad de llevarte a la cama porque estabas prácticamente colgando del sofá —sonrió con cierta timidez y miró

su plato, que tenía huevos revueltos y tostadas—. ¿Tienes ascendencia mexicana?

—En otra vida, tal vez —respondí sirviéndome macedonia de frutas y una cantidad considerable de leche condensada. Cielo santo, me vio solo en camiseta; con toda seguridad también me vio las bragas tipo culotte, el modelo que usaba para dormir cómoda—. Pensé que no vivías aquí.

—Este es mi apartamento —rebatió serio.

—Es suyo, pero no vive aquí. Por eso dormí en el salón; me encantan los sofás, no pensé que te regalaría una estampa tan relajada.

—Fue toda una visión —murmuró, y cerró el puño frente a su boca mientras se aclaraba la garganta para recomponerse. Sentí que me ardía la cara y, fingiendo cambiar de tema, cogió mi vaso y me sirvió el zumo—. No abuses de la cafeína sin compensar con agua u otro líquido más frío y menos ácido.

—Puedes estar tranquilo, que de mis venenos me encargo yo, prometido —agarré mi taza de café, que estaba bajo amenaza de ser secuestrada, y me la bebí de un trago mientras miraba a un contrariado Anderson.

—Está bien —volvió a comer y una vena de su cuello parecía estar a punto de saltar, una clara muestra de irritación—. Sabrine te llevará hoy a Meds porque tengo una reunión fuera de la empresa. Puedes usar mi mesa mientras preparan la tuya.

—¿Voy a trabajar en el mismo despacho que tú? —empecé a comer la macedonia y suspiré de satisfacción. Me iba a poner como una foca si comía así todos los días.

—Sí. Mientras nuestro contrato esté en vigor, estaremos juntos. No hace falta que diga que Luciana ya no tiene permiso para entrar en mi despacho, por si se le ocurre algo.

Escuché el chirrido de un disco rayado, como en las películas, y sonreí con ironía al darme cuenta de que todo parecía muy... estratégico.

—Tú no vas hoy a la empresa y ya me estás adelantando que tu ex puede invadir tu despacho y querer algo —apoyé el codo en la mesa y dejé descansar la cara sobre mi mano mientras él intentaba ocultar su reacción de espanto—. Cuéntame qué más pasó ayer que yo no sepa.

—Trabajamos; tú tenías que encargarte de los nuevos envases de los productos, además de los cambios que habrá en el evento de lanzamiento, que también será nuestra boda. Yo tengo que seguir con mi agenda. Así de simple.

—¿Tengo que recordarte que soy tu prometida y no puedo ser la última en enterarse del cotilleo? —Le di un golpecito en el hombro y vi cómo se sobresaltaba—. Somos tú y yo contra la ex que despreció vuestra relación. Dame las armas adecuadas.

—Me la encontré ayer por la noche, en mi despacho —soltó los cubiertos con brusquedad y suspiró, cerrando los ojos—. Tuvimos una discusión, nos besamos y la despaché con crueldad.

Me mordí los labios y me enderecé; aquella punzada en el corazón era extraña, sobre todo tratándose de algo que no debería afectarme. Besó a su ex, vale, no pasaba nada; al fin y al cabo, solo éramos una pareja de fachada.

No debería importarme, y menos cuando me estaban pagando por ello... o no, ya que no consideraba que esa dichosa tarjeta de crédito del «sentido común» fuera realmente mía.

—Está bien, yo me encargo —me apresuré a asegurar.

—¿Qué has dicho? —preguntó en voz alta, porque yo había vuelto a comer y a mirar a la pared, como si me hubiera traicionado. Es una mierda lidiar con los sentimientos, porque no tienen ni pizca de racionalidad.

—Puedes irte a tu reunión tranquilo; si la zorra traidora aparece, me ocuparé de ella —lo miré con malicia—, a mi manera. ¿Me das cobertura jurídica si hace falta? ¿O tendré que cargarlo todo a tu tarjeta?

—Sin agresiones verbales ni físicas, por favor. Estoy intentando evitar un escándalo para Meds, no buscando otro.

—Soy toda una lady —mi móvil pitó, comprobé que era el mensaje de Sabrine y me levanté de un salto. Bebí un trago de zumo de naranja y, por impulso, me acerqué a Anderson y le di un beso en la mejilla—. Ha llegado mi transporte. Buen trabajo, fugitivo.

—Buen trabajo, Gabriela.

Cogí mi bolso de la habitación, que parecía una zona de guerra, pero no me importó; ya me encargaría de limpiar todo el fin de semana con más calma, ya que no tendría que hacer las guardias del infierno de antes.

Bajé en el ascensor más animada y sonriente; al fin y al cabo, trabajar me resultaba mucho más atractivo que antes. El motivo real no sabría decirlo, y menos cuando nunca me han gustado los conflictos inminentes.

Tal vez, simplemente, estaba esperando el combate ideal.



Capítulo 8
Anderson

Cuando el eco en mi mente de la palabra «cobarde» empezó a irritarme, salí del hotel donde me había instalado para teletrabajar y regresé a mi empresa. No quería lidiar con los berrinches de Luciana, y menos tras darme cuenta de que aún le guardaba un mínimo de consideración.

Ella me engañó, me humilló y ahora pretendía dinamitar todos mis planes de expansión. Todo el dinero que le di e invertí no fue suficiente para que fuera fiel. Y no hablo solo en el plano de la monogamia, sino en el empresarial. Sus palabras de ayer me demostraron hasta qué punto era capaz de tramar un nuevo proyecto a mis espaldas y a mi costa.

Tener a Gabriela a mi lado sería una ventaja, porque nadie tendría acceso a ella y, al tener principios tan sólidos, se tomaría mi lucha como algo propio en lugar de ayudar a hundirme.

Al pensar en la pequeña seguidora de la selección de México, me vino a la mente «La Catrina», la calavera que trae buena suerte y ahuyenta a los malos espíritus. Pero Gabriela tenía mucho de Frida Kahlo, otro icono mexicano, símbolo de la fuerza femenina y de la lucha por sus derechos.

Lo último que necesitaba en este momento era interesarme por mi prometida por contrato. Ninguna mujer volvería a entrar en mi vida, y menos habiendo dinero de por medio. Me di cuenta, demasiado tarde, de que no importa cuánto pague: los sentimientos nunca se pueden comprar.

El amor siempre era de balde, como decía mi madre y como mi padre negaba. Seguí los pasos de mi progenitor y hasta hace unos días me sentía cómodo en mi posición de dominio y poder, hasta que tuve que buscar medicinas que me ayudaran a dormir por culpa de la frustración.

Era un cornudo y me estaban apuñalando por la espalda en lo profesional.

Regresé a la sede de Meds y, decidido a enfrentar lo que estuviera por venir, tomé el ascensor hacia mi planta. Despedir a los dos empleados más importantes después de mí estaba fuera de toda lógica antes del gran evento. Solo tenía que esperar a la boda y, entonces, el juego se habría acabado.

Cuando me bajé en mi planta y vi la preocupación en el rostro de mi secretaria, apresuré el paso hacia mi despacho. Me di cuenta, tarde, de que había sido una premonición cuando opté por invitar a todos a un evento sorpresa. Como el tema era la boda, nada más justo que celebrar la mía propia. Los medios sabían de mi relación con Luciana, pero ahora tendrían la confirmación de mi unión con Gabriela.

¿Por qué se me revolvía el estómago de una forma agradable al pensar en nosotros dos como pareja?

No hallé respuesta, y menos aún cuando abrí la puerta de mi despacho y vi a Luciana retenida por Boris, mientras Gabriela se llevaba la mano a la cara, aturdida.

—¡Zorra, guarra, te voy a arruinar la vida! ¡Anderson es MÍO! —gritó mi ex, y cerré la puerta con brusquedad para hacer notar mi presencia. Ella se giró hacia mí, mostrando toda su falsa pose de niña buena, y sonrió—. ¡Sé que aún me amas, querido! No hace falta todo este circo.

—¡Ama la distancia que hay entre vosotros, loca! —Gabriela se acercó a ella, que seguía mirándome a mí, mientras yo, un poco aturdido, solo observaba. Lo cierto era que me estaba controlando para no agredir a una mujer en ese momento—. Di que sí, Anderson —exigió.

—¿Sí? —Miré a mi prometida actual y, aun siendo una pregunta, ella sonrió satisfecha y le cruzó la cara a Luciana, que perdió el equilibrio y cayó encima de Boris.

—Puedes insultarme, molestarme e invadir mi despacho, pero nada te da derecho a pegarme —cuando mi ex intentó levantarse, me apresuré a ponerme entre las dos—. Solo te he devuelto lo que me has dado; ahora te puedes marchar, no te debo ninguna explicación sobre mi vida con Anderson.

—¿A ella también la has pagado? —Luciana se levantó y empujó a Boris, que parecía dolido. Sabía que los dos eran muy

amigos y, como él es gay, confiaba plenamente en su relación de amistad. Por lo visto, ella la estaba cagando también con él—. ¿Vas a comprarle un piso y a darle una tarjeta de crédito, como si fuera tu puta de lujo, igual que hiciste conmigo?

Sentí que Gabriela me apretaba la chaqueta por la espalda, porque aquello sonaba demasiado parecido a lo que yo había hecho con ella. No tenía nada que ver con el sexo o el placer, sino con los negocios y la venganza.

Puse mi mano atrás y encontré la suya, que estaba sudando. Le di un ligero apretón e impedí que Luciana atacara de nuevo a mi prometida, ya que Boris parecía tener miedo de intervenir.

Sujetando el brazo de Luciana con fuerza, caminé hasta la puerta de mi despacho y salí a la recepción. Ella se había quedado muda y, en cuanto la solté, empezó a llorar, dejándose caer en el suelo, desolada.

—Pedid a alguien que acompañe a la señorita a su despacho.

—Me tiras como si fuera basura. ¡Esta empresa también es mía, yo la ayudé a levantar a tu lado! —gritó con odio, y yo no podía negar la verdad de sus palabras.

—Hablaremos después. Estás haciendo un papelón; no hace falta esto para terminar tu vínculo con Meds Cosméticos.

—¡No te vas a librar de mí tan fácilmente! —gruñó levantándose; ya no quedaba ni rastro de lágrimas en la cara de esa hembra de cocodrilo.

—Lo sé, pero en esta planta no vuelves a poner un pie — miré a mi secretaria, que ya tenía el teléfono en la oreja y me asintió.

Esperé a que llegara un guardia de seguridad antes de volver a mi despacho. Despaché a Boris con la mirada; ya me

ocuparía de él y de su verdadera lealtad más tarde. Mi preocupación era Gabriela, que miraba por la ventana con la mano en la mejilla.

—Lo siento, no imaginaba que llegaría a tanto —dije acercándome, pero ella negó con la cabeza.

—Ni yo. Con lo que te preocupa la reputación, pensé que todos serían iguales. Tu ex está loca de remate y se ha buscado una rival que no va a dar un paso atrás —giró la cabeza y puso una mueca, mostrando la rojez de su cara—. Menuda mano tiene la tía, ¡joder! Tendré que volver a mi crossfit si voy a tener que protegerme de agresiones físicas.

—Puedo encargarme de eso —me acerqué lo suficiente para tocarle la espalda y el brazo, en un intento de abrazarla. Sentía culpa y, al mismo tiempo, orgullo porque no se estaba lamentando; realmente se había tomado mi lucha como algo propio.

Cobarde.

El dinero me volvía cobarde porque estaba mal empleado. Pero ya no; había aprendido la lección.

—¿Quieres poner una denuncia por agresión? —pregunté, aun sabiendo las consecuencias negativas para mí.

—¿No dijiste que querías evitar un escándalo? —Sonrió con debilidad y me dio un golpecito en la mano que tenía sobre su brazo —. Si ella me denuncia, necesitaré un abogado; si no, estoy bien. Ahora sé a qué nos enfrentamos. Hasta a Boris le ha dado la patada en medio de la discusión. Tenías que ver cómo se cree la dueña de todo y de todos, descartando a la gente cuando le conviene. Luciana está perdiendo aliados.

Cuando su sonrisa pareció volverse más sincera, me sentí atraído por sus labios, como si me hubiera dado cuenta en ese preciso instante de lo besables que eran. Ella pareció notar el cambio en el ambiente, porque se puso frente a mí y dio un paso hacia delante, haciendo que mis manos encontraran sus caderas.

—Tú no me has dado un piso, porque ese iba a ser tu hogar después de casarte con la otra.

—Nuestro acuerdo no implica sexo ni vínculos afectivos —desvié la mirada rápidamente hacia sus ojos y me gustó lo que vi, por eso volví a sus labios tentadores.

—Espero no arrepentirme de lo que voy a hacer —murmuró, y no tuve tiempo de anticipar su movimiento: me rodeó el cuello con los brazos y pegó sus labios a los míos con rapidez y cuidado.

El sabor a café se intensificó cuando abrió la boca y me dejó invadirla con la lengua. Era distinto a lo que estaba acostumbrado; no había segundas intenciones ni seducción ensayada, era simplemente una mujer besando a un hombre, y aquello me sacudió por dentro.

Tan pronto como empezó, Gabriela se alejó y corrió hacia el baño, dejándome con una opresión en el pecho y un millón de preguntas en la cabeza. ¿Qué había pasado realmente en su pelea con Luciana?

¿Y qué iba a pasar a partir de ahora?



Capítulo 9
Gabriela

Dios mío, ¿qué estaba haciendo?

Entré en el baño a toda prisa y no fui capaz de mirarme al espejo. Vale que nuestra relación no empezó como debería —un rico pidiéndome que me casara con él para no provocar un escándalo—,

pero... después de las barbaridades que aquella zorra dijo sobre Anderson, era imposible no tomar partido.

Asquerosa y mezquina, Luciana había enseñado las garras y ni siquiera le importó machacar a un amigo por el camino. La traidora haría lo que fuera por quedarse con la empresa, porque así fue como el padre de Anderson hizo con el padre de ella. Estaba dispuesta a matar y morir, a manipular y seducir a cualquiera que se interpusiera en su camino. Nadie se libraría de ella tan fácilmente.

¿Sabría eso el CEO de Meds? A pesar de ser una pregunta pertinente, no era eso lo que nublaba mi juicio, sino el beso que nos habíamos dado. Cálido y lleno de pasión, ni siquiera parecía el hombre que lo compraba todo y a todos para sentirse seguro.

Lo mejor era fingir que no había pasado nada y volver al trabajo; al fin y al cabo, mi amiga Loize ya me había mandado un catálogo digital completo con los nuevos envases. Mi vía de escape siempre ha sido centrarme en la rutina, y aquí no iba a ser distinto.

Me lavé la cara, las manos y seguí ignorando mi reflejo en el espejo. No solo me cohibía la excitación de estar con Anderson, sino también la rabia que sentía. El dolor en la cara podría despertar a la mexicana buscalíos que llevaba dentro, aunque no tuviera ascendencia de esa nacionalidad.

Salí del baño y me sobresalté al encontrarme con él esperándome justo al lado de la puerta.

—Gabriela...

—Mi amiga ya tiene lo que necesitas —señalé su ordenador —. ¿Puedo enseñártelo? También me gustaría hacer una visita general por la empresa. ¿Quién sería la persona más indicada para eso?

—¡Yo! —respondió indignado—. No necesitarás hablar con nadie que no sea yo. Después de lo que ha hecho Luciana... —Su mano rozó mi mejilla, donde tenía el golpe, y me zafé dirigiéndome hacia su silla, donde me senté y clavé la vista en el monitor.

—¿Vamos a centrarnos en lo que importa? —Cogí el teclado y se lo mostré—. ¿Podrías desbloquear el equipo, por favor?

Vaciló unos segundos, lo que me hizo desviar la mirada y fingir que todo aquello no me estaba corroyendo por dentro. Sí, yo también estaba confundida por el beso, por la zorra, por el trabajo de mis sueños y por toda esta nueva perspectiva de vida. ¿Sería capaz de lidiar con todo esto sin flaquear?

Anderson cogió una silla y la acercó a mi lado. Usó el teclado sin ocultar lo que hacía, luego me lo entregó y prácticamente se pegó a mí para ver mejor el monitor.

—Voy a entrar en mi correo y te enseñaré el resultado. Aunque ella es autónoma, su trabajo es digno de una empresa de renombre.

—Quiero verlo —respondió seco, y sentí que su respiración me erizaba el vello de la nuca. Respiré hondo, hice lo necesario para abrir el catálogo enviado y lo maximicé en la pantalla.

Como ya había leído el texto enviado por mi amiga, además de los tres audios que mandó explicando los detalles, yo misma hice la presentación y la explicación de cada artículo.

—Es una persona muy activa, así que tiene varios proyectos guardados en el cajón. Uno de ellos era sobre envases de productos de belleza. Algunos los ha retirado del catálogo por no encajar con lo que se presenta en la web institucional de tu empresa. Ha cambiado colores y ha ajustado el recipiente para las hidratantes porque dice que le recordó a algo de nuestra infancia —lo miré rápidamente, solo para desconcentrarme, ya que él no miraba la pantalla, sino a mí. Volví a clavar la vista en el monitor y señalé el primer artículo, describiéndolo y explicando para qué producto de Meds serviría.

Mientras lo explicaba, me di cuenta de que necesitaba profundizar aún más en la empresa que ahora era mi empleadora. La visita que había solicitado tenía esa intención y, al final del día,

tendría que hacer los deberes e investigar la parte que más amaba: la farmacológica.

Poco a poco, fui apreciando el trabajo de mi amiga por segunda vez y, al final de mi monólogo, estaba sonriendo y ansiando que ese cambio se hiciera cuanto antes. Sería un gran momento para la empresa, pero también supondría grandes costes.

—Interesante —hizo girar mi silla para que quedara frente a él. Contuve la respiración; la intensidad de su mirada era muy parecida a la de antes de nuestro beso—. Si sigues mirándome así, no vamos a hablar de trabajo.

—¿Cuál es el siguiente paso? —pregunté, ignorando sus palabras anteriores. Cuando se inclinó hacia mí, demostrando que no se lo había tomado por el lado profesional, tosí y añadí—: Si decides cambiar los envases, ¿qué viene después?

—Tienes que presentarlo al departamento responsable —se alejó de mí y se levantó, caminando de forma aleatoria por el despacho con las manos en los bolsillos del pantalón—. Ellos harán los cálculos de costes, gastos y verán qué inversión habrá que realizar. No estará listo para nuestra boda, pero con seguridad estará casi terminado después de nuestra luna de miel.

—¿Perdón? —Él se giró hacia mí y yo apoyé los brazos en la mesa—. ¿Luna... luna de miel? Dios mío, me había olvidado de esa parte —todo el cuerpo me empezó a hormiguear al imaginarme con este hombre en Hawái. Necesitaría mucho autocontrol para no ceder ante él.

—Formaremos parte del catálogo de los nuevos productos, además de seguir el protocolo de una boda tradicional. Hablamos de esto ayer.

—Sí, sí, se me olvidó —le quité importancia y me levanté buscando determinación para seguir pensando solo en el trabajo y no en Anderson en bañador, exhibiendo su cuerpo y haciéndome

babear. Ah, él compraba sus amores; el mío no estaba en venta, ni podría estarlo—. ¿Podemos ir a la visita supervisada?

—¿Señor? —la voz de la secretaria invadió el despacho al abrir la puerta tras haber llamado—. Otávio le está esperando en la recepción.

—Necesito un momento, gracias —despachó a la mujer y volvió a caminar de un lado a otro—. No puedo cancelar mi agenda de trabajo para llevarte de tour.

—Yo no he pedido que seas tú —rebatí sintiéndome ofendida —. Quiero trabajar, nada más.

—Ya estás cumpliendo con tu papel —dejó de caminar y señaló el ordenador. Puse una mueca y pasé de él acercándome.

—No soy ejecutiva ni me encargo de la parte administrativa. Soy farmacéutica, quiero ocuparme de algo de mi área —le tapé la boca con la mano, porque sabía lo que iba a decir—. Me has contratado, trataré directamente contigo y, si hace falta, ejecutaré las tareas que me delegues, pero quiero trabajar en MI área también. Si hace falta hacer turno doble, lo haré.

Con su mano en mi muñeca y su mirada cargada de lujuria, no me di cuenta de que me había quedado demasiado cerca, cayendo en nuestra propia trampa. Di un paso atrás, pero él me atrajo hacia sí hasta pegarme a su cuerpo; me rodeó el cuello con un brazo mientras con la otra mano me ceñía la cintura.

—Quédate conmigo hasta que terminen mis reuniones. Seremos solo tú y yo —el tono seductor no encajaba para nada con su postura profesional. Cerré los ojos y dejé que me besara de nuevo, porque mientras me sujetara así, no me convertiría en un charco de suspiros y corazoncitos.

Fue lento, y su mano se deslizó por mi espalda mientras presionaba su cuerpo contra el mío. Le succioné el labio inferior y me puse de puntillas para conectar aún más con él.

De nuevo, interrumpió el contacto demasiado rápido; dejó su frente pegada a la mía y se quedó con los ojos cerrados.

—Necesitaba esto; la próxima reunión puede hacerme perder los estribos. Otávio es mi director... y el amante de Luciana.

Si tenía la intención de salir huyendo, se me quitaron las ganas, y más aún porque estaba decidida a hacer que esos traidores pagaran.

Le apreté la mano y fui a sentarme en su silla, mientras él se sentaba a mi lado y autorizaba por teléfono la entrada del visitante.

Las brujas andaban sueltas y ni siquiera era la hora de comer.



Capítulo 10
Gabriela

No dije nada mientras Anderson y Otávio trataban asuntos de la empresa. Fui presentada y no escatimé en seriedad cuando estreché la mano del traidor, que rebosaba cinismo.

Noté su mirada hacia mí y el nerviosismo de mi prometido al intentar tratar con profesionalidad al hombre que le había

traicionado. ¿Estaría Luciana usándolo a él también? ¿Cómo se habría revelado toda esta traición?

Después de hablar sobre inversores, la avería de una máquina en producción y el éxito en las pruebas de un nuevo producto, Otávio salió del despacho y otra persona esperaba a ser llamada.

—Espera —le quité el teléfono de la mano y lo puse en la base—. No parece tan vil como tu ex. ¿Estás seguro de que está compinchado con Luciana? ¿Cómo pasó todo?

—¿No podemos dejar esta conversación para luego? —Su tono denotaba agotamiento—. En cuanto termine esta reunión, iremos a comer.

—Si no me lo cuentas, lo descubriré por mi cuenta —le desafié, y él arqueó las cejas con admiración—. He hablado por mensajes con mi amiga; ha aceptado venir a presentar el proyecto de los envases al departamento responsable. He cumplido con mi parte, señor Anderson.

—Tú eres quien debería hacer eso —giró la cara y cogió el teléfono de nuevo.

—Un buen gestor no lo centraliza todo en él, sino que cuenta con personas capacitadas para delegar las tareas —se giró solo para mostrar cuánto le había gustado mi respuesta y pidió a la secretaria que dejara pasar a la siguiente visita.

Esta vez fue el gerente del almacén, que tenía dificultades para evitar que ciertos empleados faltaran por motivos de salud. Todo el equipo de protección individual, los EPI, estaba en regla.

Anderson programó una visita y casi pongo los ojos en blanco al darme cuenta de que el CEO centralizaba demasiadas cosas, además de ocupar todo su tiempo en lo operativo en lugar de en la gestión.

Yo misma, que no tenía perfil de mando, sabía cuál debía ser mi papel, pero él no. Entonces, en un instante, comprendí que Anderson no confiaba en nadie. Vulnerable por culpa de haberlo conquistado todo con dinero, no tenía la seguridad de que otros pudieran tomar decisiones coherentes bajo su mando.

Cuando el hombre se marchó, nos levantamos y salimos en silencio de su despacho hacia el ascensor. Me crucé de brazos cuando su mano rozó mi zona lumbar; ante cualquier gesto más íntimo, me habría dado por vencida. No era el momento; era necesario aclarar algunos puntos antes de volver a lo personal.

Dos plantas más abajo, el ascensor se detuvo y Luciana esperaba para entrar. Su sonrisa petulante se transformó en una mueca al vernos y parecía lista para atacar, como una cobra.

Que las vacas me perdonaran por el apodo precipitado, pero aquella mujer era una serpiente venenosa.

—Tú no entras aquí —murmuró Anderson en tono de orden; puso la mano en su hombro y la apartó de la puerta. Segundos después, el ascensor se cerró y seguimos hacia el aparcamiento.

Manteniendo la compostura, caminé hasta su coche, me senté en el asiento del copiloto y suspiré cuando arrancó y empezó a conducir. Él también parecía tenso, porque hizo el mismo movimiento e incluso lo remató poniendo su mano sobre la mía. Su apretón no ayudó en absoluto a calmarme; al contrario, solo encendió mi libido.

—No quiero confiar en ti, pero cuando me doy cuenta, ya estoy actuando en contra de mi razón —confesó.

—Desembucha —dije soltando su mano y descruzando los brazos. Pareció ofendido por mi rechazo, pero no podíamos seguir así—. Cuéntamelo todo, desde el principio, desde que empezaste a salir con Luciana. Cuéntamelo todo.

—Está bien, te lo mereces después del enfrentamiento de hace un rato —respondió a regañadientes, y tardó un momento en

empezar.

Aparcó el coche frente a un lujoso restaurante y nos condujeron a un comedor privado. Menos mal que me había puesto ropa más formal, porque todo parecía incluso más elegante que el propio apartamento de Anderson.

De inmediato nos sirvieron un plato de ensalada con pechuga de pollo a la plancha en dados.

La puerta se cerró al mismo tiempo que yo abría la boca para exigir una explicación. Él fue más rápido.

—Conocí a Luciana cuando era becario en Meds Cosméticos. Era la empresa de mi padre y ahora es mía, por mérito propio.

—No lo dudo —cogí los cubiertos y empecé a trocear las hojas de mi plato.

—Nos hicimos novios un tiempo después y, cuando me nombraron CEO en funciones, la traje conmigo para que fuera mi mano derecha. Confiaba en ella ciegamente —me miró comer y empezó a hacer lo mismo.

—Creíste que habías comprado su confianza, ¿verdad?

—También puede decirse así, ya que siempre fue una mujer que sabía lo que quería y exigía regalos e inversiones con mi dinero —desvió la mirada, avergonzado—. Lo hice porque me gustaba.

—¿Ah, sí? —Masticé un poco de ensalada y necesité agua para ayudar a pasarla, ya que la conversación estaba llegando a la parte que realmente quería saber—. ¿Cómo te enteraste de la traición?

—Ella me lo contó —él también bebió agua, pero un trago largo—. O puede que yo la presionara, no lo sé. Estábamos un día en casa; ella me acusaba de pensar solo en el trabajo y yo le replicaba que estaba organizando la boda de sus sueños, que dar lo mejor de mí por la empresa era para costear sus ambiciones.

—O venganza —murmuré, y comí un poco más de ensalada, especialmente al ver su mirada de sorpresa—. Vamos, continúa.

—Para herirme, me dijo que me engañaba desde hacía más de un año. Cogió el móvil y me enseñó fotos desnuda con el director.

—Ese tipo me ha parecido bastante serio; no se ha puesto a montar numeritos como Luciana.

—Hablé con él después; me confesó que se sintió presionado, pero que no volvería a cometer el mismo error. Me quedé sin saber qué hacer; necesitaba pensar de forma racional, ya que lo que me pedía el cuerpo era poner a todo el mundo de patitas en la calle. La revelación ocurrió muy cerca del lanzamiento de nuestra nueva colección; no podía prescindir de personas clave en la empresa.

—Estás demasiado centrado en el trabajo y te estás olvidando de ti mismo. Es lo que creo —me encogí de hombros y comí unos trozos de pollo. No parecía interesado en hablar más—. Tu historia está muy mal contada.

—Es la verdad —dijo con indignación, soltando los cubiertos sobre la mesa—. Pagar o pagar; a ti también te he metido en todo esto mediante un contrato.

—Oye, deja de atacarme. He tomado partido por ti, no estoy dispuesta a luchar CONTRA ti —rebatí irritada; lo imité soltando los cubiertos e intimidándolo con la mirada. Anderson dejó caer los hombros rápidamente y apoyó la cabeza en la mano, con el codo sobre la mesa.

—Lo siento, todo esto es una mierda. Mi cabeza no para...

—Y necesitas medicación para que te ayude a dormir —ladeé la cabeza cuando me miró—. Cuando Luciana me atacó en tu despacho, me dijo cosas que me han dejado preocupada y que van en contra de lo que tú me has contado.

—¡Es una mentirosa compulsiva! —dijo con desdén.

—Una serpiente venenosa, lo sé. Pero escúchame —alargué la mano para tocar la suya. Él dejó de sujetarse la cabeza y me prestó atención—. Tu ex dijo que haría cualquier cosa para hundirte, tal como tu padre hizo con el suyo. Que seduciría a quien hiciera falta para que eso ocurriera.

—¿Qué? No tiene nada que ver, Romero nunca fue socio de mi padre. Él está muerto, no tiene sentido lo que...

—Sí, puede ser, pero ella lo dijo e incluso Boris, que parecía su lameculos, se sintió dolido por eso. Y con todo lo que ella te soltó, me pregunto: ¿esas fotos que te enseñó Luciana eran realmente con el director? ¿Y si el hombre solo tuvo un momento de debilidad en lugar de varios años, como ella confesó al principio?

—No lo sé —vi que su respiración se aceleraba y me apretó la mano buscando consuelo—. Sí, ella dijo que fue más de un año y Otávio confesó que solo fue una vez.

—Sé que está la boda y que se celebrará de todos modos, ya que implica una gran campaña de marketing. Pero, ¿qué tal si dejas Meds en manos de algún responsable mientras vas en busca de la verdad? Mejor aún: tú y yo.

—Nuestro acuerdo no incluía esto, Gabriela.

—Gabs. Por el amor de Dios, no aguanto más que me llames así. Soy Gabs y tú... —miré alrededor y sonreí al encontrarme con un cuadro de Rocky Balboa. Solo entonces me di cuenta de que el restaurante tenía muchas imágenes de artistas por todas partes—. Rocky.

—Mi familia me llamaba Andy. ¿Qué tiene que ver Rocky conmigo? —acerqué mi silla para sentarme a su lado. Señalé el cuadro y me sentí tranquila con el contacto. No tenía miedo de que me besara o de desviar mi foco del trabajo, ya que en ese momento había decidido que ayudaría a Anderson.

—Estresado, cabezota y valiente. No basta con saber golpear, hay que aprender a encajar los golpes, Rocky —se llevó mi

mano a la boca y sonreí sintiendo mi corazón latir como una pandereta—. Necesitas la verdad completa, pero solo empezaremos esa nueva misión después de que me enseñes la empresa. Me lo prometiste.

—Después de las reuniones de hoy, sí.

Me pilló por sorpresa cuando tiró de mi pierna para que me sentara sobre él; su boca encontró la mía mientras guiaba nuestra mano, todavía entrelazada, hasta el espacio entre mis muslos.

El asalto sensorial fue tal que acabé mordiéndole el labio con más fuerza de la necesaria; el gusto metálico de la sangre me puso sobre aviso y me aparté avergonzada al ver el pequeño rastro rojo.

—Mierda, perdona. Es que has sido tan... —Él sonrió y yo hice lo mismo, rozando sus labios con cuidado—. Deja de besarme. Esto no figura en el contrato.

Giré mi silla para volver a quedar frente a él y no supe cómo interpretar su silencio después de aquello. ¿Era buena o mala esta cercanía? Vale que la boda solo era una formalidad, pero existía la posibilidad de que acabara enamorándome al final.

Terminé mi comida y me encogí de hombros, porque no creía en el amor construido. O te enamorabas a primera vista, o nunca serías feliz.



Capítulo 11
Gabriela

Cerca de terminar la jornada laboral, Anderson me llevó por la empresa presentándome como la nueva farmacéutica contratada por Meds. Recibí saludos calurosos y otros no tanto de personas concentradas en no perder ni un solo minuto de su trabajo.

Cada uno tiene el jefe que se merece. Anderson también tenía los empleados que se merecía.

No pasamos por la planta de la serpiente, y el sector que más me fascinó fue el de pruebas, donde trabajaba gente de mi misma área. Me quedé bastante tiempo charlando y prometí volver otro día para integrarme en la rutina del laboratorio.

La primera planta estaba unida a la segunda. Según me explicó Anderson, el edificio tenía una estructura resistente y exclusiva para soportar tanto la parte administrativa como la operativa de Meds. Había otras sucursales donde la producción era a gran escala, pero la de la sede también tenía su función.

Nuestras manos se entrelazaron en un momento involuntario. Caminando entre máquinas y personas que no parecían darnos la más mínima importancia, admiré el imperio dirigido por Anderson y no me sentí tan exagerada al tomar partido por él.

Entramos en una sala oscura; él encendió la luz y me di cuenta de que estábamos en la zona de stock.

—Estos son algunos de los envases que usamos. Si vamos a cambiar, tenemos que analizar qué fin les daremos a estos —solté su mano y puse una mueca ante la inmensidad de cajas. El cambio no sería fácil, pero sin duda era posible hacerlo de forma gradual, sin perder demasiado por el camino.

—Tu empresa es maravillosa —caminé entre las cajas y escuché cómo me seguía—. Me he dado cuenta de que eres más temido que admirado. Hay mucha gente trabajando contigo que tiene el mismo objetivo: trabajar y trabajar —miré por encima del hombro y vi que me escuchaba atento—. ¿Sabrán los empleados algo de lo que pasó entre Luciana y tú?

Él se puso el dedo en los labios y señaló una cámara. Me encogí de hombros y volví cerca de la puerta, impaciente por no poder hablar en ese lugar.

—Vámonos, tengo un montón de cosas que leer antes de dormir —dije abriendo la puerta.

—¿Y qué sería eso? —Apagó la luz y me siguió con su mano en la mía. Cielo santo, ¿podría este hombre ser menos cariñoso? Así iba a ser difícil resistirse.

—Quiero saber más sobre los productos de Meds, ahora que conozco la empresa y me han presentado. Enviaré a mi amiga para la presentación de los nuevos envases, ya que me has dado permiso, y yo me iré al laboratorio.

—He notado que te brillaban los ojos al hablar con los farmacéuticos del sector —salimos de la planta y nos dirigimos al ascensor—. ¿Tienes que recoger algo en el despacho?

—Sí, mi bolso. También tengo que avisar a Sabrine para que no me espere; ella iba a llevarme a casa —cogí el móvil y le envié un mensaje. Noté que Anderson estaba atento a la pantalla, así que guardé el aparato rápidamente.

—Parece que has hablado bastante con ella.

—A diferencia de ti, yo interactúo con la gente cuando me dan palique —le di un toque en la barriga y logré que sonriera relajado.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, pusimos una mueca al ver a Luciana en la recepción de su despacho. Menos mal que la secretaria tuvo el sentido común de esperar a que volviéramos; nadie necesitaba otra invasión de despacho.

—Ya estaba llamando a seguridad, señor —dijo Melina con inseguridad.

—Hazlo —señalé el teléfono, distanciándome de la mujer mientras mi Rocky Balboa se interponía entre nosotras.

—Yo me encargo —intervino Anderson—. ¿Qué quieres?

—Observar. ¿De verdad crees que esta rubia sosa y sin brillo es una buena opción para la boda? —Puse los ojos en blanco mientras la serpiente intentaba intimidarme con su postura.

—Puedes irte, Melina —ordenó el CEO, y la secretaria casi salió corriendo hacia el ascensor antes de que la alcanzara su ira—. Nadie ha pedido tu opinión, Luciana. Quien decide qué es lo mejor para la empresa soy yo.

—Solías hacerlo todo a mi manera, querido —estiró el brazo para tocarlo, pero él dio un paso atrás y su mano pareció buscar la mía en busca de apoyo.

—No me provoques. Tengo pruebas suficientes para despedirte de Meds por causas procedentes —gruñó Anderson.

—Eres un cobarde y nunca harás nada que manche la imagen de la empresa o la tuya propia. Te gastarías una fortuna comprando periódicos y revistas para que no publicaran el titular: «El CEO de Meds Cosméticos, llevado a juicio por acoso sexual, paga una indemnización millonaria».

Un hombre y una mujer uniformados salieron del ascensor y se acercaron a Luciana, que levantó los brazos y se marchó desfilando con una sonrisa burlona.

Cuando nos quedamos solos en la recepción, me puse frente a Anderson y le sujeté la cara con fuerza para mostrarle mi descontento, ya que faltaba una última pieza del puzle por contar.

—Pensaba que me lo habías contado todo. ¿Qué falta? —le ordené. Él me quitó las manos de encima y caminó hacia su despacho. Entré tras él pisando fuerte, cerré la puerta a mis espaldas y me dirigí a por mi bolso.

—Hace unas horas envió un vídeo de lo que pasó entre nosotros. Me besó, la empujé con asco y ella, como la buena actriz que es, fingió que la había agredido, que la había forzado —cogió el móvil y empezó a trastear con él; yo me quedé en mi sitio, esperando el final—. Confieso que no sé qué más hacer; me está

acorralando por todos los flancos para que nuestra relación vuelva a donde estaba —suspiró—. Solo querría dormir y despertarme con todo resuelto.

—Bueno, Rocky. Se acabó lo de recibir golpes, ¿vale? Ahora toca devolverlos —le di la espalda y salí del despacho. Cuando llegué al ascensor, vi que no me había seguido, así que volví con cara de pocos amigos y le hice una seña con la mano—. ¡Venga, muévete!

—Ir a casa no va a solucionar nada.

—Por eso no vamos a tu piso de recién casados —me burlé —. Vamos a bebernos hasta el agua de los floreros y a despejar la mente —caminé hacia él, le cogí de la mano y tiré de él, que me siguió de buen grado.

De la mano, bajamos en el ascensor y fuimos a su coche. Cuando abrí la puerta para sentarme, él la cerró de golpe, me presionó contra ella y me besó; esta vez sin calma ni cariño, solo fuerza y deseo.

Sus manos apretaron mis muslos y fueron subiendo por mis costados hasta llegar a mis pechos, provocándome, para luego terminar sujetándome la nuca. Me mordió el labio al apartar la cabeza y me miró poseído por la lujuria. Estaba claro que tenía otros planes.

—¿Sabes qué otra cosa me ayudaría a centrarme en lo que importa? —preguntó ronco.

—¿Qué? —pregunté, aunque temía la respuesta.

—Follar. De forma insana y sin escrúpulos.



Capítulo 12
Gabriela

—Vamos a beber y luego seguiremos con tu plan sórdido, Sr. Grey —tuve que romper el hielo con algo divertido; lo empujé levemente y entré en el coche con el corazón a punto de explotar. ¿En serio me había propuesto eso?

—Si no lo recuerdas, estoy tomando medicación controlada y no puedo mezclarla con alcohol —Anderson entró en el coche y arrancó sin mirarme.

—Hoy no vas a necesitar tu calmante. Confía en mí —abracé mi bolso e intenté no dar pie a que me tocara, porque sabía que acabaría rindiéndome a ese hombre.

No veía problema en disfrutar del matrimonio como se fosse una pareja de verdad. La cuestión era: ¿no terminaría mi corazón confundiéndose con todo esto?

Cuando nos dirigimos hacia su apartamento, suspiré fastidiada, puse morritos y salí del coche incluso antes de que él hubiera apagado el motor. Vale que él no quisiera relajarse y no pudiera beber, pero yo sí. Necesitaba un trago para calmar la mente... o que él me hubiera agarrado bien antes de soltarme su propuesta indecente.

Sentí su mano en mi espalda cuando llegó el ascensor. Fue él quien pulsó el botón de la planta y luego me rodeó la cintura. Sentí el temblor de mi cuerpo y no reaccioné bien, sobre todo cuando mis pensamientos iban en una dirección peligrosa.

—¿Podrías darnos espacio? —pedí con un hilo de voz, lo cual no ayudó a mi autoconfianza, y él se mantuvo igual—. En serio, necesito moverme.

El ascensor se detuvo y salí a toda prisa, pero él me frenó y me presionó contra la pared. Dejé caer el bolso al suelo, él inclinó la cabeza hacia un lado y me devoró con un hambre abrasadora. Quien lo viese diría que llevaba una eternidad sin follar.

Sus manos se colaron bajo mi blusa, soltando mi sujetador con destreza y liberando mis pechos para empezar a acariciarlos. En cuanto escuché mi propio gemido contra su boca cuando sus dedos apretaron uno de mis pezones, di un paso hacia un lado y me abracé a mí misma con la intención de sujetar lo que él había soltado.

—Todo esto es solo ganas —lo acusé.

—Solo eso —recogió mi bolso; sus palabras me dolieron como si me hubiera golpeado con él. Vale que yo misma había empezado con esa definición, pero no esperaba que él fuera tan racional—. Vamos a entrar.

Yo no quería. Algo me decía que, a partir de este momento, en cuanto cruzara el umbral de este apartamento, nuestra relación meramente contractual y formal cambiaría para siempre. Pensaba que me había tocado la lotería cuando dejé mi antiguo empleo y encontré no solo el trabajo de mis sueños, sino a un prometido que me lo pagaba todo.

El tiro me salió por la culata. El choque entre la expectativa y la realidad me dejó más que aturdida.

Nada más atravesar la puerta y cerrarla tras de mí, me di cuenta de que él ya estaba en el salón, desnudándose y mirándome con deseo. Buscaba en mi mente algún chiste, algo para romper el hielo, pero de mis labios solo salió:

—¿Tienes condones?

—¡Aquí! —cogió la cartera y sacó dos sobres, dejándolos sobre la mesa de centro.

—Vale que el sofá es cómodo, pero podríamos ir al dormitorio.

—Las vistas desde aquí son mejores. Ven —se quitó los zapatos, se bajó los pantalones y me tendió la mano para que me acercara.

Qué más da. Mañana ya pensaría mejor en qué lío me estaba metiendo. ¿Acaso no había elegido estar de su lado contra la serpiente? Pues bien, en este momento solo quería pensar en una cosa: conocer a Anderson de la forma más íntima posible.

Me quité la blusa y el sujetador mientras caminaba hacia él. Vi el bulto en sus bóxers blancos y me lamí los labios apreciando el tamaño. Me detuve un momento para quitarme los pantalones y los

zapatos; me quedé solo en bragas, intentando no dejar que la vergüenza por mi cuerpo se apoderara de mí.

En cuanto levanté la vista hacia su rostro, se acercó y me sujetó un pecho para succionarme el pezón. Su lengua me sedujo y su boca me hizo gemir, dejando el otro pezón rígido.

Me miró antes de cambiar calmadamente de pecho; sacó la lengua y apenas rozó la piel sensible de la aureola, haciéndome jadear.

—Deberíamos ducharnos antes. Todo el día trabajando, el sudor... —hizo que caminara de espaldas hasta el ventanal. Bajó las manos hasta mi cintura y me hizo girar para que mirara el cielo estrellado de la noche que acababa de caer.

—Nos ducharemos, pero antes quiero el deseo crudo, el sexo intenso, el orgasmo irrefrenable —me mordió el hombro y frotó su erección contra mi culo, presionando mis pechos contra el cristal y exponiéndome a la oscuridad—. Voy a hacer que pierdas el control.

Yo ya me estaba dejando guiar por el impulso, no necesitaba nada más. Empujó su cadera contra mí, provocando un alboroto en mi cuerpo; sentí como si ya me estuviera penetrando al tiempo que parecía que íbamos a salir del salón hacia la terraza.

—Levanta las manos —me ayudó a obedecerlo—. Pega la frente al cristal.

Su mano me sujetó el cuello y me colocó como quiso. Con lentitud, su mano bajó por mi pelo, por mi espalda, hasta llegar a mis bragas. Me las quitó y, sin avisar, dejó de tocarme.

Respirando con dificultad, miré a las estrellas y separé mis piernas, ansiando el desenlace final de nuestro momento. A pesar de su inseguridad nata en los negocios, por todo lo que implicaba de dinero y lealtad, en el sexo parecía completamente dominante y controlador. No tenía nada de qué quejarme, pero aquello, sin duda, me haría confundirme.

Su cuerpo se pegó al mío y mi cabeza fue forzada hacia atrás, apoyada en su hombro. Empiné el trasero cuando sentí su miembro libre para penetrarme. Lo quería, lo ansiaba y, con toda seguridad, le suplicaría si fuese necesario.

Me presionó una vez contra el cristal y me soltó. Me sentía osada y expuesta ante la situación, a pesar de la seguridad y confianza que depositaba en él. Una mano me sujetó entre la barbilla y el cuello; la otra bajó hasta mi sexo y estimuló mi clítoris con movimientos circulares.

—Anderson... —gemí, y sentí su risa baja reverberar en mi espalda y en mi oído.

—Sí, Gabs. Es ese nombre el que quiero escuchar cuando te corras.

Aceleró los movimientos en mi monte de placer y paró bruscamente, presionando mis labios mayores. Poco a poco, sentí su miembro llenándome centímetro a centímetro, provocando un frescor incontrolable.

Estiré las manos hacia atrás, lo agarré de la nuca y empujé mi trasero contra él para provocarlo. Había entrado completamente dentro de mí y allí se quedó.

—¿Quieres más? —preguntó seductor.

—Mucho más.

Mi rostro fue apoyado de lado contra el cristal, sus labios encontraron los míos y su cadera se movió hacia adelante y hacia atrás, haciendo que su miembro entrara y saliera de mí con suavidad. Su mano seguía presionando mis labios, provocando una sensación maravillosa. Poco a poco volvió a frotar mi clítoris; su miembro me expandía en cada embestida y mis ganas de explotar estaban ya de camino.

—Avísame cuando te corras —me pidió en un susurro, gimiendo, jadeando en mi oído.

—Estoy casi... —logré articular las palabras. Él aumentó la presión tanto en los movimientos de su mano como en los de su cadera. Miré hacia las estrellas, me imaginé observándolo todo desde arriba y me rendí al placer sin pudor alguno.

Gemí fuerte, mis brazos se soltaron y lo acompañé en la entrega absoluta. Él se corrió conmigo, durante muchos segundos, hasta que mis piernas flaquearon y las suyas también. Con destreza, logró sujetarme y, juntos, nos dejamos caer en el sofá: yo debajo y él con la cabeza apoyada sobre mi vientre.

Fue intenso y mi mente parecía vacía, tal como él decía que le pasaba a la suya. Sonreí y le acaricié el pelo cuando noté que se quitaba el condón, le hacía un nudo y lo tiraba al suelo.

El bostezo provocado por el agotamiento fue inevitable. Anderson me besó cerca del ombligo y susurró:

—Descansa.

Pensé que me iba a dejar sola, pero no; se acomodó mejor donde estaba y, regalándome unos minutos de relajación postcoital, cerré los ojos y me encontré con la oscuridad.



Capítulo 13
Gabriela

Sentí una incomodidad y me di cuenta de que era sudor mezclado con un peso sobre mi vientre. Abrí los ojos y confirmé que Anderson y yo nos habíamos dormido en la misma posición en la que terminamos el acto. El sol estaba a punto de salir y, sin preocuparme por si lo despertaba, salí de debajo de él; me levanté

dando un gritito ahogado al ver a la asistenta ya en la cocina, preparando el desayuno en silencio.

—¿Qué pasa? —Él se sentó en el sofá mirando a todos lados mientras yo me apresuraba a recoger nuestra ropa. ¿Por qué no podía coger solo la mía? —. ¿Gabs?

—Tu empleada nos ha pillado en pelotas en el sofá, eso es lo que pasa —dije en voz baja y, con todo en la mano, salí corriendo hacia el pasillo que llevaba a los dormitorios.

Nunca me había sentido tan abochornada.

Dejé todo encima de mi cama y fui al baño de mi habitación. Mi olor era una mezcla de sexo, sudor y culpa. La osadía del día anterior se sentía ahora como un jarro de agua fría, así que abrí el grifo del agua caliente y dejé que me escaldara la piel antes de llevarme un nuevo susto.

—¡Ah! —Dí un salto cuando las manos de Anderson me apretaron la cintura y su cadera se frotó contra la mía—. No me apuntes con esa erección mañanera.

—Está muy lejos de ser eso, Gabs —su tono apaciguador y tranquilo me hizo mirarlo con curiosidad. Sus manos se deslizaron hasta mi vientre y me abrazó por detrás, respirando profundamente mientras el agua nos bañaba.

Poco a poco me fui calmando; la desesperación dio paso a la tranquilidad y la culpa al deseo. Puse mis manos sobre las suyas y dejé que mi cuerpo se relajara, apoyándome en toda su virilidad.

—Ahora que estás más tranquila, podemos hablar —me zafé de su abrazo y me giré para quedar frente a él—. No planeé lo que pasó ayer. Fui impulsivo y la rabia acabó haciéndome perder el juicio. ¿Te hice daño?

—No sé si ofenderme o simplemente darte la razón —puse morritos y fui a por el jabón. Necesitaba distraerme para no clavar la vista en su erección—. ¿Al menos se te ha despejado la mente?

—Sí —su expresión no me decía nada, lo cual era una mierda, ya que necesitaba tranquilizar a una parte de mí: mi corazón.

—¿Podrías desarrollar un poco más ese «sí»? —lo empujé para que se alejara del chorro de agua, le di el jabón y empecé a enjuagarme. Solo entonces me di cuenta de lo íntimo que era aquel momento con él, y no pude evitar sonrojarme.

—Quiero saber más sobre mi padre y el padre de Luciana. También quiero investigar si de verdad hubo una traición de larga duración entre mi ex y Otávio, mi director. Al estar tan centrado en los resultados, no me di cuenta de que tenía entre manos información muy frágil. Nunca cuestioné nada; simplemente lo acepté y actué.

—Me parece un punto de partida excelente. Puedes contar conmigo —me giré para que el chorro de agua me diera en la espalda y él me presionó contra la pared. Su cuerpo se moldeaba al mío, un encaje perfecto que activó todos mis sentidos.

—Solo de verte así, ya quiero follarte de nuevo —me dio mordisquitos en la oreja y bajó hasta mi hombro, provocándome escalofríos por todo el cuerpo—. ¿Quién eres?

—Gabs, la farmacéutica que contrataste y con la que te vas a casar el próximo fin de semana —mi intención era romper el clima romántico, pero pareció que provoqué al monstruo del sexo que llevaba dentro, porque una mano fue directa a mi sexo y la otra a mi pecho, impidiéndome pensar racionalmente.

—No, eres la mujer que le está dando la vuelta a mi mundo.

Levanté las manos para apoyarme en la pared y dejé que me dominara de la forma más placentera posible. Sentí su miembro frotarse contra mi trasero despacio y, a medida que aumentaba los movimientos circulares en mi clítoris, también crecía la fricción; no pude contener más los gemidos.

¡Qué hombre! Si hubiera sabido que aquel extraño borracho era una máquina de dar placer, no lo habría tratado con tanta rudeza al principio. O quizá sí, porque él veía el dinero como la recompensa para todo.

Giré el rostro para tomar su boca y rendirme al clímax. Con los ojos cerrados vi las estrellas y, en mi zona lumbar, sentí mucho más que agua escurriendo entre nosotros.

—Los preliminares que te merecías y no tuviste ayer —me dio un beso corto, se alejó y se quedó unos segundos recibiendo la presión del agua en la espalda y la cabeza.

Busqué apoyo entre las paredes y lo observé salir, dejándome sola. Menos mal que no dijo nada; cualquier cosa podría haberme hecho enamorar. Tenía que mentalizarme de que estaba en una misión y que tomar partido por él no significaba que el matrimonio fuera a ser real.

Era solo un medio para un fin.

Me lavé el pelo, terminé de ducharme y fui al dormitorio, dándome cuenta de que no había ninguna maleta ni ropa esparcida por la habitación que no fuera la que me había puesto hoy.

Bostecé sintiendo cómo un ligero dolor de cabeza hacía acto de presencia, causado por la confusión sentimental que estaba experimentando. A él se le había despejado la mente, al contrario que a mí, que me sentía hecha un lío.

Decidí tumbarme un minuto en la cama, solo con la toalla, para reponer energías, porque el orgasmo matutino solo me había dado ganas de dormir treinta minutos más.

Y eso fue lo que pasó, ni siquiera me di cuenta. Me desperté con el móvil sonando y ni recordaba haberlo dejado aquí, en la mesita de noche.

—¿Diga? —rezongué, y puse una mueca al escuchar la risa al otro lado.

—Buenos días, perezosa. ¡Estás desaparecida! —Lúcia, mi amiga de juerga, parecía borracha tan temprano. Me senté en la cama y la vergüenza se apoderó de mí otra vez al ver que la ropa desordenada ya no estaba allí para recordarme el sexo de ayer en el sofá del cuarto de estar.

—Y tú pareces borracha. ¿Qué pasa? —Cerré un ojo y anoté mentalmente que necesitaría medicación; el dolor de cabeza no se había ido.

—Mañana es sábado y es la inauguración del pub Los Mariachi. Tequila, baby.

—Tequila —mascullé negando con la cabeza—. No sé si podré ir, estoy en un trabajo nuevo y mi vida es un caos.

—¡Con más razón tienes que venir, Gaby! Basta de guardias, vamos a celebrarlo.

—Lúcia...

—Sabía que no te resistirías. A las diez de la noche te espero en la cola.

Colgó y dejé el móvil a mi lado en la cama; todavía necesitaba una dosis extra de motivación. Escuché unos golpes en la puerta y miré hacia allí, encontrando justo lo que me hacía falta: Anderson de traje y con cara de preocupación.

—¿Está todo bien? Te has vuelto a dormir, iba a dejarte descansando —dijo serio.

—No, vas a prepararme una taza gigante de café mientras me visto. Tenemos una historia mal contada que desentrañar.

Salté de la cama; no pensé que fuera a hacer lo que le pedí, era solo una broma, pero cuando lo vi dar media vuelta y regresar justo cuando terminé de vestirme, con la gran taza humeante, no me pude aguantar: le di un beso en la comisura de los labios antes de darle el primer sorbo.

—Gracias, Rocky.

—De nada, Gabs —dio un paso atrás y me miró de arriba abajo. Con una falda de tubo y una blusa elegante, entrelacé mi brazo con el suyo y lo saqué de la habitación.

—Vamos a trabajar, antes de que nos quedemos aquí todo el día... en fin.

La preocupación dio paso a la diversión y, cuando llegué a la cocina, terminé de tomar el café y miré a la señora, que no parecía ni avergonzada ni molesta. Cielo santo, yo no sabría dónde meter la cara si viera a mi jefe en pelotas.

—Mis cosas ya están en los armarios. ¿Ha sido usted?

—Sí, señora —puso las manos tras la espalda y se cuadró, atenta—. ¿Puedo serle útil en algo más?

—No. Solo eso. Gracias —asintió hacia mí, luego hacia Anderson, y salimos del apartamento.

—Te preocupa que nos haya visto, ¿verdad? —preguntó él, aguantándose la risa.

—Sí, pero por lo visto, tú habrás pasado por esto un montón de veces —puse los ojos en blanco y me solté de él mientras negaba con la cabeza.

—Trabajar conmigo exige confidencialidad, respeto y eficiencia. A ella se le paga para eso; no te preocupes ni te avergüences. Vivo en ese piso y con esa empleada el mismo tiempo que tú, y yo estoy bien. Quédate tranquila.

—Vale —No lo estaba, pero tendría que estarlo, porque para un hombre que lo compraba todo, él tenía que saber que mi amor no estaba en venta. ¿Por qué demonios estaba pensando en eso ahora?



Capítulo 14
Gabriela

Para mi sorpresa, no fuimos al edificio oficial de Meds, sino a una filial con aspecto de zona industrial. Durante el trayecto, desde que salimos de casa hasta que aparcamos cerca de un gran pabellón, permanecimos en silencio; parecía que necesitábamos ese momento para transmutar de amantes a profesionales del sector cosmético en busca de respuestas.

Salí del coche al mismo tiempo que él y nos encontramos en la parte delantera.

—Aquí está el archivo del sector administrativo y contable de la empresa. He pensado en buscar información sobre mi padre y Romero, de la época en que trabajaron juntos.

—¿Qué crees que vas a encontrar aquí? ¿Algún contrato bajo cuerda? —pregunté tratando de seguirle el ritmo mientras rodeábamos el pabellón. Al parecer, había algo más al fondo a lo que solo se podía acceder por fuera.

—Tal vez. O alguna nómina que le diera participación en los beneficios. Eso pudo haber hecho que lo confundiera con una sociedad —me miró rápidamente por encima del hombro y me tendió la mano para alcanzar la mía; lado a lado, caminamos hasta una construcción de dos plantas—. Esta es parte del archivo.

—Vamos allá. Voy a cobrarte por exceso de funciones —ironicé, y él demostró que no había pillado el chiste cuando dejó de andar y esperó a que yo terminara frente a la puerta—. Debería estar en un laboratorio estudiando los avances de los productos de la empresa.

—Fuiste tú quien se ofreció para ayudarme, ¿lo has olvidado? —el tono seco demostró que hoy no estaba para bromas. ¿Dónde se habría quedado el humor para aplacar la ansiedad?

—Claro. Del mismo modo que me contrataste como persona; es decir, Gabs viene el pack completo: ironía y mucho amor en el corazón —fui yo quien abrió la puerta y entré en el lugar sonriendo a los dos empleados sentados en lados opuestos de la estancia—. Buenos días, señores.

—Señor Anderson —el primero vio a mi acompañante y me ignoró, tendiéndole la mano a él—. Qué grata sorpresa tenerle por aquí. ¿En qué puedo ayudarle?

—Emerson, puede continuar con su actividad junto a su colega —asintió al otro hombre, que nos observaba y volvió a

centrarse en su monitor al ser despachado—. Estaré por aquí con Gabriela; si necesito algo, le avisaré.

—E-está bien —respondió con inseguridad. Volvió a sentarse y yo me giré hacia una puerta que debía de ser el acceso a lo que mi Rocky buscaba.

Siempre muy educado, nos condujo hasta la sala contigua y encendió la luz para iluminar varias estanterías y armarios de archivo vertical. Era mucho más grande que su lujoso apartamento; es decir, nos esperaba un día largo.

—He pensado en empezar por el año en que Romero fue cesado de la empresa, hace cinco.

—Buena idea. ¿Se jubiló? —Mi tacón bajo resonó en el ambiente y el olor a habitación cerrada junto con el de los papeles parados durante mucho tiempo me hizo picar la nariz—. Hola, rinitis alérgica.

—¡Mierda! No he caído en eso —dejó de caminar y miró hacia todos lados antes de salir disparado por donde habíamos venido—. Voy a pedir que nos traigan guantes y mascarillas.

—Mi alergia te lo agradece —no pude evitar la sonrisa, aunque él no la viera. Volví a mirar las estanterías y la curiosidad pudo más que la prudencia; necesitaba encontrar el año que me había indicado.

En cuanto lo encontré, tiré de la caja que indicaba «Nóminas» y la puse en el suelo. No tenía intención de hacer la investigación en ese lugar, pero ya pensaba en dejar separado lo que él tenía en mente.

Miré otras cajas del mismo año y encontré una titulada «Proyectos Futuros». No sabía explicar el motivo, solo que necesitaba mi atención o incluso la del actual CEO de la empresa.

Escuché los pasos de Anderson y estiré las manos hacia las suyas, que sostenían el gel hidroalcohólico.

—¿Qué has cogido? —preguntó mientras me ayudaba a ponerme los guantes y después la mascarilla. Hizo lo mismo consigo mismo y dejó el bote de gel en el hueco de la caja que yo había sacado. Se agachó para apilar las dos y señaló hacia el fondo—. Hay una mesa y sillas; podremos usarlas mientras investigamos.

—Está bien. No sé si es lo que tenías en mente, pero estas cajas me han llamado la atención por lo que comentaste.

—Los dos eran muy cercanos, pero nunca supe de nada más allá de lo profesional. De hecho, él nunca vino a casa antes de que yo empezara a salir con su hija —colocó todo encima de la mesa y me sorprendió la limpieza del lugar.

—¿Cuál fue el motivo de su salida de la empresa?

—Accidente laboral. Estaba sin los equipos de seguridad cuando fue a verificar una comprobación de producto con un empleado. Inhaló gas, lo ingresaron y no resistió —me senté en una silla y él se mantuvo de pie mientras sacaba las carpetas de la caja —. Recuerdo muy bien lo abatida que quedó Luciana por su muerte, pero nunca me culpó a mí ni a mi padre.

—¿Tu padre también ha fallecido? —pregunté cogiendo la primera carpeta de la pila y teniendo el primer contacto con el informe. A pesar de que esta tarea no me traía buenos recuerdos, ya que me remitía a mi antiguo empleo, con demasiadas guardias y exceso de trabajo, me puse a buscar el nombre de Romero Gatrão.

—Sí. Mi padre tuvo cáncer de próstata y mi madre una complicación de neumonía pocos años después —se encogió de hombros, como si eso no fuera gran cosa o como si no le hicieran falta en su vida.

—Mis padres también se fueron y los echo de menos siempre —dije bajo, sin querer juzgarlo.

—Aprendí a vivir lejos de ellos en vida. En la muerte, no fue difícil acostumbrarme —él decidió sentarse y me miró fijamente mientras yo buscaba el nombre conocido—. Solo existía una cosa

importante en la vida de mi padre y me la enseñó muy bien: el dinero te da poder y control sobre todo y todos. Era necesario dominarlo antes de que él te dominara a ti.

—Yo estoy completamente dominada por las deudas. Mi madre incluso me enseñó a ahorrar, pero soy muy rebelde —encontré la nómina del hombre y presioné con el índice el primer concepto descrito en ella.

—Sabes que no tendrás que preocuparte por nada. Forma parte de nuestro contrato; todo quedará saldado.

—Lo sé, pero aun así me siento en la obligación de trabajar —antes de que él replicara, golpeé el papel con el dedo—. Aquí, he encontrado algo y te digo una cosa: para aquella época, tu exsuegro cobraba muy pero que muy bien.

Él arrastró el informe hacia sí, comprobó lo que había y apartó mi mano para buscar otra cosa. Me limité a observar y de nuevo se detuvo en la nómina de otro mes, con el mismo valor, y continuó hasta parar en la quinta combinación.

—Recibía un salario muy por encima de la media. Su cargo tampoco es correcto. Él era farmacéutico, pero aquí consta como superintendente.

—Uno es un cargo técnico, el otro es de gestión; no depende de la formación.

—Sí, pero recuerdo muy bien las actividades que desempeñaba en la empresa. Quien mandaba en todo era otra persona, incluido sobre Romero.

—¿Crees que tu padre le dio un buen sueldo por amistad?

—Mi padre compraba a todo el mundo, pero también sabía ahorrar —se levantó y se dirigió a las estanterías de cajas—. Voy a buscar información de años anteriores —su voz resonó y yo volví mi atención a la segunda caja, la de los proyectos.

—Cuéntame todos tus secretos —murmuré en broma. Saqué la primera carpeta y la abrí con una gran sonrisa. En aquella época, tenían la intención de cambiar los envases, pero el proyecto se archivó por recursos insuficientes; era inviable.

¿Cómo es posible que una empresa que se centra en la belleza no piense en la presentación del producto? Cuando se trata de maquillaje, el exterior cuenta, y mucho.

Pasé a otra carpeta; aquí constaba el desarrollo de una hidratante con aroma a melocotón. Puse una mueca porque recordaba perfectamente que ese producto existía y no era mi favorito. El de ciruela sí que era el que me hacía sentir bien y segura de mí misma.

Me di cuenta de que Anderson volvía a sentarse a mi lado, y ese desvío de atención fue suficiente para que mis ojos encontraran los nombres de Romero y Luciana Gatrão.

—Vaya, ¿tu ex trabajaba en proyectos? Pensaba que era del sector administrativo —le enseñé lo que estaba leyendo y puse una mueca al notar cómo fruncía el ceño—. Por lo visto, no lo sabías.

—No, básicamente porque era secretaria; nunca trabajó en producción, ni con su padre —acerqué mi silla para quedar a su lado y leí todo el informe. No había nada extraño en la parte técnica, solo en quiénes estaban detrás de ella—. ¿Sabes qué es esto?

—No.

Él soltó el papel y apoyó la espalda en la silla; mi cabeza intentaba descifrarlo incluso antes de que él me revelara el descubrimiento.

—El sueldo tan alto que ganaba Romero era el resultado de sus proyectos. Luciana también recibía un extra por eso —pasó algunas hojas y señaló una cifra en una parte del informe—. En esta empresa, todos los que se involucran en un proyecto, aunque no llegue a ejecutarse, reciben una comisión. Era una forma de incentivar el trabajo y también de fidelizar al empleado.

—Conozco esta hidratante, no es mi favorita —dije arrugando la nariz, y por su mirada me di cuenta de que sonrió. Golpeó el papel con el dedo y negó con la cabeza.

—Pero lo que hay hoy en el mercado no empezó con esta chapuza. Estoy seguro de que encontraré muchos otros proyectos cerrados que no llegaron a producción con el nombre de ambos, porque la intención era solo el dinero y no aportar nada a la empresa. ¿Cómo no lo vi antes?

—Pero eso no explica por qué Luciana cree que tu padre le robó todo al suyo.

—Claro que lo explica —se estiró para coger otra carpeta de la caja de proyectos, también con el nombre de ella y de Romero, y me enseñó el informe sobre el fracaso de las pruebas—. ¿A quién le gusta ver la derrota de su padre? Proyecto tras proyecto, el farmacéutico con cargo de superintendente le mostraba su frustración a su hija y ella tomaba partido por él. Está claro que es eso.

—¿Tu suegra vive? —pregunté, porque todavía no me convencía su deducción.

—Sí, en una residencia; tiene Alzhéimer.

—O sea, que solo tenemos esto para comprobarlo —fue mi turno de levantarme y dirigirme a las estanterías—. Sigue ahí, yo echaré un vistazo a otros años.

Y durante mucho tiempo, hasta que nuestros estómagos rugieron de hambre, no detuvimos nuestra esclarecedora investigación para ir a almorzar o, mejor dicho, prácticamente a cenar.

Éramos una buena combinación de adictos al trabajo, aunque no fuera en el sentido estricto de la palabra.



Capítulo 15
Gabriela

—Su comida es maravillosa —dije metiéndome en la boca el último bocado de lasaña a la boloñesa.

—Sí, tiene un toque especial —complementó Anderson dando un sorbo a su vino mientras yo optaba por un refresco.

Estábamos en el apartamento, ya que salimos del archivo después de las cuatro de la tarde. Por lo que me había dicho, los asuntos de la empresa se tratarían de noche, en casa, mientras uníamos la información sobre el pasado de Luciana y su padre. Trajimos algunas cajas con nosotros y copias de varios documentos con información ya analizada previamente que los involucraba a ambos.

¿Cuál era el objetivo de la familia Gatrão? ¿Solo dinero? Había mucho más de lo que el propio papel podía decir.

Me levanté de la silla y cogí mi plato y el de Anderson para ponerlos en el fregadero de la cocina. Ni me di cuenta de que me había acompañado, y menos aún cuando fui a la nevera en busca de algún postre.

—¿Podemos continuar con la investigación? —A pesar de ser una pregunta, sonaba como una orden para que me diera prisa. Solo para provocarlo, lo ignoré; cogí una caja de bombones Bis y cerré la nevera con mi mejor cara de pocos amigos—. Cuanto antes lo resolvamos, más rápido podremos volver a la rutina de la empresa.

—O podemos descansar la mente viendo alguna película. No sé tú, pero he analizado tanta información hoy que siento los ojos cansados y mi juicio nublado —salí de la cocina y me fui al sofá, aquel que utilizamos para entregarnos a la pasión el día anterior.

Me senté relajada, me quité los zapatos y abrí el paquete que tenía en las manos antes de buscar el mando de la televisión. Miré a un lado y allí estaba él, contrariado, sujetando mi objeto de deseo. Extendí la mano y él no hizo amago de entregarme lo que quería.

—No voy a cambiar de opinión —respondí a su atrevimiento con el mío propio.

—Necesito que no confundas lo que tuvimos con libertad para trabajar a la hora que quieras. Te ofreciste para ayudarme, así que tú... —se quedó sin palabras cuando me levanté y lo empujé

para que se sentara; en realidad, hice que casi se tumbara. Le quité los zapatos, luego la chaqueta del traje y la corbata.

Hipnotizado por mis acciones, logré quitarle el mando de la mano. Me puse a su lado y, cuando volvió a abrir la boca para hablar, cogí un bombón Bis, ya sin envoltorio, y se lo metí en la boca. Lo empujé para que su cabeza descansara en mi regazo y, fingiendo que su exabrupto no me había ofendido, encendí la televisión y busqué algún canal de películas.

—Puedes volver a los papeles o puedes disfrutar conmigo de un momento de relax. ¿Sabías que para mantener el foco es necesario descansar la mente, como si la obligaras a reiniciarse? —dejé que mis dedos se deslizaran por su pelo sedoso y bostecé—. Si tú no necesitas eso, lo entiendo, pero yo necesito este momento para poder ayudarte. Con mis antiguos jefes no podía actuar así; me sentía atrapada y poco valorada. Tenemos algo más que una relación laboral, por mucho que haya un contrato de por medio.

—Dame otro —ordenó, ignorando todo lo que yo había dicho. Puse una mueca, pero le di otro Bis sin desviar la mirada del programa que echaban por la tele.

Él pareció calmarse y ceder mientras yo, por el contrario, me ponía un poco más tensa. No entendía cuál era mi problema, sobre todo cuando todo estaba saliendo como yo le había pedido.

Supe lo que me pasaba por dentro cuando su mano masajeó mi rodilla y, poco a poco, empezó a subir por la cara interna de mi muslo. Miré hacia la puerta del salón y no noté movimiento; no sabía si la asistenta seguía aún en la casa o no.

—¿Ya te has relajado? —preguntó sentándose a mi lado—. Porque yo necesito otro tipo de actividad para reiniciar mi mente.

—No estamos en una competición, Rocky. Por culpa de tus ansias, estoy tensa en lugar de descansada —me alejé, pero él me siguió.

—Déjame resolver tu inquietud —sonrió de lado y me hizo actuar por impulso. Prácticamente salté sobre su regazo con una rodilla a cada lado de su cadera, tomé su boca y compartí el sabor a chocolate que ambos teníamos.

No me dio oportunidad de continuar, porque se apresuró a quitarme la blusa y a subirme la falda para exponer todo lo que le interesaba tocar. Me apretó un pecho y me succionó el cuello; su mano apretaba mi trasero y forzaba los movimientos de vaivén contra su erección, aún cubierta por el pantalón.

Al parecer, su forma de vaciar la mente era con sexo y, con las ganas que tenía yo en ese momento, no me importaba servir de instrumento, sobre todo cuando yo también iba a salir beneficiada.

Cuando logré espacio, bajé de su regazo para quedarme de rodillas frente a él. Le desabroché el pantalón con prisa y, con la misma intensidad, él encontró el condón en su cartera y lo dejó a su lado.

—¿Con prisas? —pregunté liberando su miembro de los calzoncillos y manipulándolo con la mano.

—Siendo sensato —dijo con voz estrangulada y dejó caer la cabeza hacia atrás cuando abrí la boca y lo introduje hasta llegar a mi garganta—. ¡Joder! —rezongó gimiendo, enredó los dedos en mi pelo y se limitó a seguir el vaivén que yo marcaba.

Lamí desde la base hasta la punta con la esperanza de que volviera a centrar su atención en mí. Rodeé su glande con la lengua y sonreí en cuanto su mirada tormentosa se encontró con la mía, llena de lujuria. Sentía mi intimidade empapada por la dominancia que ejercía sobre la situación.

—No voy a durar mucho —gruñó después de que succionara su miembro unos segundos y volviera a lamerlo.

—Será suficiente —le guiñé un ojo, estiré la mano hacia su lado y abrí el paquete del condón. Él me ayudó a ponerlo y, acto seguido, a levantarme para quitarme las bragas y montarlo.

—Quiero hacer esto en el balcón, con el viento haciendo que se te eroticen los pezones —bajó la copa de mi sujetador y los manipuló con los dedos.

—Podrá ser nuestra próxima vez, porque no pienso moverme de aquí —con la mano atrás, acomodé su miembro en mi entrada y, con movimientos rápidos pero medidos, fui introduciéndolo cada vez más dentro de mí hasta que me llenó por completo.

Cabalgué sin reservas; sus brazos apretaron mi cintura en un abrazo posesivo, haciendo que mi clítoris se frotara contra su ropa y anticipando mi orgasmo. Intenté aguantar para que el acto durara más; sin embargo, ya no mandaba en mis acciones, estaba entregada a la pasión.

—Oh, no... —gemí desilusionada a la vez que satisfecha. Los temblores de mi cuerpo cesaron y, segundos después, me dejó tumbada en el sofá mientras se ponía sobre mí y me embestía con velocidad.

—Linda —murmuró, y dudé de si quería que lo oyera, porque tomó mi boca con fuerza y me llevó a un lugar que aún no conocía.

¿Había una segunda forma de correrse? Parecía que sí, porque mi cuerpo se relajó y mi mente se vació hasta el punto de casi hacerme perder el conocimiento.

Él gemía y me embestía con fuerza en las últimas sacudidas mientras sentía su miembro pulsar dentro de mi vagina. Para intensificar su experiencia, contraje mis músculos internos. Todo su cuerpo se desplomó sobre el mío y, lo que podría haber parecido un peso excesivo, era solo una forma de mostrar confianza.

Suspiré y lo abracé mientras su respiración se normalizaba. Se puso de lado, me atrajo para que quedáramos frente a frente y nuestros cuerpos se desconectaron.

Me llenó la cara de besos y le dio una atención extra a mi boca, como una pareja de adolescentes que acaba de empezar. A

veces lento, otras veces exagerado; así nos quedamos hasta sentirnos satisfechos el uno del otro.

Lo que no podía imaginar era que sería por tanto tiempo, pues la noche cayó y, como amantes, seguimos así hasta que terminó el día.



Capítulo 16
Gabriela

Establecimos una nueva rutina estando en casa y con los informes a nuestro alcance. Hasta un día antes de nuestra boda, que sería el evento oficial para el lanzamiento de la nueva línea de belleza exclusiva para ese tipo de celebraciones, nos despertábamos en mi cama, desayunábamos juntos y pasábamos el día entero en su

despacho. Solo en dos ocasiones tuvo que salir para resolver algún asunto de Meds en persona.

Di plantón a mis amigos de fiesta y me entregué por completo a explorar todo lo que pudiera descubrirse en aquellos papeles. Sueldos desorbitados, proyectos innovadores... y todos con problemas que forzaban una conclusión fallida y dejaban muchas preguntas sin respuesta.

Sopesé ir a visitar a la madre de Luciana, pero su estado de salud podría confundir nuestro juicio más que ayudar. Al menos ya teníamos una explicación superficial: la familia Gatrão utilizaba los proyectos para sacar más dinero. La cuestión era: ¿y los otros colaboradores que participaron?, ¿acaso no recibieron la remuneración debida? No había información sobre el equipo, pero sabíamos que ellos dos no podían hacerlo todo solos. ¿O sí?

—No hay otra explicación. Me ha robado dinero a mí y a la empresa de todas las formas posibles, tanto mientras fuimos novios como dentro de la compañía. Ni siquiera puedo demostrar si realmente se siguió el procedimiento estándar en las pruebas de este proyecto, porque los informes son muy sospechosos —parecía tan agotado por la rutina como yo, además de frustrado por haber sido engañado. No debía de ser fácil de asimilar.

—¿Has comprobado los últimos proyectos de la empresa, si ella está involucrada? —junté los papeles sobre su mesa y los devolví a las cajas. Lo más importante que habíamos conseguido estaba copiado y guardado en una gran carpeta, frente a él.

—Sí, y uno estaba en marcha. Lo he abortado —torció el gesto con disgusto y me miró—. Desarrollo de nuevos envases; lo inició hace dos días.

—¿Qué? —me levanté y me puse las manos en la cintura, indignada—. Es una sinvergüenza descarada. Mi amiga ya ha cerrado el contrato con la empresa, ¿y ella viene con esas?

—Tiene prohibido participar en nuevos proyectos y ya he avisado a mis abogados para tramitar su despido de la mejor forma posible —giró la silla hacia un lado y se pasó las manos por el pelo —. Nuestra boda es pasado mañana. Boris y Mauro lo tienen todo listo para nosotros.

—No debería ser tan complicado despedir a un empleado —rezongué volviéndome a sentar, apoyando la cabeza de lado sobre mis brazos cruzados en la mesa—. Ni me creo que haya un vestido de novia esperándome y ni siquiera sé si me va a gustar o no.

—Sabes que no es oficial —su mano tocó la mía y levanté la cabeza solo para mostrar mi insatisfacción. No sabía explicar si su afirmación era buena o mala, ya que mis sentimientos por este hombre crecían más y más a cada hora.

¿Cómo era posible no enamorarse estando las veinticuatro horas del día con la misma persona, compartiendo momentos de trabajo, ocio y placer? Era una mezcla insanamente peligrosa, porque no veía forma de que esto acabara en indiferencia.

Ya no tenía deudas en el banco, mi cuenta estaba llena gracias al contrato comercial —que más parecía emocional—, pues me había vendido a un hombre que buscaba protegerse de su ex loca. ¿Cómo iba a imaginar que el escenario se volvería en mi contra?

—¿Estás bien, Gabs? —preguntó, porque yo tenía la mirada fija más allá de él y no le respondía. Pero, ¿acaso tenía alguna respuesta para eso?

Retiré mi mano de la suya, me levanté de la silla y me estiré antes de decir algo precipitado. Necesitaba que la paciência fuera mi mejor aliada.

—Todo bien, Rocky. Boda en dos días; es decir, nada de vernos, abstinencia —forcé una sonrisa y él se dio cuenta de que mi broma no tenía ninguna gracia—. ¿Te das cuenta de que llevamos una rutina de pareja aquí?

—Solo será así si lo planteamos de esa forma. ¿Es eso lo que quieres? —Se levantó y parecía a punto de enfrentarse a mí con furia—. ¿Has empezado a sentir algo por mí?

—Necesito un café —rezongué y le di la espalda, porque responder a esa pregunta me haría sentir demasiado incómoda y vulnerable. Aquel hombre era de hielo y solo pensaba en números y hechos; difícilmente entendería mi punto de vista.

Cuando llegué a la cocina y encendí la cafetera expreso, me di cuenta de que tal vez Anderson nunca había sentido nada de verdad por Luciana que no fuera un acuerdo comercial bien ejecutado. Casarse con alguien que trabajaba contigo no era más que tener dos mundos en uno solo, ahorrando tiempo y atención.

Qué tonta era; estaba siguiendo el mismo camino que su ex, con la diferencia de que yo era su aliada y no su enemiga. Pensé que el nuevo empleo sería una aventura y, por cómo iban las cosas, me iba a dejar secuelas graves como, por ejemplo, el corazón roto.

Tener buenos momentos sexuales no compensaba lo importante que él se había vuelto cuando compartíamos el almuerzo o esos ratos juntos en el sofá. Amaba ese salón, porque tenía mucho de nosotros dos impregnado en él.

—Habla conmigo, Gabs —Anderson apareció en la puerta de la cocina y apreté el botón para que el ruido de la cafetera lo eclipsara. Como si fuera posible, porque aquel hombre alto, guapo y seguro de sí mismo se acercó a mí y me obligó a mirarlo—. ¿Qué te pasa?

—Creo que es lo habitual en todas las novias: nervios e inseguridad. ¿Me quedará bien el pelo? ¿Me saldrá algún grano en la cara que me estropee el maquillaje? —Era una mentira piadosa, pero podría ser verdad si todo esto fuera real—. Se me pasará cuando termine la fiesta.

—No quiero ser un capullo contigo, Gabs, sobre todo porque eres la única persona en la que confío ahora mismo —su mano tocó

mi brazo y casi me deshago en lágrimas.

—Confías en mí porque tenemos un contrato —se lo solté a la cara sin querer, y él retrocedió, dejando caer la mano al costado del cuerpo.

—No voy a fingir ni a maquillar la situación, porque así soy yo. Confío en ti por nuestro contrato y también por la actitud que has tenido desde que entraste en la empresa conmigo. Pero el tiempo que llevamos conviviendo es demasiado corto como para crear un vínculo más duradero. No quiero caer en la misma trampa que Luciana me tendió.

—Yo no soy ella, y tú eres mucho más que la herencia de inseguridad que te dejó tu padre. No porque hayas aprendido a lidiar con la vida de esa forma significa que no puedas cambiar y hacerlo distinto. ¿Alguna vez has intentado relacionarte sin esas ataduras contractuales?

Cogí la taza de café de la máquina y me fui al salón. Por supuesto, me siguió; parecía dispuesto a empezar una discusión más acalorada. Que viniera con todo, porque yo tenía mi "elixir de la paz" y lidiaría con sus argumentos con mi mayor "me importa un bledo".



Capítulo 17
Anderson

Cuando la vi con esa mirada de que nada ni nadie la derrumbaría, la dejé sola en el salón y me fui al despacho para dar por terminada nuestra investigación. Habían sido días de trabajo, compañerismo y placer. ¿Cómo no se daba cuenta Gabs de que, si la aceptaba como compañera, la estaría transformando en una... ni siquiera sabía cómo definirlo? La cuestión era que ya entendía que

no podía comprar el amor, y el hecho de que ella admitiera que le gustaba, con un contrato de por medio, la ponía en pie de igualdad con Luciana.

Así fue con mi ex, y no quería repetir el mismo error. Pero tampoco pensaba en cancelar el contrato que teníamos; al fin y al cabo, de momento solo había obtenido buenos resultados. Descubrí parte de las artimañas de Luciana y su padre contra la empresa y contra mi persona; ahora era el momento de restregarle el fracaso en la cara con Gabs ocupando su lugar como musa de la nueva colección de bodas de Meds.

Llamé a un empleado para que viniera a recoger las cajas y devolverlas al archivo, y guardé la carpeta con el dossier en la caja fuerte, donde solo yo tendría acceso. Después de que terminaran todos los eventos, se la enviaría a mi abogado y esperaría que me diera una solución sin escándalos. Él ya me había informado de que no podía controlar las acciones de la otra parte, pero no me importaba: tenía que esforzarse más.

Me dirigí a mi dormitorio y me di cuenta de que no dormía en esa cama desde hacía mucho tiempo. Sin medicamentos para el insomnio ni necesidad de ver la televisión hasta cansar la vista, Gabs me había devuelto a un mundo normal y, sin ella, con la distancia impuesta tras sus últimas palabras, me sentía sin apoyo.

Cobarde.

¿Hasta cuándo mi mente me restregaría lo vergonzoso que era ser yo?

Me desvestí y fui al baño, echando de menos tenerla conmigo o incluso escucharla parlotear sobre sus amigos de fiesta. Maldita sea, me había comentado lo de ir a un pub nuevo el fin de semana, pero tan envuelto como estaba en mis asuntos, la arrastré a mi mundo y no le di opción.

Era un mierda y no sabía qué hacer para redimirme. Solo de pensar en cancelar nuestro contrato, me la imaginaba saliendo de mi

vida en un abrir y cerrar de ojos. Me creía lo suficientemente malo como para que nadie quisiera estar conmigo por voluntad propia.

Tenía la cabeza jodida; necesitaba dejar de pensar como mi padre. ¿Cómo pudo mi madre estar con él? ¿Acaso ellos también tenían un contrato matrimonial, además del propio del registro civil?

La curiosidade fue tal que terminé de ducharme, me puse un pantalón de franela para dormir y volví al despacho; esta vez, en busca de documentos personales de la familia. Estaban a mano en uno de los armarios, en un archivador de fuelle. Las partidas de nacimiento de ambos estaban allí; sin embargo, no encontré ninguna de matrimonio. Busqué en internet una forma de consultar esa información en el registro de la ciudad o incluso donde nacieron, pero no había nada.

Sintiendo el peso de la culpa dentro de mí, busqué sus certificados de defunción y constaté lo que ya intuía: ambos tenían el estado civil de «unión de hecho». Como no había ningún documento oficializando esa situación, significaba que su regla tenía una excepción. Para el amor no había contrato de compraventa, ni para definir el tipo de unión. Todo se pagaba con sentimientos.

Me definían la felicidad y la decepción a partes iguales; con ese sentimiento guardé los papeles, me fui a la cama y ni me preocupé en desearle las buenas noches a Gabs, porque me merecía toda su desconfianza y su enfado.

El problema de quien sufría de insomnio era que, por muchos minutos u horas que pasaran, nada cambiaba dentro de mí para que mis ojos se cerraran y la oscuridad me invadiera. Reacio a volver a tomar la medicación, dado que había encontrado una forma natural de relajarme, rememoré situaciones del pasado, luché contra mis sentimientos y di vueltas en la cama buscando mi paz.

Debía de estar haciendo mucho ruido porque, de repente, la puerta se abrió y Gabs, vistiendo una de mis camisetas deportivas grandes, entró en la habitación y se plantó frente a mí.

Abrí la boca para hablar, pero estaba sin fuerzas, más aún cuando levantó el edredón, se puso de espaldas a mí y se encajó contra mi pecho de la misma forma que hacíamos todas las noches, después de una ronda de sexo intenso por la casa o en la ducha.

Cogió mi mano para posicionarla en su vientre, se acomodó un poco más e hizo que mi miembro despertara a la vida, no solo por su actitud, sino por la revelación sobre mi propia existencia.

Me gustaba Gabriela y no la quería mediante un contrato. Mi lado profesional gritaba para que mi lado personal esperara al mejor momento para hacer algo así, solo después de los eventos de lanzamiento. Era una boda, pero también un contrato comercial. El mayor peso lo tenía el trabajo y no mi propia felicidad.

—Respira conmigo —susurró e inspiró profundamente, aguantando un poco antes de soltar el aire con un sonido audible.

La acompañé en la segunda inspiración y después bostecé, asombrado de cómo parecía hacerse cargo de mí y de lo que yo necesitaba.

—Siento si he hecho mucho ruido —susurré.

—Chist. Vamos a tener que empezar de nuevo. Inspira profundamente, aguanta un poco y exhala lentamente —su tono melodioso y calmado no me dejó dudas de qué hacer. La seguí en ese ritmo durante unos minutos y noté que el sueño me iba encontrando.

La abracé con cariño, olí su cuello y suspiré de satisfacción por el hecho de que hubiera venido conmigo. Sabía que dormiría teniéndola a mi lado, pero me sorprendió que todo sucediera sin necesidad de sexo.

Estar con Gabs no se resumía a la lujuria, después de todo. A pesar del romance explosivo que estábamos protagonizando, siempre había algo más, un gesto extra que demostraba que no éramos una pareja que resolvía todo solo con besos y abrazos.

Sonreí y finalmente me permití relajarme. Tal como estaba, cuando pensaba en el trabajo, no me importaban los escándalos ni que la empresa pudiera perder millones por inversiones perdidas. Estaba buscando mi lugar, donde me sintiera completo, y era así: con ella en mis brazos.

¿Seguiría firme en mí toda esa valentía cuando despertara? De una cosa estaba seguro: combatiría mi cobardía y me arriesgaría más, por ella.



Capítulo 18
Gabriela

No pude dormir pensando en que Anderson probablemente se tomaría su medicación fuerte para poder desconectar. Mi grata sorpresa fue verlo despierto, casi como si me estuviera esperando para rendirse al sueño.

Este hombre tenía el poder de sacar lo mejor y lo peor de mí, eso era un hecho. No conseguía estar enfadada con él mucho tiempo, y menos cuando me miraba con tanto cariño como lo hacía. No juzgaba sus acciones racionales y soberbias, pensando solo en el dinero, porque eso fue lo que aprendió de su padre; al actuar igual, creía que estaba honrando su memoria.

Poco sabía Anderson que la mejor forma de hacer que nuestros padres se sientan orgullosos, incluso después de muertos, es hacer las cosas de forma diferente. ¿Lograría mostrarle mi punto de vista, ahora que lo tenía en la punta de la lengua?

En cuanto la habitación se iluminó por un resquicio en la cortina, indicando que el sol ya había salido, intenté librarme de su abrazo, pero me vi sumergida en el aroma y en las sensaciones que él me provocaba.

—Tengo que ir al baño —rezongué controlando un gemido de placer al sentir sus manos masajear mis pechos.

—¿Te has corrido alguna vez en esta situación? —preguntó frotando su nariz en mi cuello y en mi nuca—. Deja que te agradezca por ayudarme a dormir.

—Solo si me dejas salir. Tengo que hacer pis, Rocky.

—Aquí soy Anderson, Gabs —frotó su pelvis contra mi trasero y me estremecí entera por la situación tan peligrosa y excitante. Ya había oído hablar de algo así, pero no quería probarlo en este momento—. ¿Puedo continuar?

Si no fuera tan caballeroso, tal vez le habría cortado, pero al permitirme decidir, llevé mi mano hacia atrás y la deslicé dentro de su pantalón y luego de su bóxer en busca de su miembro. Rígido y exhibiendo ya una gota de líquido preseminal, pasé el dedo por el glande y luego lo moví de arriba abajo, provocándolo.

—¿Vas a dejar que te haga correr? —preguntó jadeando, como si le costara pensar o actuar.

—Por favor —supliqué apartando mis bragas hacia un lado y, desde atrás, encajándolo en mi entrada. Las ganas de hacer pis fueron sustituidas por la lujuria y, cuando sentí que entraba hasta el fondo, me entregué a su placer.

Una mano me apretaba el pecho mientras la otra frotaba mi clítoris y su cadera se movía con velocidad. Su miembro parecía cada vez más grande, la humedad en mi vagina aumentaba y todo mi cuerpo ansiaba el clímax.

A pesar de dormir siempre con él, el sexo mañanero solía quedar para después o nunca llegábamos a hacerlo. Cambiaría esa situación, porque estaba más que satisfecha con su rendimiento.

Puse mi mano en su nuca y empiné el pecho para que lo apretara aún más y me ayudara a llegar, pero el miedo a relajarme y hacerme pis era grande; por eso me sentía siempre en el límite sin llegar a alcanzarlo.

—¿Estás cerca? —preguntó ronco en mi oído. Lo sentía a punto de completar el acto, pero yo aún no—. Vamos, mi amor, puedes confiar en mí.

El impacto de su petición mezclado con las palabras que utilizó me hizo contonearme contra su mano y contra su miembro al mismo tiempo. El orgasmo fue intenso, duró muchos segundos y me hizo gemir alto y sin pudor. Él acabó poniéndome bocabajo, me embistió profundo y gimió de forma animalesca cuando alcanzó su clímax. A pesar de que seguía necesitando ir al baño, sabía que mi canal estaba hinchado por el acto sexual y nada saldría de ahí tan fácil; por eso suspiré y sonreí satisfecha.

No necesité pedirle que cambiara de posición, porque él mismo lo hizo: me cogió en brazos y se dirigió a su cuarto de baño. Había algo especial en compartir la suite principal del apartamento con él, ya que siempre nos quedábamos en mi zona, algo provisional.

—Como estaremos lejos durante dos días... —no necesitó decir nada más, porque yo también había pensado en hacer algo especial antes, pero nos habíamos peleado y yo había perdido la motivación.

Cuando me dejó en el suelo, dentro de la ducha, sentí algo escurrir por mis piernas y me tapé la cara, avergonzada por haberme olvidado del condón. ¿Tantas veces teniendo sexo y no me había acordado de esa?

—Ah, claro, necesitas un momento en el baño; yo usaré el otro antes de que nos duchemos —anunció y me dejó sola.

Abrí el grifo y decidí aliviarme allí mismo, esmerándome en limpiarme por completo. Estaba segura de que era la primera vez que lo hacíamos sin protección. Recordaba perfectamente mi paranoia con las ETS y los embarazos no deseados en la época de la facultad, pero ahora, en un momento de pura adrenalina y pasión ciega, lo había olvidado, y él también.

Puse una mueca porque no recordaba si estaba al día con mi método anticonceptivo. Me ponía inyecciones, ya que al trabajar en una farmacia tenía fácil acceso, pero ¿cuándo había sido la última vez?

Cuando Anderson volvió, parecía radiante; de hecho, era como si fuera otra persona, con una sonrisa confiante y la espalda erguida.

—¿Qué pasa? —Estiró el brazo para coger el jabón y empezó a enjabonarse al mismo tiempo que yo—. Ya le he pedido a doña Miriam que te prepare el desayuno.

—¿En pelotas? —Lo miré de arriba abajo y me reí cuando me hizo cosquillas en las costillas—. ¿A qué viene tanta alegría?

—A nada, ha sido solo por ti —respondió, y ni siquiera sonó a frase para ligar de lo sincero que fue. Le quité el jabón de la mano y me di la vuelta para que su nueva actitud no influyera en lo que iba a decir.

—No sé si te has dado cuenta, pero hemos tenido sexo sin condón —como tardó en decir algo al respecto, miré por encima del hombro y lo vi serio, casi regresando a su actitud introspectiva—. Nunca lo he hecho sin protección y mi última revisión de rutina mostró que estoy bien. ¿Tú te haces análisis regulares?

—Es que...

Me puse bajo el chorro de la ducha y dejé que el agua lavara cualquier preocupación por mi parte. El hombre trabajaba en una empresa donde formaban parte profesionales de la salud; es decir, debería ser algo sencillo y no un mundo, como él estaba demostrando.

Giré la cara para buscar el champú y lavarme el pelo como buenamente pudiera, ya que los peluqueros lo prepararían para la boda; me di cuenta de que se quedó pensativo y no me diría nada más si no lo presionaba.

—Tengo que ver si mis inyecciones están al día, si no, iré a por una píldora del día después —comuniqué con frialdad y, aun así, él no cambió de postura.

Cambié la temperatura del agua y lo mojé para que espabilara. Funcionó, ya que sacudió la cabeza y se alejó, mirándome sorprendido.

—¿Qué ha sido eso?

—Para que despiertes. Parece que estoy en un monólogo. Quiero saber si estás limpio o qué sé yo. ¡Dime algo, joder!

—Puedes estar tranquila, esta es mi primera vez sin condón también. Yo... —lo traje de nuevo bajo el agua y después lo aparté para aclararme el pelo.

—Estupendo, Rocky. La próxima vez volveremos al protocolo estándar.

—¿Por qué? —intenté salir y no me dejó—. Estamos limpios y usas un método anticonceptivo. Ha sido mejor así, ¿verdad?

—Creo que la intensidad ha sido porque tenía ganas de hacer pis —repliqué con genio y vi cómo contenía la sonrisa—. En nuestro contrato no había nada sobre relación ni exclusividad, a pesar de que puedo garantizar fidelidad por mi parte.

Me di cuenta de que se había transformado, y ni siquiera necesitó cambiar el gesto para ello. No sabía cómo explicarlo: era como si la palabra «contrato» activara unas defensas que yo había luchado, valientemente, por derribar durante toda la semana.

—En el contrato figura tu empleo, nuestra boda y la liquidación por usar tu imagen en la colección de bodas. Solo eso, y así se quedará —la forma en que lo dijo parecía estar dando carpetazo a nuestra relación amorosa. Como no estaba definido en el papel —algo que percibí que era fundamental para él—, entonces no existía.

Fue él quien salió de la ducha, se enrolló una toalla a la cintura y me dejó con los nervios a flor de piel. Cerré el grifo, me envolví en la toalla y salí del baño y de la habitación sin mirar a los lados.

Necesitaba cumplir pronto con mi papel y salir de su complicada vida antes de que la mía se viera seriamente comprometida.



Capítulo 19
Gabriela

Acabé ni despidiéndome de Anderson cuando Sabrine llegó para llevarme al salón donde pasaría todo. La aprehensión en mi corazón me obligaba a enviarle un mensaje, pero el orgullo gritaba más fuerte y diezmaba cualquier intento de dar el primer paso para arreglar la situación que quedó en la ducha.

—Estás en las nubes, no has entendido el chiste que he hecho y encima no dejas de poner muecas. ¿Qué ha pasado, aparte de que te hayas quedado encerrada en el apartamento con el jefe toda la semana? —la conductora tomó una curva y me miró de reojo, en un intento de sacarme de ese limbo.

—Ya ves, ni yo misma me reconozco —crucé los brazos y apoyé la frente en el cristal de la ventana—. ¿Sabes guardar un secreto?

—En nuestro contrato de amistad se incluye guardar secretos y esconder un cadáver —ella detuvo el coche y se giró hacia mí—. ¿Está pasando algo entre tú y el dueño de todo este tinglado?

—¿Perdona? —me quité el cinturón de seguridad y ella hizo lo mismo, sonriendo despreocupada—. Y sí, ese se suponía que era el secreto, pero parece que no tengo nada que ocultar.

—Estáis juntos las veinticuatro horas del día desde hace más de una semana, era normal que pasara, y más si tenéis la misma dinámica de trabajo —se inclinó hacia mí y se puso la mano en la boca como si fuera a contar un cotilleo—: Creo que le gustas, y mucho.

—¿Por qué dices eso? —cogí mi mochila pequeña y la abracé, contenta y preocupada al mismo tiempo.

—Debe de ser por cómo le brillan los ojos al decir tu nombre, o por cuando me pidió con urgencia que comprara tu café favorito, ya que se había acabado el stock y no estaba previsto ir al supermercado tan pronto. Fue muy tierno.

Sabrine salió del coche y yo hice lo mismo, dándome prisa para estar a su lado y queriendo saber más de lo que yo parecía no ver. Él recalcaba tanto lo de nuestro contrato que los sentimientos parecían quedar eclipsados.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer por la tarde, ni te diste cuenta, ¿verdad? —me pellizcó la mejilla y abrió la puerta para entrar en el lujoso salón de belleza—. Ve a ponerte más guapa de lo que ya eres. Mientras tanto, mándame todas las fotos y mensajes que puedas para que no me aburra.

—No —le agarré la muñeca y la hice entrar conmigo; necesitaba apoyo moral y soporte psicológico. Iba a ser mi boda, algo con lo que nunca había soñado y, mucho menos, que fuera solo un evento comercial—. Te quedarás conmigo hasta que se me asiente el estómago. Estoy de los nervios.

—Claro que lo estás, vas a casarte.

Una mujer maquillada e impecable se acercó a nosotras con una enorme sonrisa y las manos entrelazadas frente a ella.

—Soy Ludmila, ¿en qué puedo ayudar a las señoritas?

—Esta es la futura señora Medina, de Meds Cosméticos —Sabrine me pasó un brazo por los hombros y vi cómo la expresión de la mujer pasaba de ser educada a estar muy interesada—. ¿Están listos para recibir el evento que cambiará la historia?

—Ya lo tenemos todo preparado, señora Gabriela, ¿verdad? —la mujer extendió el brazo indicando una dirección y la seguimos —. Hoy será solo de relajación y prueba de producto. El día oficial de novia será mañana —abrió una puerta y me invadió el aroma afrodisíaco de los productos de belleza que nos rodeaban. Había cinco personas uniformadas y preparadas para recibirnos; a una de ellas la reconocí del laboratorio de Meds—. Todo será proporcionado por este equipo, siéntanse como en casa.

—Yo no voy a hacer nada —le dijo Sabrine a Ludmila mientras esta salía de la habitación. Luego me miró preocupada, lo que me ayudó a relajarme, ya que ahora mi objetivo era que mimaran a mi amiga y conductora junto conmigo.

—Siéntete como si fueras mi madrina —di un paso al frente y entrelacé mi brazo con el suyo, que aún me rodeaba—. Vamos con

el cronograma. Yo te conozco —miré con una sonrisa a la mujer de Meds, que asintió afirmativamente.

—Soy la responsable técnica de esta colección. El señor Anderson pidió que viniera personalmente para acompañar su preparación mientras le explico cómo se ha desarrollado y testado cada una de estas fórmulas.

Sentí un tirón en el brazo y le devolví el gesto, mirando a Sabrine de reojo y sonriendo mucho más allá de la felicidad de poder conocer a fondo lo que me estarían aplicando en el cuerpo. Mi Rocky Balboa parecía conocer mi deseo de trabajar de verdad y me estaba haciendo un regalo.

Antes de nada, me indicaron que me quedara solo en albornoz y, debajo, en ropa interior. Sentada en una silla, me masajearon pies, manos y rostro con los productos relajantes de Meds. Ni siquiera hizo falta decir que era mi esencia favorita; Sabrine habló por mí al soltar un suspiro en cuanto abrieron el frasco.

Josilene, la responsable técnica de Meds, hablaba sobre cada composición y lo complementaba con un poco de historia: cómo surgió la idea y cuál fue el punto de partida para desarrollar la textura del producto, que formaba parte de la experiencia de uso.

—¿Luciana trabaja contigo? —pregunté con aparente inocencia y cerré los ojos, como si la respuesta no fuera tan importante.

—Me gusta el trabajo de Luciana y contribuyo en algunos informes de su investigación, pero prefiero que no coincidamos en el mismo proyecto. Nuestro ritmo de trabajo es distinto, y a veces nuestras opiniones también. Como soy técnica, puedo aportar algo en favor de lo que ella necesita, pero la parte de gestión que ella domina no tiene mucho que ver con lo que yo hago.

Se justificó demasiado y también dejó claro que no le gustaba la actitud de la víbora. Josilene podría ser una aliada;

estaba lista para extraer más información sobre su dinámica y rutina de trabajo.

Mientras me hablaba de cada producto, apareció Boris y me trajo una carpeta enorme, rompiendo mi momento de relax. Prefería que Mauro estuviera por aquí, no él.

—¿Te das cuenta de que estás interrumpiendo el masaje de una mujer? —soltó Sabrine con brusquedad. El hombre prácticamente la ignoró abriendo la carpeta y dejándome de piedra con fotos de vestidos de novia.

—Estas son las opciones disponibles para usted. Elija cuantos quiera; esta tarde traeré todos los vestidos para que se los pruebe y hagamos el test de peinado —Boris miró con superioridad a mi amiga, que le puso una mueca—. Jamás interrumpiría si no fuera importante.

—Ya has cumplido, ahora puedes irte. Yo misma te enviaré los seleccionados por la señora Medina —hizo un gesto con la mano para echarlo y sentí pena por Boris, que se despidió de mí con respeto y se fue sin decir nada más.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, y Sabrine se encogió de hombros.

—Es aliado de la víbora, no voy a darle la oportunidad de que te tienda una trampa, y menos en un evento tan importante —Josilene se acercó y fue la siguiente víctima de mi amiga—. ¿No estás de acuerdo?

—¿Cómo? No entiendo —era evidente que lo comprendía, pero también que le daba vergüenza reconocerlo. La cuestión era: ¿estaba de acuerdo o no?—. ¿De quién están hablando?

—¿Después de ese discurso de no trabajar con Luciana me sales con esas? —Sabrine le dio un toque a la mujer que me estaba masajeando el rostro y ambas sonrieron—. Mi amiga le ha quitado el puesto a la víbora, que es la mejor amiga de esa persona que acaba de salir de aquí. ¿Crees que voy a darle oportunidades al peligro?

—Tienes razón, protégela; nosotros también estamos juntas en esto —las otras tres asintieron y una cuarta, que parecía estar preparando algo, estuvo de acuerdo—. Entonces, ¿esa tal es la ex y tú eres la actual?

¿Cómo explicarlo sin exponer todo el lío en el que me he metido? Aunque me esté enamorando poco a poco de Anderson, no quería decir que le hubiera robado el puesto de novia. Ellos terminaron antes de que yo apareciera en su vida como una farmacéutica preocupada por un borracho.

Miré a Josilene, que parecía lista para decir algo importante, pero suspiró y levantó el bote que tenía en las manos antes de hablar.

—Este es el postdepilatorio que producimos en exclusiva para eventos. La piel se queda sensible y, a veces, tarda semanas en recuperarse. Pero ¿quién se depila una semana antes? Además de que el vello empieza a crecer y surgen otros problemas cotidianos que nos impiden hacer todo con antelación. Por eso, Meds ha desarrollado un producto que dejará tu piel como la de un bebé. No puede usarse con frecuencia; más de una vez cada treinta días podría causar irritación u otro tipo de alergias.

Cuando abrió el bote, inspiré profundamente. Ciruela.

—Parece que ha sido hecho para mí, me encantan los productos de ciruela.

—Son también la elección personal del señor Anderson —cerró el bote y añadió en voz baja, sin mirarme—: Luciana siempre prefirió el melocotón y la vainilla.

Hice una mueca, porque el olor de esto último me causaba náuseas. Algunas mujeres lo amaban; a mí me resultaba empalagoso.

Miré a Sabrine, que levantó las cejas varias veces, y me encogí de hombros. Quizás fuera una información importante, no

sabía cómo explicarlo, la cuestión era que estaba completamente entregada a los preparativos de la boda.



Capítulo 20
Gabriela

Intenté dormir en la pequeña habitación que había dentro del salón, exclusiva para las novias y otros invitados. El olor, el lujo y tanto adorno me perturbaban la mente, mucho más de lo que ya estaba.

Había recibido demasiada información de golpe durante el día y no conseguía vaciar la cabeza para relajarme.

Al final del día, Josilene me lo había contado todo sobre Luciana: su arrogancia, el menosprecio hacia los subordinados de la empresa y el uso desenfrenado de su posición como prometida del dueño. La técnica solo lograba mantenerse fuera del radar de la víbora porque le entregaba los informes que ella exigía, aunque no fueran su responsabilidad.

Cuando le pregunté si los proyectos de Luciana eran viables o si siquiera ayudaban a la empresa, no usó esas palabras exactas, pero dejó claro que la víbora solo buscaba el beneficio económico. No había estudio alguno, y mucho menos cuidado al elaborar los informes. Como tenía carta blanca, la exprometida del jefe campaba a sus anchas en ese sector.

Ella solo pensaba en el dinero y, por el camino, encontró a una persona que tenía buen corazón, pero que se guiaba por comprar y firmar contratos. Anderson fue víctima de su propio deseo de ser como su padre.

Me di la vuelta en la cama y sonreí al recordar la rivalidad entre Sabrine y Boris. Hasta el último minuto, los dos se lanzaron indirectas, pero en el momento en que elegí mi vestido de novia, ambos estaban emocionados y abrazados el uno al otro. Había desistido de mi deseo de tener a Mauro cerca, porque ese hombre me estaba conquistando poco a poco. Si no fuera gay, seguro que formaría una pareja estupenda con mi amiga la conductora; sobre todo después de que ella se disculpara por desconfiar y él hiciera lo mismo, diciendo que su relación con la víbora se había acabado.

Por supuesto, me llegó más información sobre Luciana: usó y abusó de su amistad con él para conseguir dinero extra. Decía que Anderson no le daba nada y necesitaba pedir facturas infladas a los proveedores para quedarse con la diferencia y «sobrevivir».

¡Qué cara más dura!

¿Dónde estaba metiendo todo ese dinero? Por las joyas y la ropa cara, estaba claro que el robo que cometía en la empresa iba directo a pagar una compra al día; así de descontrolada era. Aun así, cuando pensaba que o misterio estaba resuelto, destacaba su faceta de mujer ambiciosa que quería enriquecerse a base de chanchullos y no de trabajo. No era posible, tenía que haber algún otro punto desconocido.

¿Cuál era la verdadera motivación de la víbora para ser como era?

Me di la vuelta en la cama una vez más, enredándome en mi camisón con una Catrina estampada, y estiré el brazo para coger el móvil. Sentía una angustia en el pecho y acababa de descubrir el motivo: Anderson no dormiría sin que yo estuviera a su lado, ayudándole con la respiración y la relajación. Podría parecer arrogancia por mi parte, pero después del día anterior, cuando me colé en su cama y lo encontré despierto, sabía que nuestra dependencia podía ser bienvenida en este momento.

Por lo que me di cuenta, no era solo cosa mía.

Busqué su contacto, pulsé el botón de llamar y no pasaron ni dos tonos antes de que respondiera:

—¿Gabs? ¿Está todo bien?

—No puedo dormir, y tú tampoco —dije bostezando y delatándome. Tenía sueño, sí, pero no quería rendirme sin saber que él también dormiría bien—. ¿Cómo ha ido el día?

—Pasé por la empresa por la mañana y por la tarde estuve resolviendo los últimos detalles de la boda. ¿Preparada para las fotos y los vídeos de la campaña publicitaria?

—No lo estoy, pero solo con saber que al final te veré a ti, saco fuerzas —me di la vuelta en la cama y bostecé de nuevo al darme cuenta de que me había declarado con total naturalidad—. Sé que es solo un contrato, pero no he podido ser tan racional. Te echo de menos, me gustas.

Era una mierda decir tanto y recibir un gran nada de vuelta. Me estaba comportando de forma empalagosa; tal vez no debería haber dicho nada.

—A mí también me gustas, Gabs —su tono ronco me estremeció y cerré los ojos.

—Olvidémonos de todo, ¿qué te parece? Sin contrato, te devuelvo el dinero... necesitamos que esto sea real.

Escuché su respiración y, de nuevo, su vacilación mostró su inseguridad, lo que aumentó la mía. No podía decirlo de otra forma: le estaba abriendo mi corazón.

—No quiero que me devuelvas nada, yo... necesito cerrar esta etapa. Boda, luna de miel, campaña publicitaria y listo. Cualquier cosa antes de eso... no puedo —su inspiración profunda hizo que se me saltaran las lágrimas. De la misma forma que a él le costaba rendirse, a mí me costaba aún más seguir—. Por favor, solo un poco más hasta que resuelva este asunto.

—Tu novia estará impecable mañana. Duerme bien, porque la noche de mañana será larga —mi voz sonó llorosa antes de colgar la llamada sin despedirme; no fue a propósito.

Cielos, ¿cómo ha terminado todo así? ¿Sería la presión de una boda falsa? ¿Y si fuera real?

Solté el móvil, me entregué al llanto y, cuando creía que el sueño por fin llegaría, la puerta de mi habitación se abrió y allí estaba Anderson, con una camiseta de tirantes blanca y pantalón de franela, su ropa de dormir habitual.

—¿Qué? —pregunté en voz baja. Él cerró la puerta tras de sí, se metió bajo la manta y me abrazó con tanta fuerza que me impidió rechazarlo. Se merecía rechazo y frialdad, que es como él lo gestiona todo, pero fue tan cariñoso e inesperado que simplemente cedí—. Estás en pijama.

—He venido a dormir contigo, Gabs. No con mi novia por contrato ni por cualquier otra cosa que negociáramos antes de conocerte. Estoy aquí como un hombre que no sabe dormir solo sin su mujer —me besó la cabeza y suspiró al mismo tiempo que yo.

Si no estaba enamorada antes, este fue el momento exacto en el que sucedió. Me pidió esperar hasta que terminaran los eventos, pero ¿aguantaría mi corazón tanto tiempo?

—Respira lentamente conmigo —susurró.

—Esa frase es mía —bromeé mientras me acomodaba en posición de cucharita con él. ¡Ay, corazón!, aguanta firme, porque se está esforzando mucho—. Buenas noches, Andy.

—Buenas noches, Gabs.

Cuando desperté para mi gran día, ya no estaba a mi lado, pero había dejado una nota con el dibujo de la Catrina impreso y una rosa sobre la mesita de noche.

No hay dinero que pague los momentos que he compartido contigo.

Besos.

Tu Andy.



Capítulo 21
Gabriela

Mi estado de aturdimiento y falta de reacción fue provocado por las cámaras, la gente y las conversaciones a mi alrededor. El equipo de marketing, junto con el de belleza, me exigieron demasiado y, para no decepcionar, me dejé llevar por la corriente.

Sonreír, exponerme y decir frases memorizadas para el anuncio fueron solo una parte de lo que hice antes de que me subieran a una lujosa limusina en dirección al gran evento.

Me hicieron muchísimas fotos; tuvieron que retocarme el maquillaje y el peinado más de dos veces por todo lo que usaron y abusaron del lugar y de mi persona. Ya conocía todos los productos de la colección y, sin duda, querría un kit para mí al terminar. Aunque lo nuestro no funcionara, sería un buen recuerdo, además de ser unos productos de belleza excelentes.

No podía dejar de pensar en la lencería que llevaba puesta y con la que también me hicieron posar junto a los productos. Me sentía femenina, atrevida y completamente poderosa. Sentía que podía comerme el mundo solo con mi imagen exterior.

Esta vez no estaban Sabrine ni Josilene para mantenerme con los pies en la tierra, allí donde tenía amigos que no fueran los de salir de fiesta. Como falté a nuestra última cita, cuando les envié un mensaje esta mañana, me ignoraron.

Tenía que centrarme en lo que realmente importaba.

Boris estuvo conmigo en los últimos momentos, ajustando los detalles del vestido y ayudándome a subir a la limusina. A pesar del momento que compartimos el día anterior, parecía muy distante, o quizá era solo mi neurosis, ya que ni siquiera yo era capaz de lidiar con mis propias emociones.

Me miré por última vez dentro del coche y aprecié la belleza romántica del vestido que había elegido entre tantos otros, a cada cual más bonito. La parte superior era toda de encaje y, aunque mostraba mucha piel, estaba cerrada con una tela transparente. Llevaba el pelo recogido en un moño deshecho y la falda tenía el volumen justo.

Era imposible no emocionarse y contuve el llanto, reforzando la idea de que aquello era solo un negocio.

Sujetando el ramo entre las manos y sintiéndome desnuda al estar sin el móvil, el vehículo avanzó unas pocas manzanas y se detuvo. Al otro lado, alguien abrió la puerta y Luciana entró sin invitación. Estaba elegante, con un vestido rojo y un escote que, literalmente, le llegaba al ombligo.

—¡Lárgate de aquí! —exigí, pero ella me ignoró, mirándome de arriba abajo con desdén—. ¡Chófer! —El hombre miró hacia atrás y, preocupado, salió del coche a toda prisa. Para mi desgracia, la víbora parecía saber cómo funcionaba una limusina de esas: pulsó un botón en el techo y bloqueó las puertas.

Mierda, no podía salir a la calle tal como iba; tendría que prepararme para destrozar el ramo si se me echaba encima, porque se lo estamparía en la cara.

—Vas a renunciar a esta boda. Anderson no va a restregarme MI BODA estando con otra. ¡Fui YO quien eligió todo!

—¿Por qué no te buscas a otro rico que sea tu fuente inagotable de dinero sin trabajar? Se te ha acabado el chollo, Luciana —vi cómo retrocedía; ella no contaba con que yo supiera más de lo que aparentaba.

—No te casarás con MI hombre. Él está confundido...

—Ay, querida. Tu reinado se ha terminado, porque Anderson está más seguro que nunca de que tú y tu padre habéis robado a la empresa durante años. ¡Has perdido! ¡Y si de mí depende, te vas a pudrir en la calle devolviendo hasta el último céntimo que robaste!

—¿Qué?

Aproveché su momento de estupor para echarme encima de ella y abrir su puerta. El chófer ya estaba fuera y la sacó con cuidado. Menos mal que no se resistió y, en cuanto cerró la puerta, bloqueé ambas desde dentro y suspiré aliviada.

Bueno, al menos hasta que el coche volvió a arrancar y tuve una visión mental de la víbora, con su vestido rojo, montando un

escándalo en la fiesta.

—Esa mujer va a dar la nota en la boda —le dije al chófer, que asintió y me miró por el retrovisor.

—Ya conozco a la señora, y un compañero conductor estaba por la zona; la he dejado con él. No es gran cosa, pero dará vueltas con ella hasta que se avise a la seguridad de Meds. Puede estar tranquila, nada saldrá mal en la boda de la señora con el señor Anderson.

Eso esperaba, porque siendo el evento tan importante para él, corría el riesgo de que algo saliera mal y él simplemente no luchara por nuestra relación. Puse una mueca y mandé todo a la mierda: si él no corría tras de mí, yo no iba a suplicar para que se quedara conmigo.

Ya le había abierto mi corazón; el siguiente paso era suyo, no mío.

—Eres independiente y autosuficiente, una mujer empoderada —susurré solo para que yo pudiera oírme y ganar fuerzas.

Esta vez, cuando el coche se detuvo, la puerta la abrió Boris, que me ayudó a salir y me rodeó retocando mi vestido y mi pelo.

—El novio ya ha entrado; ha llegado tu hora, Gabriela —sacó un labial del bolso que llevaba colgado al hombro y me pintó los labios con toques suaves—. ¿Has estado hablando? Este pintalabios es demasiado sensible, ya se ha ido casi todo.

—Tu amiga ha intentado interceptarme —revelé sin paños calientes. Su mirada de asombro y preocupación mostró algo reconfortante—. El chófer va a avisar a los seguridades, pero hazlo tú también, por favor. No quiere que me case con Anderson; hoy hay mucho más en juego que el lanzamiento de la nueva colección de Meds.

—Ni que lluevan chuzos de punta, tú te casas. La víbora se ha abierto de piernas con medio mundo por pura codicia; ha perdido toda la credibilidad —se tapó la boca y se alejó, dándose cuenta de que había revelado demasiado. Yo solo fruncí el ceño, ya que la traición que yo conocía era solo con uno: con Otávio—. Vamos, vamos —me cogió del brazo y caminé a su lado, donde una empleada del protocolo nos esperaba.

—¿Quiénes fueron los otros? ¿Cuándo? —pregunté, y él negó con la cabeza, despavorido.

—Luego hablamos; he hablado de más porque estoy disgustado. Cada uno es dueño de su silencio, y yo quiero tener la conciencia tranquila —volvió a revisar mi aspecto y me dio el visto bueno, pero yo negué y le agarré la muñeca.

—Dímelo ahora —exigí.

—Hoy es tu boda, Gabriela...

—Sí, por eso mismo merezco la verdad. ¡Desembucha!

—Lo que yo sé le va a doler a tu novio, no a ti. Deja que ellos dos lo resuelvan. ¡Ay! —le apreté la muñeca y luego lo solté, irritada. Claro que me dolería a mí también, porque me afectaba lo que Anderson sentía; así es como funciona una pareja, a mi modo de ver.

—Ya que solo soy «la novia», que sepas que voy a tener muy en cuenta tu falta de colaboración en este momento y espero que tu conciencia te pese una tonelada —lo miré con ferocidad y noté un movimiento de cámaras y al equipo de marketing viniendo hacia mí. Mierda, se acabó la privacidad.

—Luciana se traiciona hasta a sí misma cuando se ofrece a los demás por dinero —se acercó a mi oído y continuó a toda prisa —: Su sueño era ser la dueña de Meds Cosméticos, pero como nunca conseguiría destronar a Anderson, decidió montar la suya propia.

Cuando abrí la boca, en estado de shock por aquella revelación, él se alejó y dio paso al caos. Tuve que respirar hondo, sonreír, posar y poner cara de novia enamorada para entrar en el salón de eventos como si no supiera que, además de una víbora, Luciana sufría un caso grave de falta de escrúpulos.

Las puertas se abrieron, mi mirada se cruzó con la de Anderson y olvidé todo lo que me rodeaba, porque aquel hombre, el imponente CEO, estaba guapísimo y me admiraba desde lejos. Caminando paso a paso, sin prisa, me vi en un enredo real. En ese momento no había contrato ni acuerdo, ni fotos pensando en formar parte de un catálogo de marketing; solo amor, de ese que no se compra ni se vende.

El miedo también condimentó el momento, ya que en el fondo no sabía cómo sería estar con Anderson de verdad. ¿Se cansaría de dormir juntos? ¿O del olor a café, que me empeño en tomar durante todo el día?

Habíamos pasado buenos momentos investigando, intercambiamos opiniones y dedujimos muchas cosas juntos. Parecíamos tener hambre al mismo tiempo y, cuando nos entregábamos al placer, nuestra conexión parecía perfecta.

Había descubierto que estaba enamorada, pero de un segundo a otro, me di cuenta de que lo amaba. Con cada paso que me acercaba a él en el altar, nos imaginaba en esa rutina durante mucho tiempo: intercambiando besos, compartiendo el trabajo y progresando juntos. Él nunca se quejaría de lo mucho que yo gastaría en productos de México y yo vería sus películas de acción con la misma ilusión que las comedias románticas, porque él se merecía toda la recompensa por hacerme una mujer feliz.

Fue él quien dio los últimos pasos para encontrarme. La gente a mi alrededor no era conocida y ni siquiera importaba en ese instante, porque los ojos y la sonrisa de Anderson estaban dirigidos solo a mí.

—Estás preciosa, Gabs —puso mi mano en el hueco de su brazo y nos dirigió hacia el hombre que celebraría la boda.

¿Hasta cuándo aguantaría mi corazón tanta emoción sin que él demostrara lo que sentía por mí?



Capítulo 22
Gabriela

—Estás preciosa —dijo Anderson por enésima vez cerca de mi oído, mientras bailábamos en el salón como dos enamorados. Bueno, yo realmente lo estaba y él también parecía estarlo; la cuestión era hasta qué punto sus actos estaban condicionados por el contrato.

—Gracias a la nueva colección exclusiva para bodas de Meds Cosméticos —forcé una sonrisa y los dos nos reímos cuando un flash casi nos deja ciegas—. Después de hoy, no quiero ver una cámara delante de mí en un año.

—Aún tenemos la luna de miel en Hawái —me hizo dar una vuelta y me presionó todavía más contra su cuerpo, algo a lo que ya estaba habituada, sobre todo cuando estábamos entre cuatro paredes.

—¿Nos vamos hoy mismo o mañana?

—Tengo una sorpresa para nosotros al final del día —me besó el cuello y cerré los ojos para disfrutarlo—. Me he enterado de que te ha encantado la fragancia que elegí para los productos.

—Y yo me he enterado de que es tu favorita —me alejó y abrí los ojos para girar frente a él y, entonces, ser atraída de nuevo a sus brazos. Podría acostumbrarme a que este evento fuera mi boda de verdad, aunque no hubiera nadie a quien yo conociera.

—Señora, por aquí —uno de los hombres de marketing puso en mis manos, que rodeaban el cuello de Anderson, la hidratante corporal—. Sujétela aquí mientras bailan. Hace falta mucha emoción, sonrisas.

Eché la cabeza hacia atrás y forcé una carcajada para hacer lo que me pedía. Atrevido, mi marido me colocó de espaldas frente a él y, ambos sujetando la hidratante, bailamos hasta que el roce de mi vestido contra su pelvis fue demasiado. Yo había quitado el cancán, es decir, podía identificar perfectamente que había un volumen extra.

El hombre, no contento con estar excitado, me provocó y me puso en la misma situación cuando rozó su nariz con mi cuello; incliné la cabeza hacia un lado y dejé que depositara varios besos en la zona. Me sentía realizada.

—Genial, ahora este —el hombre de marketing me echó un jarro de agua fría encima cuando me quitó la hidratante de las

manos y me dio la colonia. Intenté disimular, pero mis movimientos ya no eran tan suaves como antes.

—Tengo hambre de ti —susurró Anderson en mi oído y negué con la cabeza—. Después volvemos, ¿qué te parece?

Me giré para quedar frente a él, me rocié un poco de colonia en el cuello y sonreí con cinismo, ofreciéndome para que me oliera. Anderson lo entendió e hizo mucho más: me tentó y, cuando retrocedió, no fue muy lejos; dejó que su boca encontrara la mía y hundió su lengua para saborearnos como amantes de verdad.

Hasta ese momento, solo nos habíamos dado un pico al terminar la ceremonia, pero durante la recepción y el saludo a los invitados, no habíamos hecho nada más que cogernos de la mano.

La presión de sus manos en mis lumbares y la de sus labios en los míos mostraba toda su voracidad por poseerme. Tendría que hacer mucho más que eso, ya que este romance de fachada empezaba a confundirme y a molestarme.

—¿Nos vamos? —imploró al oído cuando interrumpió el beso, y suspiré fastidiada cuando el hombre de marketing sustituyó ahora la colonia por el pintalabios.

—Retocaos y daos otro beso —se alejó, y miré a mi marido con la intención de ponerlo contra las cuerdas.

—Me voy, pero no vuelvo. Lo que falte de fotos, se hará en la luna de miel.

Le lancé el pintalabios al chico de marketing mientras mi hombre salía caminando y tirando de mí hacia la puerta de entrada del salón. Todo quedó registrado; estaba segura de que salir corriendo y no retocar el labial era incluso mejor que su sugerencia. La emoción siempre vendía más que los productos fabricados sin amor.

—Vienen tras nosotros —anuncié cuando Anderson me tomó en brazos en cuanto llegamos al aparcamiento y, como en una fuga,

entramos en la limusina y le gritamos al chófer que huyera.

—Por fin, solos —añadió jadeante.

Los dos nos reímos, cayendo uno encima del otro. Me puse de rodillas en el asiento y saludé a las cámaras, aun sabiendo que no quedaría registrado. El automóvil giró e intenté volver a sentarme, pero Anderson tenía otros planes al colocarse frente a mí para que me sentara en su regazo.

Miré por encima del hombro, preocupada por el chófer, y un cristal negro subió separándonos de él.

—No voy a follar contigo, él se va a enterar —refunfuñé, aunque lo ayudaba a levantarme el vestido—. Mi lencería es preciosa, necesitamos una cama decente para que pueda enseñártela.

—Te quiero ahora —me besaba la boca y se apresuraba a desabrocharse el pantalón.

—Bueno, en cualquier caso, ahora soy tu esposa. Tendrás que defenderme si se filtra un vídeo nuestro o si me acusan de escándalo público; está en el contrato.

—Prefiero lo que está fuera de él —sus palabras me dejaron confundida y fue la oportunidad perfecta para que apartara solo la parte delantera de mi tanga y me invadiera poco a poco con su miembro erecto.

Cualquier racionalidad fue diezmada, más aún cuando echaba de menos ese contacto íntimo. La conexión que existía entre nosotros era aterradora.

Busqué su boca con la mía, incluso para sofocar los gemidos locos que se me escapaban. El vaivén sobre su miembro estaba acompasado por el movimiento del coche, las curvas que tomaba y los badenes que pasaba suavemente.

Oh, era maravilloso estar así con él, libre de cualquier juicio.

Abrí los ojos y él parecía haber hecho lo mismo, a pesar de seguir besándome. Vi al mismo tiempo que sentí cómo la lujuria nublaba nuestra vista y, con celeridad, cabalgué su miembro hasta encontrar mi propia liberación. Correrme estando con Anderson era una realización plena.

Cuando el eco de su gemido sonó, aunque amortiguado por mi boca, y sus manos apretaron mi cadera para poder entrar en mí unas últimas veces y vaciarse, yo ya ni recordaba cuál había sido la decisión que tomé tras nuestro primer encuentro sin condón, que, de hecho, había sido el último antes de este.

—Qué ganas tenía de ti, Gabs —confesó abrazándome y dejando que sus manos acariciaran mi espalda en un gesto reconfortante—. Eres maravillosa, esposa.

Podría haber sonado bien, si eso no remitiera al contrato y a lo que él había dicho unos minutos antes y que me había dejado confundida: que no le gustaba lo que estaba en el contrato.

—Necesito un pañuelo —salí de su regazo y noté que él se resistía, más aún cuando no comenté nada sobre sus palabras.

Me senté a su lado, un poco recostada y, para mi sorpresa, fue él quien se encargó de todo; me tocó el sexo con mucho cariño e incluso me dejó un beso allí antes de ponerme la braguita en su sitio. Lo bueno de la limusina era eso: teníamos espacio suficiente para convertirla en un motel.

Con un brazo rodeando mis hombros, me hizo recostar y, segundos después, pulsó un botón y habló:

—Al hotel, Moacir. Después busca el coche pequeño y mantente listo para llevarnos al aeropuerto. Sin interrupciones, aunque sea mi equipo; cualquier asunto será resuelto por Otávio.

—Sí, señor —respondió él, y me di cuenta de que era un comunicador acoplado al techo.

Miré mi mano, luego la suya, y dejé que nuestros anulares relucieran con las alianzas. Era un objeto extraño, pesaba, pero no me parecía incorrecto.

—Espero que te hayan gustado. No usé las alianzas que elegí cuando estaba con Luciana.

—¡Menos mal! —repliqué divertida. No había visto si tenían algo grabado dentro, pero sería una tarea para después. Se me daba muy mal retomar los compromisos dejados para más tarde. —¿Podemos comer?

—Lo que tú quieras, mi amor —dijo por impulso y lo miré sonriendo, haciéndole relajarse. Si existía algo extraño, ya no estaba allí—. ¿Sería pedir demasiado un poco de todo lo que había en la boda? Vi que había cosas buenísimas y no pude probar nada.

—Consideralo hecho. Mientras llega la comida, echamos un vistazo a tu lencería en la cama.

—¿En ese kit de boda de Meds no hay pomada para las rozaduras? Porque los recién casados lo hacen mucho —bromeé, y su risa me llenó de deseo.

—Hay aceite y espuma de baño.

—Esos no hace falta que nadie nos grabe usándolos, ¿verdad? —La limusina se detuvo, él se rio mientras abría la puerta para salir primero y luego me ayudó.

—Lo que tengo preparado para ti no estará disponible para su comercialización.

Sorprendida, no solo me dio ese regalo, sino que me tomó en brazos y entró en el hotel como un hombre enamorado. Que yo siguiera confiando en sus actos, porque mis sentimientos habían llegado al final del camino y ya no habría vuelta atrás: estaba completamente enamorada de Anderson.

Entramos en el ascensor de esa forma y salimos, sin que nadie tuviera que guiarnos hasta la suite nupcial. Abrió la puerta con

dificultad, pero me depositó en la cama con delicadeza, entre pétalos de rosas, recortes de la Catrina y un aroma diferente.

—Espera aquí.

Lo observé cerrar la puerta con llave, coger un recipiente desconocido y acercarse mostrándomelo. Era uno de los envases que mi amiga había diseñado y la etiqueta me resultaba desconocida, aunque la calavera mexicana también estaba allí. Cuando lo puso cerca de mis ojos, me apoyé en los codos y sonreí de oreja a oreja al leer: Para Anderson y Gabriela, primera noche nupcial – Meds Cosméticos.

Abrió el frasco, me dio a oler y luego puso un poco en su mano para extenderlo por el dorso de la mía. Se estiró para dejarlo todo en la mesita de noche y se tumbó encima de mí.

—He añadido un producto nuevo al kit; será el artículo personalizado para la primera noche de la pareja, con su aroma y la protección de la Catrina —los dos aspiramos lo que había en mi mano y dejé que una lágrima resbalara, porque la emoción era excesiva—. Tiene un poco de ciruela y un poco de mi perfume amaderado. Somos tú y yo, en uno solo.

Me pegué a él y lo empujé para ponerme yo encima y él debajo. Ya no solo lo besaba, sino que succionaba todo lo que su boca pudiera darme, más aún con tanto cariño y cuidado. ¡Lo había hecho pensando en mí, conocía mi preferencia aromática, mi pasión por la cultura mexicana, Anderson me conocía!

Olvidé el hambre, mi desfile de lencería y cualquier otra cosa planeada o firmada, porque en ese momento no había dudas: éramos solo nosotros y el vínculo más fuerte que existe en el mundo y que ningún dinero puede comprar: el amor.



Capítulo 23
Gabriela

El avión privado que nos llevó a Hawái estaba lleno de gente. A pesar de eso, no estropeó el clima de romance que nos envolvía, incluso con el pesado de turno poniéndome cosas en la mano para que formaran parte del escenario. Los flashes y las cámaras nos rodeaban, cansándome más de lo normal.

—Espero que se venda mucho, porque mi belleza ya se está agotando —susurré al oído de Anderson y luego le dejé un beso en el cuello. Él se llevó mi mano a la boca y la besó mientras con la otra rodeaba mi cuerpo y me acercaba más a él.

—Solo serán dos sesiones en el hotel; el resto de los días podremos estar solos.

—Me parece bien —cerré los ojos y suspiré, porque sentía como si mi privacidad hubiera sido invadida.

El avión aterrizó, un funcionario de aduanas nos esperaba en cuanto bajamos y subimos a un coche que partió del hangar en dirección al hotel, el cual no debería haberme sorprendido por ser extremadamente lujoso.

Intentando mantenerme firme, ya que mis ojos se cerraban a cada segundo, caminé de la mano de Anderson hasta nuestra suite; lo primero que hice fue lanzarme a la cama, que parecía el doble de la de su apartamento.

Sentí sus manos en mis tobillos y me quitó las zapatillas y los calcetines, indicándome que podía quedarme donde estaba por más tiempo.

—Nunca pensé que podría ser así —su voz parecía lejana; mis ojos se cerraban aunque intentaba mantenerme despierta. A pesar de haber dormido un poco en el avión, pasamos la noche anterior en vela y haciendo mucha actividad física—. No me siento en la obligación de hacer o dejar de hacer algo solo para complacerte o, mejor dicho, para no verte disgustada. Es natural.

—Solo has salido con las personas equivocadas. ¿Quién se va de casa para ser libre y se mete en una relación para volver a estar preso? —estiré el brazo y busqué una almohada para abrazarla.

—Lo veo de la misma forma que tú, y más estando a tu lado —sentí cómo mi lado de la cama se hundía y unos dedos cuidadosos

acariciaban mi pelo—. Mañana tendremos una noche mexicana; creo que será de tu agrado.

—Menos mal que me traje mi camiseta de México —giré el rostro hacia su lado y sonreí, aún con los ojos cerrados—. ¿Hay algún plan para hoy?

—Puedes descansar, ya he despachado al equipo. He dejado una de las sesiones para mañana en el almuerzo y, si quieres empalmar con la segunda, estarán disponibles. Tendremos siete días en este paraíso.

—Eres el mejor, Andy. Sigue... —volví la cabeza hacia el otro lado, dándole espacio para que su mano continuara con las caricias.

—Prefiero Andy que Rocky.

—Eso dependerá de mi humor. Hoy veo calaveras mexicanas y flores a mi alrededor —sentí sus manos quitándome la blusa y, con los brazos hacia arriba, se lo permití—. Adoro tu sutileza al intentar seducirme.

—Contigo, la necesidad de dar lo mejor de mí grita en mi interior. Y como te dije, no es una obligación, simplemente creo que es lo correcto.

—Qué bien, porque me gustas mucho y tus actos no hacen más que aumentar ese sentimiento —esta vez abrí los ojos somnolienta y giré la cara para mirarlo con una sonrisa, aunque él parecía preocupado—. Si no fuera por este contrato entre nosotros, tal vez te confesaría lo enamorada que estoy de ti.

Gateando y obligándolo a tumbarse boca arriba, me puse sobre él y rozé nuestros labios con suavidade. Sentí su cuerpo tenso; algo dentro de él no estaba de acuerdo con mis palabras o tenía miedo, pero en ese momento, yo solo quería mostrarme tal cual era.

—Eres un hombre con el corazón protegido por hierro y hielo. Deja que yo sea el fuego que derrita todos esos muros —me senté sobre su vientre y puse mis manos en su corazón, que latía

con fuerza—. Ayer fue un día maravilloso; realmente sentí que era nuestra boda. Tuve miedo, inseguridad y, desde luego, no estaba preparada para la intensidad de cómo fue todo. Estoy contigo y ya no quiero renunciar a esto.

—Firmamos un contrato; esta boda está ligada a la campaña de Meds, no conmigo personalmente —se sentó y me puso a su lado. Busqué mi blusa y me la puse, sintiendo cómo su frialdad me golpeaba. Quería creer que era miedo, pero su rechazo me hacía sentir muchísima rabia—. Es fácil decir que estás enamorada y que quieres ser mi esposa de verdad cuando he pagado tus deudas, te he dado una tarjeta de crédito y ya no tienes que preocuparte por nada.

—¡Yo también he trabajado por esto, idiota! —le di un toque en el pecho y casi me doblo el dedo por la intensidad—. Pedí que me registraras, un sueldo, para ir descontando mi deuda poco a poco. Quien decidió darme las regalías de una mujer rica fuiste tú —me levanté de la cama a toda prisa, sintiendo que estaba a punto de estallar de rabia y decepción—. Lo que siento por ti no tiene nada que ver con lo que firmamos.

—Entonces guárdate las declaraciones y los sentimientos para cuando todo esto termine, yo me libre de Luciana y podamos empezar de cero.

—¿Para qué? —lancé los brazos al aire, furiosa—. No tengo un botón de encendido y apagado; yo amo y punto. Con o sin dinero, puedo trabajar y compartir —lo señalé con el dedo—. Acabas de decir que tú y yo somos diferentes, que estar en una relación conmigo es saludable y no una obligación. Así es como funciona la vida real, Anderson Medina, y no con contratos y acuerdos comerciales.

—No lances mis palabras contra mí. Quiero algo contigo, pero no ahora. Hay mucho que hacer, mucha basura que desechar antes de que nuestra relación de verdad pueda empezar. Ten paciência y sigue conmigo —parecía querer convencerme de que su

lógica era la más sensata. La cuestión era que, en este caso, la emoción debía hablar más alto.

—Y mientras tanto, ¿follamos y nos besamos como dos actores? ¿Fingiendo? —me acerqué y él se levantó para imponer su altura frente a mi ira—. ¿Todo lo que hemos pasado es solo un juego para ti? —abrió la boca y le golpeé el pecho con la mano abierta—. Te voy a poner al día sobre algo que parece que no has visto: yo dejé mi vida para arreglar la tuya. Por dinero, en un primer momento, ya que no te conocía. Por AMOR, en el segundo, cuando revelaste lo que realmente tienes dentro de ti.

Di dos pasos hacia atrás y extendí las manos para que no se acercara. Las lágrimas amenazaban con salir y tenía el estómago revuelto; necesitaba tiempo a solas.

—Gabriela... —él avanzó y yo retrocedí, negando con la cabeza y mirando al suelo—. Yo... tú...

—Quiero estar sola. NECESITO tiempo para lograr seguir con este contrato —me limpié los ojos y lo miré con todas las fuerzas que me quedaban—. Mañana, a la hora acordada, estaré donde quieras para hacer las sesiones de fotos y los vídeos. Las dos a la vez, porque quiero largarme de aquí cuanto antes.

—Espera, no es exactamente así —él se alejó de mí y caminó por la habitación, molesto—. De la misma forma que tú estás pidiendo un tiempo, yo te pedí ese tiempo antes. Maldita sea, quiero decirte tantas cosas que tengo aquí atragantadas —se golpeó el pecho y eso solo sirvió para ponerme más emotiva. No podía ceder —. En el momento en que sepas lo que realmente me pasa, no voy a hablar: voy a llevarme por delante a cualquiera que se interponga entre nosotros. Eso repercutirá en la empresa, en nuestra imagen... podría ser una gran pérdida, incluyéndonos a nosotros mismos.

—Porque el amor es tan irracional como tus actitudes radicales —me encontraba en una mezcla de rabia y decepción, al mismo tiempo que un hilo de esperanza aún brillaba en mi interior.

Miré a mi alrededor buscando mi bolso—. Necesito otra habitación o...

—Yo me voy, tú te quedas. Mañana vendré para seguir con lo planeado —la sequedad de su tono fue proporcional a la velocidad con la que salió del cuarto y dio un portazo.

No era así como imaginaba empezar la luna de miel, pero ¿quién podría haber imaginado que fuera distinto, siendo que todo empezó con un contrato?



Capítulo 24
Gabriela

Irritada y dolida, pedí servicio de habitaciones y me harté a chucherías de las que había en el hotel, además de un caldo maravilloso que me ayudó a dormir sin pensar en si mi marido tendría insomnio. ¿Se habría traído las pastillas? En ese momento, le estaba mandando un gran «que te den» a la idea de dormir abrazaditos.

Anderson quería esperar hasta después de los eventos para declararse; por mí, de acuerdo, pero se acabarían el sexo, los besos y el romanticismo. Si para cuando él se decidiera a quererme yo seguía con ganas, le daría una oportunidad; de lo contrario, mandarlo a tomar por saco estaba en la punta de mi lengua.

Pedí el desayuno en la habitación y me puse una de las prendas que estaban en la maleta para las sesiones. ¿Seguiría Anderson con la misma ropa de ayer? Bueno, yo ya me había dado incluso un baño de bañera y lo había aprovechado todo, hasta el kit exclusivo de boda de Meds.

Era muy molesto no poder quejarme de sus productos, porque ya los amaba antes de conocer al CEO y de que me rompiera el corazón. Vale, era una exageración, nos pasamos de la raya el día anterior, pero aun así, lo quería declarándose como hice yo.

Con un vestido floreado y el biquini debajo de la ropa, esperé sentada en el sofá duro que había cerca de la puerta. Cuando sonaron unos golpes, salté apresurada y me di cuenta de que mi corazón palpitaba con fuerza.

No podía ceder; mantener mi postura seria como la suya sería mi defensa y también una forma de convencerlo para que viera lo que era esencial.

Abrí la puerta y nos quedamos en un duelo de miradas hasta que di el primer paso para ponerme a su lado. Iba con ropa informal y me di cuenta de que nunca lo había visto así. Incluso trabajando en casa, su habitual traje y corbata siempre estaban presentes. Las bermudas cargo y el polo lo hacían parecer relajado y mucho más atractivo, lo que hacía que la batalla contra él fuera durísima.

Estiró el brazo para que yo pasara primero y lo hice, contoneando las caderas todo lo que pude; el vestido se balanceaba de lado a lado y eso me daba confianza. Nos detuvimos frente al ascensor y su mano se acercó a mi zona lumbar, como si hubiera un imán. Él inspiró aire con fuerza; por el contrario, yo aguanté la

respiración hasta que entramos en el cubículo de metal, yo a un lado y él al otro.

—Buenos días —saludó tardíamente, sin emoción, y yo se lo devolví con la misma moneda.

—Buenos días.

Al llegar a la recepción, crucé los brazos al pasar por delante de él y sentir que su dichosa mano me tocaba la espalda, como si eso pudiera hacerme ceder o como si Anderson buscara fuerzas en mí.

Pasamos por la zona de ocio, con la piscina, las pistas y las áreas de descanso. Había un chalé al fondo hacia el que caminamos en silencio; allí Boris nos esperaba.

—Buenos días, señor y señora Medina. Tenemos un equipo de peluquería y maquillaje para cada uno.

—Se harán las dos sesiones a la vez. Por la noche, tenemos un compromiso —miré a mi marido y luego al hombre que parecía haberse convertido en mi aliado.

—Ignora la última frase. Centrémonos en el ahora —repliqué.

Me dieron ganas de reír al escuchar un gruñido irritado cuando me alejé hacia mi equipo. Me senté en la silla para que empezaran con el pelo y el maquillaje, acompañados de un masaje de pies maravilloso.

—¿Qué le pasa al jefe? —Boris me susurró al oído y lo miré con prepotencia.

—¿Yo qué voy a saber? Incluso con este sol maravilloso, en su mundo debe de ser invierno —hice un mohín y la maquilladora revisó el labial.

—¿Será que ya sabe lo que ha hecho Luciana? —aparté todas las manos de encima, me incorporé en la silla y lo miré

asustada. Noté que no había sido su intención comentarlo, pero se encogió de hombros y continuó—: Ha dado una entrevista a una web de cotilleos diciendo que la engañaron y que tú has dado el braguetazo; incluso insinuó que estaba embarazada.

—¿Perdona?

Me puse la mano en el vientre y la solté de inmediato, poniéndome de pie y frente al espejo en un intento de no frustrarme por decisiones que debería haber tomado antes y que se me habían olvidado. ¿Cuándo había sido mi última regla? ¿Y la última inyección? Maldita sea esta racha; desde que me mudé a casa de Anderson, solo podía pensar en él.

—La noticia todavía está un poco silenciada; el equipo de marketing ha conseguido ocultarla de los buscadores de internet, pero es cuestión de horas que todo esto explote —Boris se puso frente a mí y me puse las manos en la cintura.

—¿Crees que debería decírselo?

—No, ni yo se lo voy a decir; deja que le estalle en la cara sin aviso —le di una palmadita en el hombro y él se asustó, pensando que me había vuelto loca—. Vamos a empezar con estas fotos, porque me muero de ganas de volverme a dormir.

A pesar de su aprensión, Boris me guio hacia el exterior, con la arena y el mar como escenario principal. A un lado había palmeras y al otro cactus, recordándome a mi amado México.

Maravillada por la vista, cogí uno de los productos que me dio el pesado de marketing e hice poses divertidas, tanto para ayudarme a relajar como para que se me pasaran los nervios. No tenía por qué preocuparme por Luciana; no tenía a nadie ante quien avergonzarme más allá de mí misma con sus acusaciones sin fundamento.

Tenía que dejar de follar sin condón hasta que supiera con certeza mis fechas. Aunque la verdad es que no habría más sexo, así

que podía estar tranquila. Más o menos. Maldita sea, ¿por qué estaba pensando en eso?

En el momento en que Anderson apareció a mi lado, aproveché el impulso de mi sonrisa fácil y la diversión con la arena para rodearlo como en un ritual. Cambié de producto a la colonia, me la rocié, luego a él y olí su cuello, alejándome en cuanto su brazo intentó rodearme.

Allí estaba un hombre tratando a la lujuria como una intrusa en su vida. Me gustó verlo así de rendido, por eso lo provoqué y, cuando sonó la música, bailé lejos y cerca de él.

—Ha nacido para estar bajo un objetivo —oí comentar al fotógrafo con Boris, pero lo ignoré y me dirigí al agua con Anderson y todo el equipo siguiéndome. En mis manos llevaba el aceite, uno que me gustaría probar de otras maneras.

Mis pies encontraron el agua y extendí la mano para que él se uniera a mí. Como una pareja, caminamos y disfrutamos de las olas hasta que el sol apretó demasiado y corrimos hacia dentro.

—Almuerzo y, después, más fotos —dijo alguien del equipo señalando la mesa servida para dos personas.

Como todavía estaba de buen humor, sonreí al sentarme frente a él y di un gran trago de zumo antes incluso de llevarme un bocado de comida a la boca.

—Eres preciosa, Gabs —dijo mientras se servía ensalada. Me encogí de hombros y corté un trozo de pescado a la plancha.

—Mirar no quita nada —comenté antes de empezar a masticar y observarlo.

No dijimos nada más, pero nuestro intercambio de miradas fue intenso. Mucho más que mirar al alma, estábamos en una competición para ver quién aguantaba más sin explotar o, simplemente, sin rendirse.

Nos tumbamos cada uno en una tumbona y disfrutamos del mar y del sonido que nos rodeaba sin dar nuestro brazo a torcer. En un momento dado, me giré de lado y observé su perfil hasta que volvió la cara hacia mí; entonces, regresé la mirada hacia el mar, donde realmente encontraba la paz.

—Me haces querer más, sin prudencia ni vacilación. Solo estoy actuando de esta forma porque me cansé de comportarme como un cobarde —volví a girarme hacia su lado y sus labios apretados me oprimieron el pecho—. También estoy enamorado de ti, Gabriela; necesito que confíes en mi.

Fuimos interrumpidos por el equipo. No impedí que me llevaran para retocar el maquillaje y cambiarme de ropa. Esta vez el vestido era transparente; mi cuerpo no era el de ninguna modelo y exhibía todas mis curvas.

Sus palabras, mezcladas con mi reciente vergüenza, me hicieron retraerme y fue él quien tomó el control de la escena. Incluso con su seriedad encantadora, me llevó en brazos, bailamos sin música de fondo y nos quedamos algunos momentos simplemente abrazados, yo de espaldas a él, observando el cielo y, más tarde, el atardecer. En nuestras manos siempre había un producto y, conforme nos íbamos perdiendo en una misma posición, alguien pedía que siguiéramos con otro movimiento.

¿Podría considerar sus últimas palabras como una declaración? La pregunta perduró cuando terminamos el día y nos dirigimos a la habitación. Él entró conmigo sin pedir permiso —al fin y al cabo, era suya— y se fue a duchar primero, lo que me dejó algo de tiempo para pensar en qué hacer.

Anderson había organizado una noche mexicana para mí; así que yo sería lo menos atractiva y lo más provocativa posible. Después de eso, pediría que nos marcháramos; quería mi espacio y mi rutina de trabajo para aliviar mi alma.



Capítulo 25
Gabriela

En cuanto salió de la ducha, entré yo y me cambié allí mismo; ya tenía bastantes dudas en la cabeza, y si él me miraba fijamente, tendría la certeza de mi propia entrega, a pesar de que seguía en mi postura de no ceder.

—¿Estás lista para ir al restaurante mexicano? —preguntó cuando me puse las zapatillas y me miré al espejo. Falda vaquera y camiseta de la selección de México: cómoda y atrevida.

—¿No estoy a su altura, señor Anderson? —dejando que mis ojos recorrieran su cuerpo, me di cuenta de que llevaba una ropa similar a la de las fotos que nos habíamos hecho.

—Te vi durmiendo con esa camiseta. Solo pensé que...

—Pensaste bien. Cuando volvamos de la fiesta, solo me quitaré las zapatillas, la falda y caeré en la cama —pasé por su lado y fui hacia la puerta de la habitación—. ¿Vamos?

—¿Y el sujetador? —preguntó acercándose a mí—. ¿Vas a dormir con él también? —estaba intentando seducirme y, lista para la venganza, me acerqué a su oído y le susurré—: No llevo puesto ninguno.

Abrí la puerta y lo oí apresurarse a cerrar todo y seguirme hasta el ascensor. Esta vez, su mano atrevida no me tocó, pero su cuerpo se mantuvo muy cerca del mío, a mis espaldas.

Fue así hasta llegar al coche, donde él se puso al volante y yo a su lado. Noté cómo miraba mis muslos expuestos, más aún cuando la falda se subió lo suficiente como para provocar su mente.

Con los brazos cruzados, demostrando que no había hueco para él en ese momento, seguimos en silencio y me permití sonreír al ver una decoración típica mexicana fuera del bar.

—¡Qué bonito! —salí del coche a toda prisa en cuanto aparcó. Me arrepentí de no haber traído el móvil, porque quería hacer muchísimas fotos. Cielos, ya me habían hecho varias, pero ninguna era solo para mí.

Dejando que el fastidio me dominara, entramos en el local; nos dirigieron a una mesa cerca de una ventana y con varias Catrinas a nuestro alrededor. Anderson llamó al camarero y pidió nachos, guacamole y tequila para degustar.

—Para mí, tres chupitos de tequila, por favor. —El hombre se alejó y miré fijamente a mi acompañante, ya que tenía los ojos clavados en mí—. ¿Qué pasa?

—Así te emborracharás rápido.

—¿Y te preocupa que alguien pueda aprovecharse de mi situación? —me incliné hacia él—. Puedes estar tranquilo, sé cuidarme sola.

—Nadie te pondrá un dedo encima. Yo estoy aquí para ti —rebatió con intensidad, y me contuve para no poner los ojos en blanco. Quería que estuviera mucho más conmigo de lo que se permitía.

—¿Te has enterado de lo último? —provoqué al recordar lo que Boris había comentado—. Tu ex loca ha dado una entrevista en una web de cotilleos. Puede que tú no quieras manchar la imagen de la empresa, pero ella lo hará sin piedad.

Nuestro pedido llegó y no le di tiempo a reaccionar; tomé su mano y succioné su dedo corazón. Estaba segura de que lo dejé en shock, más aún cuando lo puse sobre el poco de sal que había en el cuenco. Atrevida, lamí su dedo, me tomé un chupito de tequila, luego el segundo, y chupé el limón sintiendo el líquido quemar mi garganta y también el estómago.

De la misma forma que yo lo provoqué, él hizo lo mismo; sujetó mi rostro y atrajo mi boca hacia la suya, con el limón entre nosotros. Con los ojos abiertos, dejó que su lengua me saboreara y, con los dientes, quitó el limón y me soltó, como si aquello no me afectara, y mucho menos a él.

Con el tercer chupito en la mano, me bebí todo el líquido de un trago y me levanté de la silla, dejando que la música latina se apoderara de mí para desahogarme. Lo malo de esta bebida era que me ponía a mil, y con un hombre tan accesible como Anderson cerca, podía olvidarlo todo solo por sentir placer.

Fui a la pista de baile, donde las parejas bailaban de forma sensual. La música latina era una mezcla de emoción y lujuria. Intenté contonearme como podía y miré hacia atrás al ver que Anderson se colocaba tras de mí sujetándome la cintura. Conforme yo me movía, sus dedos apretaban mi piel, haciendo que lo poco que lograba controlar se fuera al traste.

Me giré hacia él, sin miedo a que lo hiciéramos mal; seguimos el ritmo de las demás parejas y me permití restregar mi entrepierna contra su muslo. Pasos hacia delante, luego hacia atrás y algunos segundos parados mientras yo perreaba y frotaba mi sexo contra él. Ni siquiera sabía cómo estaba la falda vaquera, solo quería terminar lo que empezamos entre cuatro paredes.

Rodeé su cuello con mis brazos y la sonrisa satisfecha que me dedicó fue la señal de que él había ganado.

—Quiero darte una patada en los huevos, pero todavía no, porque te deseo. Aquí. Ahora. —Él intentó besarme y escondí mi rostro, apretando aún más su cuello. Sus brazos rodearon mi cintura y una de sus manos cubrió una de mis nalgas, marcando territorio.

—Volvamos al hotel, voy a amarte hasta el amanecer. —Si no tuviéramos una historia detrás, hasta me lo creería, pero lo nuestro era solo un contrato, así que tendría que ser con intensidad.

—Será atrevido, como siempre lo hemos hecho desde el principio. Tú me quieres para cuando todo esto acabe; yo prefiero lo que tenemos hoy.

Lamí su oreja y lo provoqué, alejándome lo justo para ponerme entre sus piernas y contonearme. Su miembro se estaba poniendo duro y, con desesperación, miró a todos lados, me agarró de la mano y me llevó hacia donde tenía planeado.

Subimos una escalera, Anderson mostró su tarjeta al guardia de seguridad y, tras unos segundos, nos permitieron el paso. Además de un altillo que daba al interior del bar, había un balcón donde estaban dos parejas besándose, cada una en su mundo.

Mi corazón se aceleró, más aún cuando Anderson me puso frente a la barandilla del balcón y presionó su pelvis contra mi trasero. Miré de reojo; las parejas seguían besándose, pero yo sentía que el corazón me iba a saltar por la boca.

—Nadie se va a dar cuenta. Te voy a follar aquí, lento y sin pudor —una mano, que estaba en la dirección opuesta a las parejas, se metió bajo mi falda y apartó mi braguita, dejando mi humedad al descubierto. A pesar de todo, estaba empapada por él—. Estás mojadita —gimió en mi oído.

—Date prisa, antes de que me arrepienta.

Seguí vigilando nuestro entorno. Mientras él se abría el pantalón corto y encajaba su miembro en mi coño, mi deseo aumentaba al darme cuenta de que una de las parejas estaba haciendo lo mismo que nosotros, pero de frente. El movimiento de la cadera era sutil, pero por la intensidad del beso, estaba claro que ambos estaban follando.

Solo así logró que girara la cabeza hacia él y me permitiera ser besada. Cuando tocó mis labios con los suyos, su miembro entró de golpe y me llenó hasta el punto de casi hacerme correr. Hizo el vaivén lento mientras me seducía por la boca. La mano que había apartado mi braguita estaba ahora bajo mi camiseta, apretando mi pecho y completando el momento.

Cuando estaba a punto de explotar, su mano bajó hacia mi sexo, frotó mi clítoris y embistió las últimas tres veces antes de correrse dentro de mí. Era maravilloso sincronizar nuestros clímax, una sensación de complicidad que me hacía dudar de si realmente debía retroceder ante su acercamiento.

Tiempo. Él lo necesitaba, y yo también, pero ¿qué debía hacerse realmente para permitirnos estar juntos por completo?

Soltó mis labios; miré a los lados y ya no quedaba nadie más que nosotros en el balcón. Anderson se arregló la ropa y yo intenté hacer lo mismo, pero me giré y lo miré con una mueca de disgusto.

—Necesito limpiarme y cambiarme de braguita.

—Vamos al hotel, yo cuidaré de ti —sujetó mi rostro y me besó rápidamente.

—¿Y la comida? No he comido nada.

—Comeremos en la habitación mientras te limpio con mi lengua —sonrió malicioso y todo mi cuerpo se estremeció.

No podía culpar al alcohol de todo, pero sin duda fue un gran incentivo, más aún cuando en el coche empezó a seducirme de nuevo y yo le pedí más, todo lo que estuviera dispuesto a dar.

Lo que la mente profetizó, la bebida lo rechazó y dio voz al corazón.

En el hotel, al entrar en la habitación, olvidamos la comida e iniciamos desde cero el acto sexual, empezando por su promesa: limpiarme con la lengua.

¿A quién le importaban las consecuencias en esos momentos?



Capítulo 26
Gabriela

A pesar de lo que pasó el día anterior y del fuego que mi cuerpo aún emanaba, fingí que todo no había sido más que un sueño al despertar; me zafé del cuerpo de Anderson y fui al baño diciendo en voz alta:

—Quiero volver a casa.

Él no solo estaba despierto, sino que para cuando terminé de procrastinar bajo la ducha —disfrutando del masaje que proporcionaba el agua—, ya había hecho las maletas, parecía recién duchado y sostenía una taza en la mano que exhalaba... café.

—No va a ser hoy cuando deje de estar enfadada contigo — le besé la mejilla y le arrebaté la taza de la mano murmurando—: Gracias.

—Me imaginé que lo echarías de menos; pedí que encontraran el más parecido al que te gusta —mis ojos no se despegaron de los suyos cuando el líquido humeante tocó mi lengua y me quemó. Maldito hombre irresistible, tenía que guardar esas actitudes tiernas bajo llave. —Nuestro avión nos espera.

—Gracias y perdona por interrumpir tu viaje o cualquier otro plan que tuvieras —me encogí de hombros, porque la verdad era otra—. Solo quiero acabar de una vez con todo esto y empezar a trabajar de verdad.

—Eres mi esposa, haré que te sientas bien —intentó sonar acogedor, pero solo provocó que mi lado asesino emergiera.

—O sea, que no soy yo, sino un contrato el que rige tus actos. Ya lo he pillado, para ya.

—¿Qué quieres que haga, eh? ¿Que lo cancele todo? ¿Que exponga en los medios que contraté a alguien para ser mi esposa porque mi ex me puso un buen par de cuernos?

—No, querido. Tu ex está haciendo espionaje industrial —me terminé el café de un trago y dejé que la noticia calara en él—. ¿Y tú dónde te has duchado?

—Hay otro baño en la suite —señaló una puerta que yo no había visto y me dirigí a mi bolso en busca de mi móvil—. ¿Qué has querido decir con espionaje?

—No te lo dije antes porque, sencillamente, se me pasó — suspiré al darme cuenta de que no tenía batería; lo puse a cargar y

me senté en el suelo, apoyando la espalda contra la pared. Anderson me miraba impasible, esperando más información, ya que no tenía derecho a sentirse traicionado, al menos no por mí—. Mi información viene de Josilene y de Boris. Por mucho que sean sus palabras contra las de Luciana, los datos que hemos reunido encajan con sus actos.

—¿Espionaje? ¿Qué va a hacer ella? —vi cómo le caía el veinte, aunque fuera una afirmación literal. Acercándose a mí, se sentó enfrente y empezó a respirar con dificultad—. Va a abrir una empresa y ha usado la mía para probar sus productos.

—No solo eso. Luciana también usó Meds para financiar esa nueva empresa, ya que ella y su padre se enriquecieron solo con las comisiones que ofrecéis a quien cree un proyecto, sea viable o no. Algo bueno usado para el mal, como si el dinero gastado por la empresa no fuera a hacer falta —puse una mueca—. Ah, y sin olvidar que tú también la consentías mucho, ¿no es cierto?

Accedí al wifi del hotel y busqué la noticia que Boris me había contado. Aún no aparecía en abierto, así que busqué entre mis muchos mensajes sin leer si me habían mandado un enlace directo. Para mi desesperación, la noticia no me la había enviado el empleado de Meds, sino mi amiga de juerga.

Lúcia>> ¡Ahora ya sé por dónde te metes, doña Gaby! ¿Cuándo será el baby shower? Solo no me pidas que lleve pañales, soy un desastre con los bebés.

¿Sería así de insensata antes o empezó después de descubrir que estoy con el dueño de Meds Cosméticos? Que le den al cargo del hombre, yo me quedaría con él aunque estuviera arruinado. Bueno, mi teoría podría ponerse a prueba pronto, ya que Luciana ha soltado muchísimas sandeces en la web de noticias.

—Alguien tiene que cortarle la cabeza a esa víbora, porque su veneno ya está en internet. —Giré el móvil hacia él y me di

cuenta de que no lograba enfocar la vista en la pantalla; algo más crítico estaba sucediendo en su interior—. ¿Andy?

—Mi padre siempre tuvo aliados a su alrededor. Los acuerdos comerciales y las alianzas, cerradas bajo contrato, eran algo estándar, no una complicación astronómica. —Se pasó las manos por el pelo y me miró—. ¿Qué pone ahí? Solo dímelo, estoy tan nervioso que no puedo ni leer.

Al ver que le temblaban las manos, respiré hondo y volví a poner la pantalla frente a mí para resumirle el contenido.

—Bueno, aquí dice que soy una estafadora y que le quité el puesto a la víbora para casarme contigo porque estoy embarazada. —Hice un mohín cuando él pareció querer preguntarme si era verdad. Volví mi atención al artículo y solté una risa irónica—. Mira qué mona; esto no hace más que confirmar lo que descubrimos de ella. Luciana dice que se ha desvinculado de Meds por acoso moral, que tiene un abogado para eso y que ahora forma parte de una empresa innovadora que cree en su trabajo. —Puse los ojos en blanco—. Alguien debería avisar a esta web, porque están haciendo el ridículo y ayudando a una criminal a salirse con la suya.

Dejé el móvil a un lado e incliné la cabeza para observar a mi marido pensar. Segundo a segundo, acompañé sus cambios de humor y de pensamiento: de víctima a inquisidor, de la rabia a la concentración.

Poco a poco parecía recobrar el sentido; frotó sus manos sobre mis piernas, cubiertas por los vaqueros, y me atrajo hacia él para abrazarme. Completamente desarmada, envolví su cuerpo con mis brazos y piernas, dejándome presionar contra su pecho endurecido por la tensión.

—Quiero creer y confiar en ti, Gabs. Esta es la última vez que me mostraré tan vulnerable para ganar una aliada. ¡Basta ya, no volverán a engañarme!

—Amar no es ser débil, sino ganar fuerza —respiré hondo, porque mi cerebro estaba a punto de obligar a mi boca a mandarlo a la mierda. No tenía por qué cargar con ese peso por culpa de mis sentimientos, y mucho menos por los suyos.

—No puedo decir que lo crea, porque lo que siento por ti no se parece en nada a lo que tuve con Luciana. Te quiero a ti —pasó las manos por mi espalda y aproveché el hueco para levantarme y negar con la cabeza.

—Volvamos a casa. Habla con tu abogado, recoge testimonios de tus empleados y líbrate de esa mujer.

—Puede ser un tiro por la culata —él se levantó y me acarició la mejilla—. Ya he pedido ayuda jurídica; no será barato y, si Luciana contraataca, quizá tenga que asumir la culpa del acoso, porque ella era mi empleada y su padre también, además del vídeo que está usando para amenazarme.

—Del mismo modo que ella tendrá que admitir que, mientras trabajaba para la empresa, cobró comisiones y creó proyectos solo para beneficio propio. Que cada uno asuma su culpa y se prepare para las consecuencias.

—La venta del kit de novia puede ser un desastre por la mala prensa sobre la empresa —deslizó la mano por mi brazo hasta entrelazar sus dedos con los míos—. ¿Estarás conmigo?

—¿Qué más necesitas que haga para demostrarte que sí, que estoy y estaré contigo porque quiero y porque me gustas? Estoy enamorada, ¡si hasta estoy trabajando gratis! —su sonrisa sincera hizo que me mordiera el labio con ternura—. Así es como funciona el amor: no sabes el motivo, solo tienes la fe de que, al dormir y al despertar, estaré a tu lado. No hace falta que esté escrito en ninguna parte para que eso ocurra.

—He aprendido que lo que se dice no siempre se escribe, y mucho menos se ejecuta —se llevó mi mano a la boca y me la besó

sin dejar de mirarme—. Contigo, estoy listo para creer que existe una fuerza mayor que una firma y el dinero.

—Qué bien. —Quería decirle que lo amaba, pero esas palabras solo las escucharía de nuevo cuando él mismo me las confesara a mí—. ¿Vamos a casa?

—Iré a donde tú quieras ir. —Me puse de puntillas y dejé que él acortara la distancia para besarnos. Fue rápido, pero suficiente para sellar el pacto de almas que estábamos haciendo, mucho más intenso que la propia boda.

Habíamos llegado a un acuerdo, ¿verdad? ¿Era poco, era mucho? ¿Debería tener más pruebas? ¿Tendría él que actuar más? ¿Qué es lo que define el momento en el que uno acepta tener una relación?

No había perdón, de ninguna manera estaba exento de culpa, pero tendría que demostrar que ahora éramos él y yo, sin juegos ni ilusiones. Intentaría estar con él hasta que lográramos soportarnos el uno al otro, tal y como éramos.

Era un hombre difícil, pero no por eso me sentía superior a él. Nuestra química me caldeaba el corazón y su voluntad para luchar contra los conceptos arraigados por su padre era admirable.

Con todo eso, él demostraba que lo estaba haciendo por él, por mí y por nuestro futuro.

Podía rendirme en cualquier momento, cosa que no iba a suceder; así que solo me quedaba tener paciencia, porque no todo en la vida se resuelve en un mismo día. ¡Tiempo!, eso era todo lo que necesitábamos, pero no separados, ¡sino juntos!

Con tanta determinación en mi cabeza, salimos de la habitación, fuimos a la recepción y, después, paseamos por la avenida marítima antes de dar por finalizada nuestra estancia en Hawái. Estábamos en silencio, disfrutando de algo que aún no habíamos hecho el uno con el otro: la compañía sin nada a cambio.

Subimos al avión de vuelta a casa y una pregunta quedó en el aire para alimentar mi ansiedad: ¿cómo sería nuestra rutina a partir de ahora?



Capítulo 27
Luciana

Mis manos temblaban por la ansiedad. Después de lo que me dijo el abogado sobre las pruebas que reuní contra Anderson Medina, tenía miedo. Todos los documentos que poseía señalaban a Meds como la parte inocente y a mí como la culpable.

Nadie me había dicho que fuera poco ético falsificar proyectos para conseguir dinero extra en la empresa. Al contrario, mi padre me enseñó esas artimañas; me obligó a acompañarlo y, cuando murió, yo solo di continuidad a su plan.

Los hombres nunca me han atraído de verdad. Como arma estratégica, mi belleza y los momentos de placer eran puramente un medio para un fin. Anderson siempre fue un buen compañero, pero no lo suficiente como para que yo olvidara mi misión.

Estar en el poder. La ambición de ser la dueña de un gran proyecto me motivó a hacerlo todo, y lo haría de nuevo. Tener ya no me resultaba suficiente si nadie me veía como una figura destacada. Quería ser vista, idolatrada y temida, como lo es el dueño de una gran empresa.

Cuando pensé en lanzar a los medios mi relato exagerado, fue por puro despecho. Uno de los momentos que más anhelaba en mi vida, tener mi rostro estampado en las revistas junto a los productos de Meds, era solo el trampolín para sacar a Anderson de la jugada. Él siempre estuvo en mis manos, pero se me escapó como el agua en el momento en que dejé traslucir que no era nada más que un objeto para mí.

Humillar a las personas a mi alrededor me hacía sentir grande; lo necesitaba para sobrevivir.

Desde que tengo uso de razón, mi madre no me reconocía como hija. Siempre fue fría y, cuando salió el diagnóstico de su enfermedad, no me importó lo más mínimo, porque mi conexión era únicamente con mi padre. Solo lo tenía a él en mi vida y, tras su partida, estar en la cima se convirtió en mi única compañía.

No podía perder todos mis esfuerzos por culpa de un profesional incompetente. Anderson iba a quebrar y yo me quedaría con sus clientes y el mercado. Todo iba según el plan, ¿por qué me decían lo contrario?

Aún en el despacho del abogado, él me trajo un vaso de agua debido a mi nerviosismo. El artículo difamando al dueño de Meds y a su esposa debería ayudarme a despegar, pero parecía que solo estaba contribuyendo a hundirme.

—Tienes que volver a ver esto. ¿Estás aquí para ayudarme o para joderme? Si no lo solucionas, buscaré a otro que lo haga —dije descontrolada, y el hombre se sentó al otro lado de la mesa con mirada seria.

—No hay nada que hacer en su caso, porque existe la comprobación de su fraude y del espionaje industrial.

—La empresa no está a mi nombre, ¿es que voy a tener que hacer yo tu trabajo? —golpeé el vaso contra la mesa y me levanté con ganas de tirar al suelo todos los papeles que había sobre ella.

—No hay dinero que pague el riesgo de arruinar mi carrera. ¿Quiere una solución? Tengo una salida: buscaremos un certificado psiquiátrico y...

—¡Yo no estoy loca! —grité caminando de un lado a otro—. ¿Ser inteligente y querer poder es algo malo? Sois todos iguales, un puñado de envidiosos.

—Estoy siendo sensato, señorita Luciana. Si quiere ayuda, montaremos una estrategia basada en su relato; si no, le sugiero que busque a otro profesional que quiera arriesgarse.

—Sin duda haré eso y más —recogí todos los papeles de su mesa, salí de su despacho y de su oficina con la cabeza alta. No necesitaba los consejos de alguien que no entendía mi ambición.

Sonreí al recordar el vídeo que tenía contra Anderson para usarlo como chantaje, y también las nuevas imágenes que conseguí gracias a uno de mis aliados, un empleado de Meds. Boris había perdido su puesto de amigo; no suplicaría por su amistad, compraría otra con facilidad.

Si no podía llegar a la cima por las vías legales, sería de la forma en que aprendí con mi padre: llevándome todo por delante, cueste lo que cueste.

Entré en mi coche, cogí el móvil y marqué el número de uno de los pringados que hacían cualquier cosa por tener una noche de placer conmigo.

—¿Kenedy?

—Hola, preciosa. Te echo de menos —saludó galante, como siempre.

—Necesito que me resuelvas un problemita. Mi abogado es un incompetente.

—¿Tendrá algo que ver con la declaración que diste a esa web de cotilleos? —se rió a carcajadas y mantuve mi postura seria —. Pásate por casa esta noche; después hablamos.

—Sabía que podía contar contigo. Besos, querido.

Corté la llamada y fui a prepararme para convencer al idiota de que me obedeciera. Mi nueva empresa estaba a punto de entrar en funcionamiento; el hombre al que contraté como testaferro no era de fiar, pero de momento tendría que servir.

Medidas extremas para situaciones complicadas.

Lo que no percibía, y me resultaba difícil de entender, era que todo lo que me enseñaron, todo lo que aprendí, no servía para nada: era erróneo. Yo no sabía ser ni actuar de otra forma; no aceptaría mi destino y pelearía con la justicia hasta el final.



Capítulo 28
Anderson

No había más motivo para postergar lo inevitable: Luciana pagaría por sus actos cuanto antes. En cuanto puse un pie en el país, solicité su suspensión en la empresa hasta nueva orden. No era un despido, sino una forma de alejarla de quien realmente importaba.

Los días pasaron entre el agotamiento; mi luna de miel fue sustituida por la rutina. Reuniones con los equipos, con los gestores y, principalmente, con Otávio, Boris y Josilene. Ellos no solo contarían sus versiones sobre la actitud de mi ex prometida dentro de la empresa, sino que también revelarían hasta qué punto esa mujer siempre careció de escrúpulos.

No había una explicación plausible para sus acciones contra mí. Yo fui el pringado que le mostró la brecha para que ella pudiera estar en el poder. Bueno, al menos intentarlo, porque estaba dispuesto a todo para que no alcanzara su objetivo.

Por más que quería tener a Gabs a mi lado, permití que fuera a trabajar al sector que le gustaba. Vivíamos bajo el mismo techo y parecía que nadie la trataba diferente por ser la esposa del dueño. Aquella mujer era distinta, porque demostraba eficacia y competencia, además de buen humor por dondequiera que pasaba.

Por las mañanas y por las noches, solo éramos nosotros y las caricias que intercambiábamos. El frenesí del inicio del noviazgo estaba disminuyendo, dando paso a la calma y el aprecio. No sentía la necesidad de follar para que tuviéramos una conexión más firme; un intercambio de miradas o incluso hacerla dormir acariciando su cabello también me bastaba.

¿Así que esto era el amor? Quizás mi madre intentó mostrármelo, pero nunca me interesé por admirar demasiado a mi padre y sus posesiones. Su dominio en la empresa era lo que más deseaba, solo que, a diferencia de mi progenitor, yo no sabía amar.

Hasta que Gabriela Canano entró en mi vida y me mostró un lado que desconocía: más ligero, más intenso y menos desconfiado. Me daba cuenta, por su sonrisa o por las bromas que hacía cuando yo estaba demasiado serio, de que Gabs buscaba en mí algo que le daba fuerzas, al mismo tempo que compartía ese poder conmigo.

Mientras todo esto sucedía, el equipo de marketing trabajaba y a veces me enviaba correos para la aprobación de imágenes y otras artes publicitarias. Mi esposa consiguió algo antes incluso de

que yo lo hiciera: ser alguien que mostrara la verdadera belleza de la mujer que usaba los productos de Meds Cosméticos. Con sonrisas, con curvas y con amor.

Joder, estaba mucho más que enamorado. No me haría falta ni una semana más a su lado para poder declararme. La cuestión era que, después de todo lo que estábamos pasando, tendría que ser algo inolvidable. Lo haría por nosotros.

Junté los contratos firmados por ambos y los dejé en el cajón de mi escritorio. En la primera oportunidad, los rasgaría en su presencia y le demostraría que yo también estaba en la misma página que ella. Después, compraría otro anillo de compromiso; porque el nuestro no estaría expuesto para la publicidad de la empresa, sería exclusivo e íntimo.

Por último, crearía una reserva de nuestro producto exclusivo —con nuestro aroma y su calavera mexicana— en nuestra habitación. A pesar de que su ropa seguía en el cuarto de invitados, dormíamos todas las noches en la misma cama, en la suite principal. Ella y Sabrine entablaron una amistad cercana y algunas noches a la semana la invitábamos a cenar con nosotros.

Había despidos que ejecutar debido al fraude de Luciana y sus aliados, pero nada se comparaba con lo que podría estar por venir en los medios. Contraté a un investigador privado para seguir los pasos de mi ex e informarme. Era inminente el lanzamiento de su marca; claro, teniéndola a ella como socia oculta para no exponerse.

Todo eso pasaba por mi cabeza mientras intentaba centrarme en un correo importante. Bueno, no tan importante como lo que sentía por mi mujer.

Llamaron a la puerta y, al mirar, vi a mi mujer asomar la cabeza y luego entrar de cuerpo entero, ocultando las manos tras la espalda. Sonreía, lo cual me hizo feliz y me hizo compartir su expresión.

—Qué bien que estés tranquilo, porque la noticia que traigo no es muy buena —hizo una mueca y reveló un sobre escondido. Se sentó frente a mí, me lo entregó y revisé el contenido, respirando hondo al darme cuenta de que eran fotos nuestras en el balcón del bar mexicano, en Hawái—. Me río, pero confieso que es de puro nerviosismo. No pone el nombre de quien lo ha enviado, pero es seguro que Luciana está involucrada; mira la carta de amenaza, es muy de mujer que ha perdido su puesto.

Cogí la carta mecanografiada que mencionaba y, efectivamente, por la forma en que estaba escrita, era evidente que tenía que ver con mi ex.

—¿Cómo ha llegado esto a tus manos?

—No lo sé. Entré hoy en el laboratorio y allí estaba.

—Hay cámaras en el lugar, vamos a verlo ahora mismo —me apresuré a dejarlo todo sobre el escritorio y me centré en el ordenador. El acceso a las cámaras no era fácil pero, con la determinación que tenía por proteger a mi mujer, nada sería un obstáculo.

—¿Crees que nos grabó? ¿Hay forma de denunciar e impedir que publique eso en internet? —Ella se había puesto a mi lado y, cuando las imágenes aparecieron en mi pantalla, busqué la cámara de su laboratorio y fui retrocediendo hora tras hora hasta encontrar a quien había hecho la entrega.

—No serás expuesta. Esta amenaza juega a nuestro favor, Gabs. Luciana va a caer.

No me sorprendió ver a la mujer con la que me relacioné durante años haciendo la entrega misteriosa. Guardé el vídeo, se lo envié al abogado y metí las fotos en el sobre para ir a por ellos y, quién sabe, personarme en la policía. Era el final del camino para ella; el chantaje era un delito.

—Necesitaré que vengas conmigo para cerrar esta historia. Tenemos pruebas de que es una criminal. —Sujeté el rostro de Gabs

y ella asintió sonriendo, aunque no era de felicidad—. ¿Confías en mí?

—Sabes que sí. Vamos. —Se puso de puntillas y me besó antes de colocarse a mi lado y apretar mi mano con fuerza.

Salí del despacho y avisé a la secretaria de que la planta debía quedar cerrada; nadie debía entrar y un guarda debía custodiar la entrada. Teníamos prisa y estábamos ansiosos; era una lucha invisible en la que no se podía predecir al ganador.

La verdad tenía que vencer, esa era mi fuerza.



Capítulo 29
Anderson

El trayecto desde la empresa hasta el bufete de abogados transcurrió en silencio; sin embargo, nuestras manos permanecieron unidas. En el despacho del consultor jurídico, seguí tenso, a pesar de que el abogado llegó a la misma conclusión que yo:

—Esto es chantaje. Un motivo más para presentar la acusación formal en la comisaría.

—¿Qué tenemos que hacer? —pregunté tomando la iniciativa, siempre brindando apoyo moral a Gabs con nuestras manos entrelazadas.

—Debo recordarle que este paso puede tener el resultado que usted no desea. Exponer a la empresa; ya no es posible mantenernos en silencio.

—No me importa. Esta debería haber sido mi postura desde el principio: hacer lo justo y no lo que me haga sentir menos vulnerable.

El abogado asintió y, aunque no reaccionó de forma evidente, sentí una vibración de aprobación por parte de mi esposa. La miré con mi seriedad de siempre; el brillo en sus ojos era la confirmación de que mantenía su confianza en mí.

La cobardía no volvería a acecharme, porque mi fuerza ya no procedía del dinero, sino del amor que sentía por esta mujer.

Fuimos a la comisaría, realizamos todos los trámites necesarios y, desde allí, avisé a mi asesoría de marketing por teléfono para que estuvieran en alerta. Algo podría filtrarse y debería ser contenido si afectaba a Gabriela. Meds tendría fuerza para recibir golpes como Rocky Balboa, a diferencia de mi mujer, que no tenía por qué pasar por eso. Si algo tenía que exponerse o mancharse, que fuera la empresa y no la persona que hay detrás de ella.

Gabs echó raíces en la empresa rápidamente; logró imprimir su sello de forma sutil y transformó mi visión de todo. Porque ella tenía ese poder.

Declaración hecha, acusación protocolada y los contactos establecidos; el proceso burocrático en la comisaría fue ágil. Aun así, Gabriela no se rindió ante la presión. Siguió trabajando, más decidida, más divertida, pero también más frágil cuando se echaba

en mis brazos por la noche y se dormía aferrada a mí. Yo era el único que tenía el privilegio de verla así, y la honraría todos los días.

Entre la citación de mi ex prometida y su arresto oficial no pasaron más de dos días, aunque a mí me parecieron años. Exponer la intimidad de una pareja le dolería más a Gabs que a mí; lo entendía y sentía su dolor como propio, tal como ella hizo conmigo desde el principio.

En cuanto Luciana Gatrão apareció siendo arrestada en los medios, los trapos sucios que envolvían su vida fueron expuestos uno tras otro en los titulares. Era mucho más de lo que Gabs y yo habíamos descubierto; muchas víctimas pasaron por las manos corruptas de mi ex.

No estaba solo.

El golpe para quitarme el dinero a mí y a la empresa empezó con Romero, aprovechando la brecha de crear proyectos que no funcionaban. Era a propósito: las pruebas más caras se hacían en Meds; las más certeras, en la empresa que ellos estaban construyendo.

Lu Linda Cosméticos era el nombre que mi ex le puso a mi competidora, pero bien podría llamarse mi sucursal, ya que lo financié casi todo con mi dinero. La empresa que tenía todo listo para lanzar un nuevo producto al mercado no solo tenía mercancía sacada de dentro de Meds Cosméticos, sino que también pirateó los envases del proyecto de la amiga de Gabs, Loize.

Cuanto más a fondo se miraba, más fraudes se descubrían. El kit de novia también estaba allí, en Lu Linda, con todos los componentes de nuestra fórmula patentada, solo que cambiando el aroma por melocotón, su favorito.

La guinda del pastel fue cuando el abogado de Luciana se puso en contacto con mi asesor jurídico para proponer un acuerdo: yo pagaría una suma y retiraría las acusaciones contra su cliente; de

lo contrario, no se responsabilizaría de las próximas noticias que podrían surgir en las redes sociales.

Ahora, estábamos acusando incluso al propio abogado de chantaje.

Mientras la presión por el encarcelamiento de Luciana se iba suavizando, mi empresa funcionaba a todo vapor para el próximo lanzamiento. La fiesta de la boda ya se había hecho pública, se habían liberado algunas muestras; era momento de pensar en mi vida y dejar que otros se responsabilizaran del mal que ella hizo.

Mi objetivo ahora era Gabs y la prueba de amor que quería darle.

Tardó más de lo esperado. Las noticias negativas sobre Meds se mezclaban con la nueva colección para bodas y las imágenes de mi mujer, feliz, usando los productos de mi empresa. Lo que podría habernos hundido, ahora servía para impulsar las ventas y el éxito que Gabs cosechó con las fotos y los vídeos de la boda y de la luna de miel.

A estas alturas, un mes después del lanzamiento oficial de los nuevos productos de Meds, Gabs y yo estábamos disfrutando de una segunda luna de miel, ardiendo con cada roce o incluso en cada encuentro rápido dentro y fuera de la empresa.

No sabía explicar si era mi apetito sexual el que estaba por las nubes o el suyo, pero ya me estaba acostumbrando, más aún cuando ella usaba falda a propósito y se quitaba la braguita en el coche, en cuanto terminábamos nuestra jornada en Meds y volvíamos al apartamento.

Estiré el brazo para tocar su sexo y comprobé que estaba empapada; y eso que yo no había dicho nada, ni mucho menos la había tocado apenas durante el día.

—Eso, más —pidió colocando su mano sobre la mía y restregándose, casi haciéndome errar el camino a casa—. Llega ya, te quiero.

—Vas a correrte mientras conduzco y después cuando lleguemos. —Metí un dedo dentro de ella y la hice venirse rápido. Mi miembro ya estaba duro, esperando lo que ella pretendía hoy.

No hizo falta que me dijera que acelerara, porque encorvó el cuerpo hacia delante y dejó que los temblores se apoderaran de ella, demostrando que estaba llegando al clímax solo con unos pocos toques míos. Cada vez más sensible, yo sentía una sed voraz de sexo con ella.

—Ven, voy a terminar de hacer el amor contigo aquí en el coche. —Aparqué en mi edificio, eché el asiento hacia atrás y dejé la luz interior apagada para que no nos vieran. Ella se montó sobre mí, me sujetó el rostro y me besó mientras hundí mi miembro dentro de su sexo. Sentía el latido y me dejaba al borde de eyacular.

—¿Desde cuándo hacemos el amor? —preguntó subiendo y bajando despacio, solo para torturarme.

—¿Y qué hacemos entonces? —provoqué dándole un azote en la nalga y haciéndola gruñir—. Amo todo de ti.

—¿Te estás declarando? —preguntó aumentando el ritmo del vaivén.

—Creo que no es momento de hablar, Gabs. —Cerré los ojos cuando ella perreó sobre mi miembro—. Me voy a correr demasiado rápido así.

—Debería dejarte a medias para que aprendas a no cambiar de tema. —Me obligó a mirarla—. Dilo.

—¿Que te amo? —Sonreí ampliamente cuando ella se mordió los labios y dejó de moverse. Antes de declararme, mi intención era demostrarlo con mis actos, así de simple—. Si lo estás preguntando, entonces lo estoy haciendo mal.

Sujetó mi barbilla con fuerza, me besó con furia y se corrió al mismo tiempo que yo pulsaba dentro de ella. Normalmente nos quedábamos un rato abrazados intercambiando caricias, pero ella

parecía airada; abrió la puerta de mi lado y salió del coche dejándolo todo atrás, incluso a mí.

Me rasqué la barba de varios días y no perdí la sonrisa; porque la vida ahí fuera podía ser un caos pesado, pero la de dentro de casa, con mi mujer, era la mejor que podía haber elegido, incluso teniendo que amansarla.



Capítulo 30
Gabriela

Mi cabeza ya no era la misma. Olvidaba fácilmente mis compromisos y algunas cosas de la rutina de la empresa. Creí que podría dar lo mejor de mí estando en el sector de Meds con el que más me identificaba, pero la verdad era que, después de varias semanas, más de un mes, estaba siendo un estorbo para mis compañeros.

—Chicos, se me olvidó por completo —le di un sorbo a mi café para sacar fuerzas y Josilene, que era la persona que sentía más cercana, me miró divertida. Todos estaban sentados a la mesa elaborando la planificación de la semana y, por supuesto, yo llegué al final de la reunión. No podía explicar el motivo, ni echarle la culpa al dueño de la empresa, porque todo se debía a mí y a mi libido fuera de control—. Ahora vuelvo.

—Ven, Gabs, siéntate —Josilene tiró de una silla a su lado y miré a todos; algunos con juicio, otros con simpatía, especialmente Letícia Fernanda, una de las técnicas que insistía en acercarse a mí y a la que yo, con mis neurosis, no se lo permitía—. Eres bienvenida.

—A retirarme, ¿no? No tengo tanta cara, en serio; vosotros decidid, yo solo lo ejecutaré.

Me di la vuelta para salir y sentí las lágrimas rodando por mi rostro. Habían pasado tantas cosas, mucha presión, el acoso de Luciana, su arresto e incluso la prensa encima de mí por ser la imagen publicitaria de Meds. No pensé que mi vida cambiaría tanto.

Fui hasta la sala de descanso de los empleados, lugar que Anderson me había hecho prometer que no frecuentaría, ya que en su despacho había un sofá cómodo para mí e incluso un cuadro de La Catrina para que me sintiera como en casa. No quería ser diferente a nadie, por mucho que el anillo en mi dedo dijera lo contrario.

Antes, me quejaba de que trabajaba en exceso y no me recompensaban. Hoy, hago de menos y tengo demasiados privilegios. Basta de extremos; necesitaba equilibrio.

Abrí la puerta y me di cuenta de que se estaba celebrando un pequeño baby shower de una mujer de Recursos Humanos. Cuando me vieron, amagaron con parar, pero me limité a sonreír y me senté en el sofá más alejado, dándoles privacidad. Media hora de distracción, más aún cuando se celebraba la llegada de una nueva vida, no le haría daño a nadie.

Saqué el móvil y me puse a desahogarme con Sabrine, la única amiga de verdad que he tenido en mi vida. Los demás enviaban mensajes constantemente, pero opté por ignorarlos porque era evidente el interés por las posesiones de mi marido y no por mi felicidad.

Marido. Caramba, ya me había acostumbrado a ese título. Nos llevábamos tan bien; la rutina se transformaba a cada momento y, siempre que podía, Andy se sumaba a mis locuras. Se ha dedicado a mí más de lo que esperaba y sentía cuánto había cambiado su actitud y su arrogancia. Ni siquiera hacía falta comentar su inseguridad, porque su sonrisa pícara cuando estoy contrariada es prueba suficiente de que tiene el control de todo, aunque ceda ante mí en ciertos momentos.

Gabs>> Necesito un jefe que me eche una bronca. Es la segunda reunión de planificación a la que llego tarde. Esta vez ni siquiera he participado, solo voy a cumplir órdenes, aunque tenga una idea mejor.

Sabrine>> ¿Quieres que llame a tu marido para que te castigue como el "boy magic" de los libros de BDSM?

Gabs>> No, gracias. El único dolor que me da placer es el de la víbora tras las rejas.

Sabrine>> Necesitas relajarte. Josilene y Letícia Fernanda ya han aceptado una noche de chicas para el fin de semana; solo faltas tú.

Gabs>> ¿Desde cuándo eres amiga de mis amigas?

Sabrine>> Está en nuestro contrato, ¿lo has olvidado? Por cierto, libera pronto tu nidito; necesito tener mi propio rincón y es exactamente tu antiguo piso.

—¡Mentira! —exclamó una de las mujeres y mi sensor de curiosidad se activó—. ¿Te quedaste embarazada tomando la

píldora?

—Sí, no fue planeado, pero sin duda fue bienvenido tras el susto inicial —la embarazada habló y luego se rió—. Tenía planes de viajar y crecer en la empresa; ahora, voy a sustituir esos sueños por otro.

—Espero que cambies de opinión sobre la maternidad. No creo que te limite tanto. —Dejé mi taza de café en la mesa de centro, guardé el móvil, giré el cuerpo e interrumpí la conversación llamando la atención de todas. Sentí que me ardía la cara y me levanté para estar más cerca de ellas—. Será más difícil, ya lo verás. Tendrás otros obstáculos, pero eso no te impedirá crecer profesionalmente o incluso viajar. En vez de a Bahía en carnaval, irás a un parque de atracciones en julio —bromeé y todas se rieron, más tranquilas.

—Espero mantener ese positivismo, porque solo los síntomas ya me están volviendo loca. —Levantó la mano y fue enumerando con los dedos—: Mucho sueño, mala memoria, mareos... las náuseas han mejorado, pero ahora como como un conejo... si me entendéis. —Todas se rieron, menos yo, porque me acababa de caer el veinte sobre algo olvidado.

Mi inyección anticonceptiva.

—¿Te encuentras bien? —Una mujer me agarró del brazo y me tambaleé hacia atrás. Negué con la cabeza y luego asentí, dejando a todas preocupadas.

—Tengo que irme. —Abracé a la embarazada y se me puso la piel de gallina con el contacto. ¿Qué era aquello?—. Felicidades.

—Gracias, doña Gabriela.

Me apresuré a llegar al ascensor. Cuando las puertas se abrieron, Boris estaba dentro y perdió su sonrisa acogedora al verme. Quién diría que dejaría de lado a Mauro, con quien conecté desde el principio, para acercarme al ex amigo de la víbora.

—Estás blanca como el papel, jovencita. Tienes que sentarte.

—No, tengo que ver a mi marido. —Lo saqué a rastras del ascensor, entré y pulsé el botón de la última planta con el corazón en un puño.

Deja de rayarte, Gabs. Estos síntomas pueden ser tanto de embarazo como de estrés. Estoy pasando por demasiadas cosas a la vez; no puedo haber tenido tanta "suerte".

Ni siquiera saludé a la secretaria; me apresuré hacia el despacho de Anderson e interrumpí una reunión con Loize e otros empleados de la empresa.

—Perdón, pero es urgente —sonreí de forma forzada a mi amiga—. Hola, Lou; hola a todos.

Andy ya se había levantado y, con mi mano en su brazo, tiré de él hacia fuera y entramos en otra sala, una de reuniones gigante. Encendí la luz y caminé de un lado a otro reuniendo valor para hablar.

—¿Qué pasa, Gabs? —Él me detuvo sujetándome los brazos y después me abrazó—. Me estás poniendo nervioso.

—Creo que estoy embarazada. ¿Ponía algo de esto en el contrato? En serio, no ha sido planeado; no quiero dar el "braguetazo" como dijo Luciana. Siempre me pongo la inyección en la fecha correcta, pero ahora que no trabajo en la farmacia y con todo lo que ha estado pasando...

Fui acallada por un beso suave. Sus manos sujetaron mi rostro y sus labios me transmitieron calma. Respiré hondo y él hizo lo mismo antes de alejarse y arquear las cejas, preocupado.

—He roto el contrato, así que no importa lo que pusiera en él; seguimos con nuestra vida sin tener un papel como guía.

—¿Qué?

—Iba a ser una ceremonia bonita para demostrarte mi amor, pero un día simplemente lo hice y seguí adelante —sonrió con nerviosismo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —exclamé alterada.

—¡Te lo estoy diciendo ahora! —se puso la mano en la cintura y después en la frente, demostrando su preocupación.

—No he planeado esto. Tú también tienes la culpa —estaba muy nerviosa.

—¿Qué quieres hacer ahora? Si estás embarazada, lo lidiaremos juntos, ¡porque yo también estoy nervioso!

—Un test de farmacia —levanté el dedo—. Voy a comprar uno y a salir de dudas. —Asentí como un robot, aunque estaba un poco más tranquila, al contrario que mi marido—. Es estrés, tiene que ser estrés, pero llevo más de un mes sin ponerme la inyección.

—No sé qué hacer. —Miró a su alrededor y yo hice un mohín ante su indecisión—. Voy a terminar esa reunión e iré contigo, ¿vale? No estás sola.

—Sí, te espero. Y perdona... me he rayado.

Con un marido así, no necesitaba más líos en la vida; me besó de nuevo, me hizo sentar en el sofá de la recepción y volvió a su despacho. Pasó apenas un minuto antes de que me levantara y fuera sola a la farmacia más cercana para salir de dudas.

Usé el baño del propio local para mear en el palito y descubrir que solo aparecía una rayita. Negativo. No tenía que ser; el estrés era demasiado, está claro que no podía haber un bebé de por medio. Tanto tiempo usando el mismo método anticonceptivo... estaba claro que no iba a pasar de un día para otro.

Eso era bueno, porque allí mismo podía comprar mi inyección y solucionar el problema. Hice el pedido, pero a la hora de pagar, mirando lo que tenía en las manos y sabiendo que nada era cien por cien efectivo, me eché atrás. ¿Y si fuera parte de esa

estadística en la que el examen falla? Lo dejé todo en su sitio y volví a la empresa solo con el resultado negativo del test para enseñárselo a Andy.

Sintiendo una fuerte opresión en el pecho, vi a mi marido caminando por la calle hacia mí, preocupado. Cuando se acercó, me apretó en un abrazo y suspiró aliviado.

—¿Por qué no me has esperado? Dios mío, me he preocupado de mala manera. —Se alejó y me miró fijamente—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho el test?

—Negativo. —Levanté el palito y lo alejé de él con cara de asco—. No lo toques, que he meado ahí. Es solo estrés, ya lo sabía.

—Tienes que bajar el ritmo, mi amor —volvió a abrazarme y a acariciarme la espalda. No parecía que estuviéramos en la acera; las personas a nuestro alrededor no parecían existir—. ¿Quieres ir a casa?

—Quiero recuperar mi vida de buena empleada —lloriqueé, y él se alejó con mirada dolida—. Siempre llego tarde; parece que me aprovecho de mi estatus de esposa del dueño.

—¿Y qué si es así? Me importa un bledo, tu competencia sigue ahí. ¿Alguien se ha quejado de la hora a la que llegas? No me importa despedir a quien esté juzgándote por algo que no es verdad.

—Entonces mándame a Recursos Humanos, porque el problema soy yo conmigo misma —refunfuñé y él se rió, pasándome el brazo por los hombros y caminando de vuelta hacia la empresa.

—Tendremos que despertarnos más temprano o dejar el sexo matutino para la hora del almuerzo —bromeó y le di un codazo en la barriga. Ya que no había novedades, lo mejor era seguir como siempre habíamos sido.

—¿De verdad rompiste el contrato? ¿Por fin? —pregunté cuando llegamos a la entrada del edificio.

—Qué le voy a hacer, si el amor que te doy no se puede vender —me llevó hasta el vestíbulo y la gente que estaba allí nos miraba con curiosidad—. Se llama Gabriela Medina, mi esposa —dijo en voz alta, haciéndome sentir avergonzada—. Es la dueña de mi corazón y ni siquiera tuvo que pagar mucho por ello. —Se giró hacia mí—: Te amo, con o sin contrato, con o sin bebé, con o sin estrés... —susurró y me besó.

—También te amo —susurré contra sus labios.

Sonaron aplausos; escondí mi rostro en su ropa y, juntos, subimos hasta su despacho, porque él iba a calmarme después de un día así. A pesar de ser sencilla e inesperada, su declaración de amor oficial llegó en el momento justo.

Cuando me senté en el sofá de su despacho, ignoré su presencia a mi lado y cogí el móvil para enviar un mensaje importante:

Gabs>> Puedes confirmar la noche de chicas con Josilene y Fernanda Letícia; quiero tomarme todos los chupitos de tequila posibles llevando mi camiseta de la selección de México.

Sabrine>> ¡Así se habla! Después le das un buen tute al maridito cuando vuelvas.

Gabs>> Haré eso y mucho más; ha roto el contrato.

Sabrine>> ¡Oh, mierda! Ahora sí que el que va a tener que trabajar gratis para ganarse tu amor es él. Felicidades, amiga. Te mereces ser feliz.

Gabs>> Gracias, Sabrine. Estoy nerviosa, estresada, pero muy feliz. Mi antiguo piso es todo tuyo.

—¿Aún lo mantenías? —preguntó serio, leyendo todo lo que yo escribía. No me importaba; si era amor, lo resolveríamos juntos.

—No ha sido premeditado en las últimas semanas. ¡Has estado conmigo todos los días y todas las noches, y yo estaba estresada! —Bostecé y cerré los ojos, apoyando la cabeza en su pecho y recordando los síntomas de la embarazada—. Dale un regalo a la chica de Recursos Humanos, es un encanto.

—Haré todo lo que quieras. Ahora, descansa. —Me besó la frente y me acarició el brazo, haciéndome relajar.

Era el momento de celebrar y renovar nuestros votos, porque estábamos comenzando una nueva etapa de nuestras vidas.



Epílogo
Gabriela

Um año Después...

Nunca planeé estar donde estaba ni cómo estaba, como todo en mi vida después de conocer a Andy. Tumbada en el sofá supercómodo de la sala de televisión, viendo una comedia romántica

cualquiera y vistiendo un camisón con el rostro dibujado de la querida Frida Kahlo, Clarissa dormía plácidamente encima de mí con un bodi con el mismo estampado. Mi hija de cuatro meses no solo era de brazos, sino que solo quería dormir en ellos. Me cansé de resistir y de seguir los consejos de internet; solo necesitaba paz y tranquilidad.

Sonreí al ver en la televisión a la chica haciéndose un test de embarazo de farmacia y sorprendiéndose con el resultado positivo. En mi historia fue diferente: solo el análisis de sangre dio positivo, aunque yo repitiera el de farmacia una semana después.

En aquella época, estaba tan preocupada por demostrar mi valía en Meds que me había olvidado de mí misma. Antes de disfrutar de la noche de chicas, fui a mi ginecóloga y constaté lo que mi propio cuerpo quería esconder: que estaba preparadísima... y embarazadísima. De la misma forma que Andy había reaccionado la primera vez, lo hizo la segunda: con tranquilidad y buscando calmarme. Por lo visto, la duda sobre el amor que existía en él me había contagiado.

Menos mal que las dudas sobre la relación pasan rápido cuando entramos en la maternidad, porque surgen muchas otras, mucho más importantes.

Acaricié su espaldita y admiré su cabecita calva. No sabía decir si se parecía a mi familia o a la de Andy; no teníamos parientes cercanos vivos, pero sin duda había amigos. Y, por supuesto, mis pasiones: ella se contagiaría de mi pasión por la cultura mexicana.

El interfono sonó y sonreí sin hacer ningún movimiento para salir de donde estaba, porque la visita era de Sabrine y Boris, para que yo pudiera tener un momento solo mío, ya que Andy estaba trabajando demasiado y estábamos teniendo poco tiempo para nosotros. Quería tener la noche, aunque fuera hasta la próxima toma, solo para mí y mi marido.

Mis amigos se volvieron inseparables, aunque fuera una combinación inusual. No sabía si era un romance, nunca pregunté,

sobre todo porque los aceptaba tal y como eran: ella con su estilo más masculino y él siendo muy femenino.

Alguien abrió la puerta y vi a los dos acercarse, haciendo muecas al verme en aquel estado. El apartamento tenía ahora tres ayudantes; nunca me faltaba amparo, pero siempre era bueno estar con quienes uno ama, pagando con amor.

—Voy a hacer una foto —Boris levantó el móvil y yo le saqué la lengua—. Sonríe, pon cara de madre perfecta.

—Ah, soy la peor de todas, ya lo sabes —bromeé, levantándome finalmente y entregando a Clarissa a Sabrine, a quien se le empañaban los ojos al verla—. Quédatela, voy a darme un baño.

—¿Y si necesita comer? —preguntó asustada, y me reí con sorna junto a Boris, que tenía más confianza con la bebé que ella.

—Tendréis que apañároslas, porque vais a ser el padrino y la madrina —solté la noticia y vi a los dos entrar en shock—. Buscaos la vida.

Me dirigí a mi habitación, pero me detuve en el cuarto de la bebé para avisar a la niñera por si mis visitas necesitaban algo. Me quedé mirando los cuadritos sobre la cómoda: un cactus, una Catrina y otro de Frida Kahlo, diseñados con trazos infantiles para bebés. Ni siquiera los había comprado yo, sino el papá, que se encargaba de que mi pasión pasara de madre a hija.

Entré en mi baño, abrí el agua de la bañera y usé nuestro producto exclusivo, con nuestro aroma y la calavera mexicana en la etiqueta, evocando los recuerdos de la boda y la luna de miel.

A pesar de las discusiones que tuvimos o del impasse con Luciana —que estaba muy bien encerrada y recibiendo terapia—, los recuerdos me traían sentimientos buenos de nuestro inicio de relación.

¿Quién iba a decir que un borracho en mi turno de trabajo se convertiría en todo esto?

Me quité la ropa, dejé que mi cuerpo se acostumbrara a la temperatura escalofriante que había puesto y me relajé. Mis pechos también lo agradecían, ya que siempre estaban llenos de leche para amamantar a Clarissa.

Un ruido en la habitación me llamó la atención y me sorprendí al ver a Anderson en la puerta del baño.

—¿Hay sitio para mí? —preguntó quitándose la corbata.

—¿Qué haces aquí? Me estaba preparando para verte por la noche. —Me eché hacia delante y le hice espacio—. Entra.

—Lo dejé todo en manos de Otávio cuando supe que Sabrine y Boris estarían aquí para echarte una mano. Ahora tengo una familia, necesito desacelerar. —Terminó de desnudarse y se sentó detrás de mí, abrazándome. El hombre que traicionó a mi marido en el pasado era en quien más confiaba actualmente. Si era posible tener una segunda oportunidad en el trabajo, sin duda en la vida personal también—. Hola, mi amor.

—Hola, Andy. —Giré el rostro y lo besé, sintiendo cómo mi cuerpo se encendía—. No estás haciendo nada malo, amor, solo sigues el ritmo de cuando yo estaba a tu lado. Trabajábamos mucho.

—Sí, un motivo más para relajarme aquí, contigo, mientras nuestra hija está bien cuidada por los tíos babosos.

—Padrinos, querrás decir. —Cerré los ojos y suspiré—. Echaba de menos esto.

—Podemos repetirlo siempre que quieras. Siempre estoy listo para pagar todo lo bueno que has hecho por mí desde que entraste en mi vida. —Sus manos acariciaron suavemente mis pechos y fueron bajando hasta mi sexo—. Te amo, Gabs.

—También te amo, y no hay nada que pagar, porque lo hice todo gratis. —Busqué su boca y él se retiró, provocador.

—Entonces te pagaré con amor, en todas sus formas. —Sus dedos aceleraron los movimientos en mi clítoris y finalmente me dejó besarlo, sellando una vez más nuestro acuerdo: amor por amor.

Podemos comprar muchas cosas, pero el verdadero amor, ese que sentimos en nuestra esencia, siempre viene gratis.

Sobre la Autora

Mari Sales es la tercera autora más leída de Kindle Unlimited Brasil en los últimos diez años, con más de 50 e-books best-sellers y más de 100 publicaciones en Amazon Brasil, desde libro infantil a romance adulto. Una cuiabana viviendo en Campo Grande-MS, trabajó 14 años como Analista de Sistema y publicó su primer e-book en junio de 2016. Intercambió escribir líneas de código por historias de romances clichés inusuales en 2018. Conocida por los dedos ágiles, publicó también más de 30 títulos en versión física en asociación con el Grupo Editorial Portal, 5 títulos en audiolibro por Audible y comparte su conocimiento con otras autoras a través del proyecto DesafíoMariSales.

Web: http://www.autoraMariSales.com.br

Instagram: https://www.instagram.com/autoraMariSales/

Newsletter: http://bit.ly/37mPJGd

Mari Sales
ESCRITORA DE ROMANCES

Otras Obras



Visite mi sitio web en Amazon y tenga acceso a mis eBooks, audioLibros y libros físicos.: https://amzn.to/3YpgDIY